LA HISTORIA DE LA SALVACION

LUIS RUBIO MORAN

Cursos Bíblicos / A DISTANCIA



CURSOS BIBLICOS
A DISTANCIA

LA HISTORIA DE LA SALVACION

Luis Rubio Morán

(C) PPC Edicabi.
Editorial PPC, 1971.
Enrique Jardiel Poncela, 4.—Madrid-16.—Teléfono 259 23 00.
Nihil obstat: Dr. Lamberto de Echeverría. Censor.
Imprimatur: Constancio Palomo. Vicario General.
Salamanca, 25 de marzo de 1973.
Printed in Spain - Impreso en España.
I. S. B. N. 84-288-0278-5.
Depósito legal: M. 12.824 - 1974.
Impreso en Marsiega, S. A.—Enrique Jardiel Poncela, 4.—Madrid-16.

CONTENIDO

BIBLIOGRAFIA

SAN AGUSTÍN: *La ciudad de Dios*. 2 vol., BAC, Madrid, 1958

BALAGUER, M.: *Historia de la salvación*. Principales jalones vador. Paulinas, Madrid, 1968.

BOUYER, L.: *La Biblia y el Evangelio*. Estela, Barcelona, 196

CROATTO, J. S.: *Historia de la salvación*. Paulinas, Buenos

DIETRICH, S. DE: *Los designios de Dios*. Itinerario bíblico. Aires, 1952.

DÍEZ MACHO, A.: *Historia de la salvación*. Una iniciación a la Biblia. Hechos y Dichos, Madrid, 1968.

HOFMANNS, F.: *Historia de la salvación*. Antiguo Testame Nova Terra, Santiago de Chile-Barcelona, 1966.

LAPPLE, A.: *El mensaje bíblico en nuestro tiempo*. Manual bíblica. Paulinas, Madrid, [3] 1971.

JEREMÍAS, J.: *Teología del Nuevo Testamento*. I. La predica Sígueme, Salamanca, 1974.

RUBIO MORÁN, L.: *El misterio de Cristo en la historia de la* gueme, Salamanca, [3] 1971. (El presente volumen es ur esta obra.)

SURGY, P. DE: *Las grandes etapas del misterio de la salvación* Barcelona, 1965.

VON RAD, G.: *Teología del Antiguo Testamento*. 2 vol., Sígue ca, 1972.

VATICANO II: Constituciones LUMEN GENTIUM: *Dei Verbi* *et Spes*.

LA HISTORIA DE LA SALVACION
CUESTIONES GENERALES

I. EL CONTENIDO FUNDAMENTAL DE LA ESCRITURA ES EL MISTERIO DE LA SALVACION

La condición capital para entender la Sagrada Escritura es situarse en la perspectiva que le es propia, la que guiaba a los autores bíblicos cuando recogían y ordenaban las tradiciones, cuando escribían sus experiencias personales o sus reflexiones sobre la vida y sus problemas. Esa perspectiva no es la del ser del hombre, su situación en el mundo, su acción en la historia. Sino la del «misterio de la salvación». Con unas palabras o con otras, en géneros literarios distintos, en estilos variados, lo que la Biblia afirma y describe es la acción de Dios que interviene para salvar al hombre, que se halla en situación desesperada, abocado a la muerte, a una ruina total, definitiva. Este misterio de la salvación, que actúa a lo largo de toda la historia, se halla presente en todos los tipos de exposición bíblica, y unifica la múltiple variedad de los 72 escritos que forman la Biblia.

La intención primera de Dios, en efecto, la que pone en marcha toda su acción, es el designio de salvar a los hombres: «Dios, nuestro Salvador, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (1 Tim 2, 3-4). Esta intención pone en marcha todo un plan, que comprende desde la creación hasta la transformación de todas las cosas en orden a recapitularlas todas en Cristo, y así, insertas en él, introducirlas en la corriente misma de la vida de Dios. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo... por cuanto nos ha elegido en él antes de la creación del mundo... eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad para alabanza de la gloria de su gracia, con la que

nos agració en el Amado. En El tenemos, por medio de su sangre, la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (Ef 1, 3-10; cf. Col 1, 13-20).

Sobre este misterio de la salvación la Biblia ofrece un verdadero testimonio. No elucubraciones más o menos elevadas, fruto de imaginaciones desbordadas o anhelos insatisfechos. Ella nos ofrece lo que los hombres han visto con sus propios ojos, lo que han oído con sus propios oídos, lo que han palpado con sus propias manos, lo que han contemplado con su propio corazón, lo que han experimentado en sus propias vidas (cf. 1 Jn 1, 1-3; Dt 4, 32-40; Lc 2, 29-32; Hech 2, 32).

La liberación y salvación se experimenta y descubre, se expone y testimonia como obra propia y exclusiva de Dios. Nada de lo humano salva al hombre. «No queda a salvo el rey por su gran ejército, ni el bravo inmune por su enorme fuerza. Vana cosa el caballo para la victoria, ni con todo su vigor puede salvar» (Sal 33, 16-17). Ningún hombre, ni aun los grandes y poderosos, puede salvar al hombre. «No pongáis vuestra confianza en príncipes, en un hijo de hombre, que no puede salvar; su soplo exhala, a su barro retorna, y en ese día sus proyectos fenecen» (Sal 146, 3-4; 60, 11). Aunque Dios actúa la salvación a través de hombres, todos tienen conciencia de que la salvación es obra de él. Ellos se saben enviados, mensajeros, legados. Obran la salvación en virtud del poder de Dios que en ellos y por ellos actúa.

El testimonio bíblico es explícito, numeroso, por toda la Biblia. Sólo Dios es quien salva, no hay salvador fuera de él (cf. Os 13, 4; Is 43, 11; Jer 3, 23; Ex 14, 13). Su salvación se extiende hasta los confines de la tierra (Is 49, 6); comprende los tiempos todos (cf. Is 51, 6. 8), pero llega hasta lo más íntimo del hombre (cf. Sal 89, 27; Is 12, 3). Sólo Dios puede ser invocado como «el Dios de mi salvación», como «el Salvador» (cf. Sal 24, 5; 27, 1; 79, 9; 68, 20; Is 12, 2; 1 Cron 16, 35; Sal 23, 5; 61, 2. 6; 78, 9; 87, 1). En el Nuevo Testamento, junto a la afirmación de que Dios

es el Salvador (Lc 1, 47; 1 Tim 1, 1; 2, 3; 4, 10; Tit 2, 10; 3, 4; 4, 1.3), se expresa la convicción de que esa salvación de Dios se ha hecho presente y definitiva en Jesucristo, que es «el Salvador» (cf. Hech 4, 12; 5, 31; 13, 23; Lc 2, 11; Jn 4, 42; Fil 3, 20; 2 Tim 1, 10; Tit 1, 4; 2, 13).

II. EL MISTERIO DE LA SALVACION SE REALIZA Y SE REVELA EN LA HISTORIA

La salvación que testimonia la Biblia no es algo abstracto, etéreo, espiritualista. Es algo concreto, palpable. Beneficiarios de la salvación o ejecutores de la misma han sido hombres concretos, de carne y hueso, marcados por una geografía, sellados por unas circunstancias determinadas culturales, sociales, políticas, económicas. Hechos concretos de la historia de grupos, de comunidades o de personas han sido vividos, experimentados y vistos como hechos salvíficos, como verdaderas intervenciones salvadoras de Dios. Y como tales han sido transmitidos. De palabra o por escrito. En la predicación y en la oración. En los santuarios o templos y en las tiendas o en las casas. Como objeto de confesión de fe o como motivo para la alabanza y la súplica. En Israel y en la Iglesia. La moderna investigación bíblica está descubriendo cada día más este carácter histórico de la salvación. Existen diseminadas en los actuales libros bíblicos frases o perícopas que han sido reconocidas como verdaderas «confesiones de fe» o «credos», que el pueblo de Israel o la Iglesia primitiva recitaban en sus reuniones litúrgicas como expresión de sus convicciones de fe. Y existen también himnos, en los que se enumeran diversas intervenciones salvíficas de Dios en la historia precisamente como motivo para la alabanza o como puntos de apoyo para solicitar nuevas salvaciones. En el antiguo testamento merecen destacarse por su antigüedad Dt 26, 5-9; Jos 24, 2 ss.; Dt 6, 20-24; Jdt 5, 6 ss.; Sal 78; 105; 136; en el nuevo, Hech 2, 38-41; 7, 13; 8, 35-38; 1 Cor 8, 1-6; 11, 23-25; 15, 3-5; Rom 1, 3 ss.; 3, 24-26; 6, 3-4; 4, 25; 8, 34; 10, 9; 16, 25-27; Ef 2, 5-6; 3, 4 s. 9 s.; 4, 4 s.; Fil 2, 6-11; Col 1, 15-20; Jn 1, 1-17. Y algunos resúmenes que exponen en síntesis la tra-

yectoria de la salvación, insistiendo en la unidad o concatenación de los hechos salvíficos que se enumeran (cf. Hech 7; 10, 34-38; 13, 16-41; 17; Heb 11; Rom 9-11).

En todas estas confesiones de fe o himnos, que se continuarán más tarde en los «símbolos» de la Iglesia, se subraya el carácter histórico de lo afirmado. En ellos, en efecto, no se afirman verdades teóricas, abstractas sobre Dios, sobre su ser. Se afirman, como objeto de la fe, acciones de Dios, intervenciones salvíficas suyas en favor de Israel o de la Iglesia: la llamada a los patriarcas, su elección, la salida de Egipto, la peregrinación por el desierto, la alianza en el Sinaí, la entrada en Canaán, la vuelta del destierro; el nacimiento de Jesús, su pasión bajo el poder de Poncio Pilato, su morir y resucitar, el envío del Espíritu Santo.

A estas acciones, ocurridas en el transcurso de la historia, las confesiones de fe han añadido otros hechos, que se sitúan en el origen de toda historia, y en el final de la misma, como su consumación: la creación, la venida de Jesús como Juez, la resurrección de los muertos.

Estos hechos son transmitidos no como meros hechos históricos, sino como hechos interpretados, hechos con un sentido. En ellos, los primeros testigos, y a través de ellos, las generaciones sucesivas, que recitaban aquel «credo» como expresión de su propia fe, descubrieron una dimensión profunda, por encima y más allá de las apariencias: esos hechos no son simples hazañas humanas, gloriosas o penosas, sino que en ellos se daba una presencia manifiesta u oculta, velada o patente, pero real y efectiva, de una fuerza metahistórica, con nombre personal: Yavé, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. En esos hechos, esa fuerza personal estaba a la obra, liberando de peligros mortales para el hombre, removiendo obstáculos que impedían el acceso y la comunión de vida entre el hombre y Dios, que dificultaban, superficial o radicalmente, la entrada del hombre en la familia de Dios. Y estos hechos son confesados, asimismo, no como hechos aislados, esporádicos, sino como formando cadena, como entrelazados entre sí como partes de un todo, de un plan amplio, como salvaciones pequeñas, adecuadas a un determinado momento del pueblo, que eran presagio de una salvación futura,

completa, perfecta, la que se confiesa realizada en la pasión-muerte-resurrección de Jesús.

No resulta fácil precisar el contenido específico de esta salvación. En la narración bíblica y en la confesión de fe se recogen liberaciones de todos los peligros que pueden amenazar y de hecho amenazan la existencia del hombre en la tierra. Hay males y opresiones exteriores, que afectan a la dimensión más superficial de la existencia del hombre: la espada, el hambre, la enfermedad, la guerra, el exterminio, la inundación, la sequía. Hay opresiones que van más al interior de la persona: la tribulación, la angustia, la humillación. Otras son de tal índole que afectan a lo más íntimo de la persona y se realizan en el orden de las relaciones del hombre con Dios y con los demás hombres: el egoísmo, la soberbia, la envidia, el odio, la codicia, todo aquello que en la Escritura, abierta a esta dimensión de profundidad de la existencia del hombre, es conocido con el nombre de pecado. Y la opresión que cierra el horizonte de la existencia del hombre, la muerte, concebida no sólo como final de la existencia terrena, sino como el sello a una situación en que el hombre se encontraría definitivamente solitario, ausente de Dios, alejado de él, aislado de los hombres, sus hermanos. Vista así la muerte es la máxima esclavitud, produce el miedo existencial durante toda la vida (cf. Heb 2, 15). La liberación del mal, pues, de sus raíces más hondas y de sus manifestaciones más exteriores, es el contenido de la salvación obrada por Dios en la historia.

III. COMPONENTES DE LA HISTORIA DE LA SALVACION

La historicidad afecta al hombre como algo constitutivo de su mismo existir en el mundo, de su íntimo realizarse como persona humana. El estar situado en el mundo, en un espacio y un tiempo, pendiente de todo el acontecer anterior a él, en tensión perenne hacia la realización de sí mismo, en un constante decidirse, en libertad, como constructor de su propio destino en el mundo, es algo inherente a la misma condición del hombre en cuanto humana.

En la descripción anterior de la historia de la salvación se ha insistido en la acción de Dios. Pero parece que el concepto mismo de historia da la salvación no tiene consistencia. En efecto, si la salvación es obra de Dios, no podría ser histórica, dado que la temporalidad afecta sólo al hombre. Si, en cambio, la salvación se afirma como obra del hombre, no llegaría nunca a ser propiamente salvación, al menos salvación bíblica, ya que la acción del hombre no parece *poder extenderse ni a la amplitud en que se sitúa la* opresión ni menos aún a la profundidad de la misma. Debido a esta tensión en el concepto mismo de la historia de la salvación, es oportuno exponer sus componentes para obtener una visión más adecuada de la misma.

1. El marco espacio-temporal.

Los hechos que son calificados como salvíficos se sitúan en un determinado marco espacio-temporal, como todo hecho histórico.

En primer lugar, los hechos salvíficos acontecen en un marco geográfico de nuestra tierra. Y este marco geográfico no es indiferente al desarrollo de los mismos acontecimientos. Egipto, Canaán, Siria, Asiria, Babilonia, Caldea, Asia Menor, Grecia, Roma. El mar, las montañas, los ríos, con sus nombres propios: Mar Rojo, Jordán, Quisón, Eufrates, Sinaí, Hermón, Tabor, Sion; ciudades y aldeas: Rameses, Cadés, Hebrón, Betel, Siquén, Silo, Dan, Beersebá, Jerusalén, Samaria, Nazaret, Naín, Belén...; Ur, Nínive, Babilonia, Damasco, Antioquía, Cesarea, Efeso, Corinto, Roma..., algunos entre los numerosos nombres bien conocidos que indican el arraigo de los acontecimientos de la salvación en nuestra misma tierra en una determinada zona de la misma.

En segundo lugar, en los hechos salvíficos se hallan implicados, de una u otra manera, personajes concretos que han forjado en ocasiones la historia solemne y pública de la humanidad, en unas condiciones sociales, culturales y políticas bien conocidas por documentos extrabíblicos. Los Ramsés, Sesonq, Nekao y Psammeticos, en Egipto; los Ben Hadad, Jazael y Rasín, en Damasco; los Teglatfalassar, Salmanassar, Sargón, Senaquerib y Assurbanipal, en Asiria, Nabopolassar y Nabucodonosor, en Babilonia; Ciro, Cambises, Darío, Jerjes y Artajerjes, en Persia; César Augusto y Tiberio, en Roma; los Herodes, en Palestina; Poncio Pilato, Félix y Festo, procuradores romanos en Judea; otros tantos hombres forjadores de historia de la humanidad, con los que se hallan relacionados numerosos hechos salvíficos.

La historia de la salvación no se pierde en la nube de los tiempos. No reviste carácter atemporal. Se inserta en nuestra tierra, en unos concretos tiempos de la evolución de la humanidad. La salvación de Dios no sería la misma, no se entendería de la misma manera ni se expresaría con las mismas categorías si se hubiera desarrollado en otros lugares y en otros tiempos.

2. Concatenación de los hechos salvíficos entre sí.

Los hechos histórico-salvíficos aparecen en la Escritura actual no como hechos aislados, independientes, sino ligados entre sí, en dependencia mutua, condicionándose unos a otros en su sucederse, formando cadena, como partes complementarias de un todo armónico, de un mismo y único plan.

La palabra que pone en movimiento la historia de la salvación es una palabra que abre el futuro, una promesa: a tu descendencia daré yo esta tierra (Gen 12, 7; cf. 13, 15; 15, 18; 17, 8; 26, 4). Esta promesa continúa presente y actuando a lo largo de toda esa historia: provoca la intervención que libera a Israel de Egipto (cf. Ex 2, 24; 6, 2-8); conoce una primera realización en la conquista de Canaán por las tribus bajo el mando de Josué (cf. Jos 21, 43-45; 23, 14; 24, 1-18); se prolongará hasta conocer una realización nueva, inesperada, definitiva, en Cristo, que es el «descendiente» de Abrahan, en vistas al cual se hizo la promesa (cf. Gal 3, 16-17), el heredero (cf. Mc 12, 7; Heb 1, 2). En él recibirán la herencia los cristianos (cf. Rom 4, 13-14; 8, 17; Gal 3, 26 - 4, 7), una herencia que es ya el «reino de los cielos» (cf. Mt 5, 5-10; Rom 4, 13).

Esa palabra reviste también la forma de una alianza (cf. Gen 15, 18; 17, 1-8). Esta alianza, que se destina a la humanidad entera, y de la que es signo la estable-

cida en Noé (cf. Gen 6, 8; 9, 8-17), se concreta con la descendencia de Abrahan en el Sinaí (cf. Ex 19; 24, 1-8; 34, 1-28). Conocerá una nueva concreción con David y sus descendientes (cf. 2 Sam 7, 1-17), y tendrá su plena realización y cumplimiento en Cristo, el descendiente de David (cf. Mt 1, 1; Lc 1, 32-33; Heb 1, 5; Mt 22, 44; Hech 2, 30-35), con la alianza en su propia sangre (cf. Mc 14, 22-25; Mt 26, 26-29; Lc 22, 15-20; 1 Cor 11, 23-25), por la que los hombres todos tienen acceso y comunión plena con Dios (cf. Heb 8, 6-13; 9, 15-28).

Por estos dos ejemplos se ve cómo toda la historia de la salvación responde a un plan, y cómo ese plan tiene su realización perfecta en la existencia de Jesús de Nazaret, existencia que culmina con su muerte y resurrección. El constituye la plenitud de los tiempos (cf. Gal 4, 4; Ef 1, 10), la manifestación de Dios y de su plan salvador (cf. Jn 1, 1-18; Ef 1, 3-14), en él tiene su cabal realización todo lo que la escritura atestigua, que era como una figura de lo futuro (cf. Mt 2, 23; 5, 17; 26, 54; Mc 14, 49; Lc 4, 1; 24, 44; Jn 13, 18; 17, 12; 19, 24. 36; Heb 1, 1-2; 1 Cor 10, 11). Cristo es la piedra angular del edificio de la salvación, cuyo origen se sitúa en el interior del mismo Dios (cf. Jn 1, 1-3; 8, 24; 1 Jn 1, 1-2; Jn 10, 30), en su amor incondicional al mundo (cf. Jn 3, 16-17; Rom 8, 32; Mt 21, 37; 1 Jn 4, 9), cuyos cimientos penetran hasta el comienzo de los tiempos del mundo y del hombre (cf. Jn 1, 3; Col 1, 15-20; Heb 1, 1-3), cuyas consecuencias se extienden y comprenden a los hombres todos de todos los tiempos y hasta al mismo universo (cf. Ef 1, 10; Col 1, 16. 20; Rom 8, 19-22; 2 Pe 3, 5-13; Apoc 21, 1-8). Así, Cristo, como encarnación del plan salvador de Dios, unifica la variedad de salvaciones atestiguada en la Escritura, ilumina su oscuridad, simplifica su multiplicidad. Así, en él toda la Escritura recibe unidad, toda la historia halla su sentido.

3. Conciencia del sentido salvífico del hecho.

Sólo hay historia verdadera cuando hay conciencia, es decir, cuando los hechos son contemplados por el hombre como realizaciones de su libertad, cuando es descubierto el sentido de los hechos, sus conexiones con otros acontecimientos pasados o futuros, la

trascendencia del acontecimiento para la generación que lo vivió y para las generaciones pasteriores. Así también la historia de la salvación se constituye esencialmente cuando los hechos que la forman son reconocidos como hechos salvíficos, cuando la conciencia del hombre que vive el acontecimiento, personal o colectivo, descubre en él esa dimensión de intervención salvífica de Dios.

Este sentido no aparece del mero análisis de las conexiones socio-económicas, políticas, culturales o históricas que han originado el hecho. El reconocimiento del carácter salvador de un hecho es fruto de la acción concientizadora de Dios sobre los autores del hecho, o sobre alguno o algunos de los testigos del mismo. Esto quiere decir que el carácter salvífico de un hecho es conocido sólo por revelación, y es reconocido sólo en la fe. El «vidente» de ese carácter salvífico es, en realidad, un profeta. A él le es desvelado el misterio de la acción de Dios, y él lo transmite a los demás.

Por tratarse de un hecho salvador, portador y manifestador de la acción salvífica, el hecho se reconoce como cargado de sentido no sólo para estos hombres o esta generación concreta que lo vive, sino también para las generaciones venideras, con las que la generación actual se sabe solidaria en el orden de la salvación o del juicio. A esto se debe el que el hecho no se deje perder. Es recogido y transmitido. El hecho completo, es decir, con su interpretación, enriquecido con el sentido salvífico del mismo. Así se forma el contenido de la «tradición». Israel y la Iglesia primitiva tienen conciencia de que esta transmisión forma parte de la misma historia salvífica. «Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: «¿Qué significa esto?», le dirás: «Con mano fuerte nos sacó Yavé de Egipto, de la casa de servidumbre» (Ex 13, 14; cf. 10, 2; 12, 26; 13, 8; Dt 4, 9; 6, 7. 20-25; Sal 78, 1-8; 44, 2). «Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido... Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí...» (1 Cor 15, 1. 3; cf. 11, 23-27). Revelación, fe y tradición son, pues, elementos integrantes de la historia salvífica.

Al propio tiempo aparece como elemento integrante la comunidad, el Pueblo de Dios. Este, en efecto, se forma por todos aquellos que aceptan el hecho como intervención salvadora de Dios en su favor, y se adhie-

ren a Dios, se entregan a él, a su servicio, al aceptar el hecho. «Y viendo Israel la mano fuerte que Yavé había desplegado contra los egipcios, temió a Yavé y creyeron en Yavé y en Moisés, su siervo» (Ex 14, 31; cf. Jos 24, 14. 16-17; Hech 2, 36-38).

La comunidad, pues, es, por una parte, el lugar de la acción de Dios. A ella se destina la salvación obrada. En ella y de ella surge el intérprete autorizado, el profeta, el apóstol, que desvela el misterio del hecho. La existencia de la comunidad, su aceptación de la interpretación salvífica de la historia, hace posible la historia pública de la salvación. Sólo se da, pues, historia de la salvación cuando una comunidad que se entiende a sí misma como Pueblo de Dios, trae a la memoria los hechos salvíficos del pasado, que condicionan su existencia actual, que desvelan sus relaciones con Dios, que aseguran su camino hacia la salvación futura. La comunidad, la iglesia, pertenece, pues, a la historia de la salvación, como sujeto en cuyo favor la salvación es operada, como atmósfera vital que arropa al testigo e intérprete, como sujeto receptor de la interpretación normativa, como sujeto transmisor de la interpretación recibida.

Pero la interpretación salvífica no es meramente puntual. Se da la acumulación de interpretaciones. Cada generación repiensa los hechos salvíficos del pasado a la luz de los nuevos acontecimientos que ella vive. A esta luz descubre en el acontecimiento pasado una riqueza de contenido salvífico que los primeros testigos o intérpretes no pudieron descubrir. Las generaciones posteriores se hallan, pues, en mejores condiciones en orden a descubrir el sentido salvífico de los hechos. Porque cuentan con la iluminación que da la misma historia. Y cuentan con la ayuda iluminadora del Espíritu (cf. Jn 13, 6; 14, 26; 16, 13). Así se forma una cadena de interpretación que enriquece el hecho, no en cuanto que proyecte sobre él riquezas que aquél no contenía, sino en cuanto que hace patente, en extensión y en intensidad, lo que el hecho ya llevaba en sí, pero que permanecía oculto. Así, el nuevo testamento puede entender todo el antiguo a la luz de Cristo y descubrir en él figuras de Jesús. Así, la resurrección de Jesús ilumina toda su vida y todas sus palabras (cf. Jn 16, 25). Así, la Iglesia, con toda su vida, con la liturgia, con el servicio del amor, aclara el mensaje evangélico, y lo va entendiendo de nuevo,

con mayor profundidad, aplicándolo a contextos históricos y culturales nuevos y distintos.

4. La palabra como elemento constituyente de la historia de la salvación.

La palabra es la que clarifica la acción y le da su sentido propio. Cualquier hecho puede tener significaciones distintas, dimensiones variadas, causas innumerables, efectos múltiples. La palabra deshace el equívoco. Añadida al hecho, lo reviste de su sentido peculiar en esta situación concreta. En la palabra de los transmisores aclara Dios su propia acción. En la intuición interpretadora del testigo, del «vidente», del profeta, el hecho se hace palabra. Pero como esta intuición no es mero fruto de la reflexión, sino consecuencia de una iluminación del Espíritu que revela el sentido divino del acontecer, la palabra de los transmisores humanos puede y debe ser recibida no como mera palabra humana, sino, como en verdad es, como palabra de Dios (cf. 1 Tes 1, 13; Rom 1, 16). Dios habla en ellos y por ellos, pone sus palabras en su boca. Esta palabra actúa en los creyentes en el orden de la salvación (cf. Heb 4, 12; Is 55, 10-11). Pues lleva en ella misma el poder salvador del hecho. Y se dirige al hombre solicitando de él una respuesta, en orden a insertarse y hacer suyo ese sentido salvífico del hecho. Así se ve cómo la palabra forma parte de la historia de la salvación. Y en esto reside el carácter genuino de la Escritura como palabra de Dios escrita.

Por este carácter de palabra de Dios, la interpretación concreta que podría ser estimada como contingente, válida tan sólo para la generación testigo del hecho, puede ser válida también para las generaciones posteriores. Estas no podrán nunca ni negar el hecho ni cambiar radicalmente su sentido. Su tarea es de servicio a la palabra, de transmisión. Y de profundización en el hecho, de poner de relieve las riquezas escondidas en el mismo, a la luz de las nuevas intervenciones de Dios en la historia. Así se justifica algo muy peculiar de la interpretación bíblica, que es la llamada «tipología».

La tipología se fundamenta en la convicción de que la acción salvífica de Dios reviste siempre la misma estructura fundamental. En una determinada y con-

creta acción salvífica se halla como concentrada toda la acción salvadora de Dios. La acción futura se halla allí como en germen, presente, pero oculta. La historia posterior descubre la conexión entre aquellas salvaciones pasadas y las actuales, descubre y desvela la presencia de la salvación actual en la intervención pasada. Toda la tradición bíblica ha elaborado bajo esta perspectiva los acontecimientos fundamentales de la historia de la salvación. Basta poner como ejemplo la elaboración sufrida por el acontecimiento del éxodo, desde la salida de Egipto, pasando por la restauración después del destierro hasta el éxodo de Cristo de este mundo al Padre.

IV. EL HOMBRE Y SU ACCION EN LA HISTORIA DE LA SALVACION

La historia de la salvación viene constituida por las grandes acciones de Dios en favor del hombre. Pero hay que afirmar también con la misma intensidad que es la historia de la acción del hombre.

El hombre es el destinatario de la salvación. «No se ocupa de los ángeles, sino de la descendencia de Abrahan» (Heb 2, 16; cf. Sal 8). Toda la acción de Dios se dirige, como vimos, a salvar a los hombres, a hacerles realizar el éxodo desde la esclavitud a la libertad, desde la lejanía de Dios a la comunión con él, desde el odio y el egoísmo al amor.

El hombre participa en la historia de la salvación como agente de la misma. Dios encomienda a cada hombre el cuidado de su hermano (cf. Gen 4, 9-15). El hombre, todo hombre, es un enviado, un embajador, un lugarteniente de Dios para anunciar y realizar la salvación en favor de sus hermanos. Esto queda de manifiesto en toda la serie de personajes que jalonan la historia de la salvación. En ellos y a través de ellos Dios realiza la salvación del pueblo. Ellos son la conciencia para el pueblo de la acción salvífica de Dios en su favor. Puede afirmarse que la historia de la salvación posee una estructura tal que cualquier acción salvífica emprendida por el hombre en favor de sus hermanos es como el sacramento de la acción salvadora de Dios, signo e instrumento de la misma. Moisés saca a Israel de Egipto, y el éxodo es una salvación maravillosa de Dios. Josué introduce a Israel en Canaán, y la posesión de la tierra es el don de Yavé a su pueblo. David hace presente la liberación de Dios ante el acoso filisteo. Los profetas encarnan la gracia y el juicio de Dios para su pueblo. La salvación definitiva del hombre es obra de un hombre, Jesús de Nazaret, en quien se hace persona la gracia de Dios, la salvación (cf. 2 Cor 5, 21; Rom 8, 3. 32; 5, 6-11). Los apóstoles van realizando en la Iglesia la misma salvación de Jesús (cf. Mc 16, 16-18; Mt 10, 1; Jn 14, 12; Hech 2, 43; 4, 33; 2 Cor 5, 11-21).

Así, la historia de la salvación, que, en un primer momento, parecía condenar al hombre a la pasividad, a esperar la intervención de Dios y aceptarla en la alabanza y el reconocimiento, se convierte para el hombre, para todo hombre, en exigencia, en tarea a asumir, en compromiso a adquirir: el de llevar a los hombres, sus hermanos, a la salvación con la que Dios le ha agraciado a él.

Pero el hombre forma parte de la historia de la salvación a otro nivel. Pues se cuenta con su libertad, ya que la salvación le es ofrecida al hombre, no impuesta. El hombre se halla solicitado y amorosamente atraido hacia la salvación y hacia el Salvador. Es libre para acoger la invitación o rechazarla, para entregarse al Salvador o huir de El. Si la acepta, se integra en la marcha de la historia de la salvación, y se convierte en agente de la misma. Si la rechaza, para él aparece el juicio, la condenación. Todo ello al doble nivel en que se mueve y se realiza la persona: el nivel individual y social, en la intimidad de su corazón, y en el campo de las estructuras e instituciones. La respuesta del hombre, es, pues, condicionante de la historia de la salvación. Debido a esta respuesta no puede concebirse la historia de la salvación como una línea recta y ascendente. Tiene sus altibajos, sus sinuosidades. La acción del hombre puede poner obstáculos a la marcha de la historia de la salvación, puede retrasarla, hacerla emprender caminos nuevos, no sospechados, hasta llegar de nuevo al corazón del hombre. Pueden fracasar personas o instituciones puestas originalmente como instrumentos de salvación. Así fracasa Saul, fracasará la misma monarquía, el sacerdocio del antiguo testamento. La obstinación en la respuesta negativa puede obligar a emprender

un nuevo camino. No se impide la realización de la misma. La hace más gloriosa. Dios escribe derecho con líneas torcidas (cf. Rom 9-11). La historia de la salvación es la de la llamada constante de Dios al hombre para decidirse a elegir entre la salvación y la condenación, la vida y la muerte, la bendición y la maldición (cf. Dt 30, 15-20).

La historia de la salvación es, pues, también la historia del hombre. No sólo como destinatario, sino también como colaborador, como agente de la misma.

V. EL PUEBLO DE DIOS COMO AMBITO DE LA SALVACION

Sólo existe historia propiamente dicha cuando existe una comunidad humana protagonista o destinataria de los acontecimientos. Lo ocurrido al hombre individual apenas forma parte de la historia a no ser por su repercusión social. Así ocurre también en la historia de la salvación. La realidad primera que la Biblia atestigua es la de la «descendencia de Abrahán» como destinataria de la promesa. La salvación del éxodo ocurre a un «amasijo de gentes» (cf. Núm. 11, 4; Ex 12, 38), y se orienta a hacerlos un solo pueblo (cf. Ex 3, 10; Lev 26, 12; Ex 16, 1, 2. 9). El pueblo es el que peregrina por el desierto y el que entra en Canaán como heredero de la promesa (cf. Jos 24). Este carácter prioritario de la salvación permanecerá siempre, aun cuando más adelante se descubra el alcance personal, individual de la salvación (cf. Ez 18). Así, el nuevo testamento insistirá en la realidad de la Iglesia como ámbito de la salvación (cf. Hch 2, 42-47; 4, 32. 34-35; 5, 12-16), como comunidad de los salvados, como el pueblo de la nueva alianza (cf. 1 Cor 11, 23-27 par; Jn 11, 50-52; Hch 15, 14; 2 Cor 6, 16; Heb 8, 10; 1 Pe 2, 9-10; Apoc 18, 4; 21, 3).

El pueblo de Dios es el formado por su palabra y por su acción salvadora. Al propio tiempo, él es testigo ante los pueblos (cf. Is 43, 10-12), encargado de anunciar la salvación, de transmitirla, de realizarla en favor de toda la humanidad (cf. Mt 28, 18-20; Hech 1, 8; 4, 33).

Así, pues, la comunidad o pueblo de Dios se convierte, por encargo del Señor y por la presencia del Espíritu del Salvador en ella, hoy, en un hecho histórico salvífico. A través del pueblo de Dios, él manifiesta al mundo su voluntad salvadora. Y la muestra eficazmente, realizando la salvación de los hombres, de cualquiera de las opresiones en que se desarrolla su existencia, especialmente de la más íntima de ellas, signo y origen de todas las demás, la del pecado. La Iglesia es, en términos de la teología moderna, sacramento de la salvación. Testifica la salvación en favor de los hombres.

VI. LA LITURGIA EN LA HISTORIA DE LA SALVACION

La historia de la salvación ha estado siempre unida íntimamente al culto. Gran parte del material bíblico actual ha conocido su origen en la liturgia. De ella proceden las confesiones de fe histórico-salvíficas, los himnos de alabanza. Hay perícopas que ofrecen el carácter de verdaderas homilías.

La celebración litúrgica, además, reviste el carácter de *memorial:* un signo que recuerda la intervención salvífica de Dios. Es recuerdo, en orden a Dios, para que él realice de nuevo, aquí, para esta generación, la salvación que realizó entonces con la generación primera. Y la recuerda también para el pueblo, en orden a la alabanza a Dios, y, sobre todo, en orden a su inserción ahora en el proceso de salvación que allí se realizó y cuya virtualidad toca al pueblo reunido actualmente en la celebración del memorial, y en orden al compromiso que la intervención salvífica supuso para la generación primera. Así, todas las fiestas de Israel, como más tarde las de la Iglesia, son celebraciones de alguna acción salvífica concreta anterior. Así la liturgia actualiza el acontecimiento del pasado, lo rememora, hace actual su contenido salvífico. El pueblo, participando en la celebración, hace suya la salvación recordada, no repitiendo el acontecimiento del pasado, que, como tal, es irrepetible, sino apropiándose la virtualidad salvífica, que llega hasta el hoy de la celebración (cf. Ex 12, 14; 13, 3-10; Lc 22, 19; 1 Cor 11, 24-26).

Pero al propio tiempo, la celebración litúrgica proyecta al pueblo hacia el futuro, hacia nuevas y más gloriosas intervenciones salvadoras de Yavé, de las que las conmemoradoras en la celebración no son más que figura, anuncio, anticipo. Así, la celebración eucarística, que es memorial de la cena del Señor, es, al propio tiempo, anuncio del banquete definitivo en el reino. Se anuncia la muerte del Señor hasta que él venga y en espera de su venida (cf. 1 Cor 11, 26).

En la liturgia puede decirse que se continúa la historia de la salvación de una manera privilegiada. En ella y por su medio, Dios sigue interviniendo en nuestro mundo. De una manera misteriosa, oscura, invisible, accesible hoy sólo a la fe. En la comunidad reunida, el Señor se hace presente. Es anunciada su palabra salvadora. Y se actúa realmente la salvación. Aquí tenemos la prolongación real de la historia de la salvación. Aquí tenemos su máxima y perenne actualidad.

VII. CARACTERISTICAS DE LOS HECHOS QUE FORMAN LA HISTORIA DE LA SALVACION

Los hechos que son vividos e interpretados como acciones salvíficas de Dios en la historia revisten unas características que los califican y definen como verdaderas obras divinas.

La primera es su carácter *maravilloso*. Son hechos que llaman la atención, sorprenden, o por la magnitud de lo sucedido, o por el modo de realizarse, o por las circunstancias que lo rodean, de personas, gestos o palabras. No es necesario que se trate de verdaderos «milagros», en el sentido corriente de la expresión. Tampoco se excluye que lo sean. Pero lo que se necesita es que se manifiesten como verdaderos «signos» de la presencia y actuación de Dios en aquellas circunstancias concretas. Ante ellos el hombre descubre con certeza, y como por instinto, que «el dedo de Dios está aquí» (Ex 8, 15). Aunque se realicen en lo escondido, en lo profundo (cf. Jn 1, 47-51), conoce el hombre que se trata de «obras grandes y estupendas» (Apoc 15, 3) en que se manifiesta la mano potente de Yavé (cf. Ex 14, 31) o la suavidad de su paso (cf. 1 Re 19, 12). La Biblia las califica como maravillas, hazañas, proezas, prodigios, milagros. Y, sobre todo, como «signos» (cf. 1 Cron 16, 12; Sal 76, 12; 77, 4. 11. 12; 86, 10; 104, 5; 136, 44; Lc 2, 12; Mt 24, 24; Jn 2, 11. 18. 23; 4, 48; 20, 30; Rom 15, 19; Hech 2, 22. 43; 8, 6. 13; 2 Cor 12, 12). Estas obras provocan la sorpresa, y la admiración, de la que brota la alabanza. Los cánticos y los himnos del salterio son expresión de estos sentimientos. Y provocan la proclamación o publicación de esas maravillas. «Lo que oímos y aprendemos, lo que nuestros padres nos contaron, no lo ocultaremos a sus hijos, lo contaremos a la futura generación: las alabanzas del Señor, su poder, las maravillas que realizó» (Sal 78, 2-4; cf. Sal 75, 1; Ex 15; Jue 5).

Esos hechos son *salvíficos* para el hombre. Dios no busca sino salvar al hombre. Y en esta salvación está la máxima manifestación de su gloria. Y en la aceptación de la salvación por parte del hombre, el más alto reconocimiento de la misma (cf. Ex 16, 7; Sal 3, 4; 20, 6; 61, 8; Is 60, 1-2; Sal 78, 9; Jn 2, 11). La salvación se sitúa, como ya se dijo, en la línea de todas las opresiones que esclavizan al hombre, desde la periferia hasta su más íntima profundidad, desde lo más exterior y visible hasta lo más personal e íntimo.

Junto a la salvación, y como su contraste, como el reverso de la misma, se halla *el juicio*, cuando el hombre rechaza la oferta de salvación que Dios le hace. Cuando Dios salva, alguien sucumbe. Todo el que se opone a esa salvación. Ese alguien es visto siempre como encarnación concreta de la fuerza del pecado, como enemigo personal de Dios o de sus planes. Este juicio de Dios se ejerce o por medio de hombres, de los que Dios se sirve y con lo que se manifiesta dueño y soberano de la historia (cf. Nabucodonosor, Ciro), o por medio de los elementos de la naturaleza (agua, fuego), con lo que Dios se revela dueño y soberano del Universo, y así se anuncia el alcance cósmico de la salvación y del juicio.

En todas las acciones salvíficas quedan patentes *modos divinos de actuación*. La primera constante es que la acción de Dios es *creadora*, da la vida, hace ser. O bien porque pone a los seres en la existencia primera o porque los transforma de tal manera que su situación en la vida es radicalmente nueva, como si comenzaran a existir de nuevo. Así, desde la creación primera (Gen 1-3) hasta la instauración de los

cielos nuevos y la tierra nueva (cf. Apoc 21-22), a través de una serie de promociones de seres, de liberaciones de la caída absoluta en el vacío, en la muerte, que culminan en la resurrección de Cristo, la nueva creación (Rom 8, 19; 2 Cor 5, 17).

La segunda es la *elección*. Dios elige a personas o al pueblo para enviarlos como mensajeros suyos, como colaboradores de su obra salvífica, como testigos y realizadores de la misma. La acción divina se manifiesta en ellos por la desproporción entre su poder personal o social y la obra que realizan (cf. Ex 3, 11; Jer 1, 6). Este complacerse en preferir «la necedad para confundir a los sabios, la flaqueza para confundir a los fuertes, y lo plebeyo, el desecho, lo que no es nada... para anular a lo que es, para que nadie pueda gloriarse ante Dios» (1 Cor 1, 27-29) es una constante en la historia de la salvación.

La tercera es *la alianza*. Todas las intervenciones de Dios se orientan y culminan en una alianza. Esta implica condescendencia de Dios que se liga «con ataduras de amor» (Os 11, 4) con los hombres (cf. Dt 7, 7-8; Os 1-2; 11; Jer 2-3; Jn 3, 16; 13, 1; 1 Jn 3, 1). Esta alianza establece una comunidad de vida entre los contrayentes. Por ella, el pueblo, los hombres entran a formar parte de la familia de Dios, se hacen partícipes de su misma vida, herederos de su misma herencia. Desde la alianza con Noé, con Abrahán, con el pueblo en el Sinaí, con David, hasta la nueva alianza en la sangre de Cristo, que nos hace hijos en el Hijo (cf. 1 Jn 3, 1; Rom 8, 14-17. 28-39; Ef 1, 5; Mc 14, 22-25 par).

La cuarta es *la presencia*. Toda alianza importa una presencia peculiar de Dios en o con su pueblo. Una presencia que al principio se hace transitoria, es un ir con, un mero acompañar (cf. Ex 13, 22; 14, 20; Num 9, 15-17; Jos 3, 4-11). Más tarde, con el templo, se hace estable, un estar entre (cf. 1 Re 8). Hasta que culmina en el nuevo templo, que es el cuerpo de Cristo (cf. Jn 2, 13-22), en el que habita toda la plenitud de la divinidad (cf. Col 2, 9), y por la inserción en él de los creyentes (cf. Rom 6, 1-11) en la presencia real, íntima de Dios en persona en los hombres (cf. Jn 6, 57; 14, 17. 23; 15, 5; 1 Jn 4, 12-16; 1 Cor 3, 16-17; 6, 19; 2 Cor 6, 16).

VIII. ALCANCE Y ETAPAS FUNDAMENTALES DE LA HISTORIA DE LA SALVACION

El límite inicial de la historia de la salvación viene determinado por las primeras palabras de la Biblia: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gen 1, 1). Aunque la creación es un suceso incontrolable para la historia científica, pertenece, sin embargo, de lleno a los acontecimientos que forman la historia de la salvación. No sólo porque por ella se pone en marcha el plan de Dios y se da el marco espacio-temporal en que la historia se va a desarrollar, sino porque la creación es vista por Israel y por la comunidad cristiana como un acontecimiento salvífico, paralelo e íntimamente unido a las intervenciones salvíficas posteriores (cf. Is 42, 5; 43, 1; 44, 24-28; 54, 5; 51, 9 s.; Sal 77, 17 ss.; Sal 89, 74). El acto creador ilumina, por otra parte, el acto salvador de Dios, aun cuando en la historia primero fuera la experiencia de la salvación y sólo más tarde se descubriera esa intervención que llamamos creación. La creación es una acción histórica de Dios, una obra dentro del tiempo, abre la historia, y forma cadena con las obras posteriores.

Por otra parte, la historia de la salvación viene determinada, como se vio, por el pecado. Pero el pecado aparece ya desde los albores de la humanidad (cf. Gen 2-3), se extiende y multiplica con el hombre (cf. Gen 4-6), provoca intervenciones de Dios que son ya salvaciones y juicios (cf. Cen 3, 14-19; 6, 5-7). Toda la historia de los orígenes pertenece, pues, de lleno a la historia de la salvación.

La historia de la salvación comprende una etapa de preparación, el antiguo testamento o antigua alianza. Dios elige a la descendencia de Abrahán como el campo de su acción salvífica, y como testigo de sus intervenciones.

Esta etapa se estructura en varias épocas, con períodos distintos. La división más común, y objetiva, aparece en Mt 1, 2-17, y Lc 3, 23-28). De Adán a Abrahán, de Abrahán a Moisés, de Moisés a David, de David al destierro, del destierro hasta Cristo. No es fácil precisar en cada etapa los actos salvíficos concretos. Destacan por su antigüedad y trascendencia, el complejo del Exodo y el de la elección de David.

«Al llegar la plenitud de los tiempos» (Gal 4, 4), la

etapa preparatoria deja paso a la de la realización, que tiene lugar en Cristo (cf. Ef 1, 1-14; Col 1, 15-20). Después de haber hablado Dios de muchas maneras y por muchos modos, nos habla por el Hijo, que es su Palabra, la última, la definitiva (cf. Heb 1, 1-2; Jn 1, 1-14). Después de haber realizado salvaciones parciales, múltiples, deficientes, provisorias, «envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción» (Gal 4, 4-5). Con él queda instaurado el reinado de Dios en el mundo, objeto de la promesa a partir de David (cf. Mt 3, 2; 4, 17; 12, 28; Lc 10, 9; 17, 21; 23, 42-43; Col 1, 13). Después de haber recibido parciales y deficientes glorificaciones por parte de los hombres (cf. Is 43, 23; 29, 13), después de que la historia muestra la perenne y constante rebeldía del hombre (cf. Rom 1-3), en Cristo ha recibido obediencia consumada y glorificación perfecta (cf. Fil 2, 6-11; Heb 5, 5-10; Rom 5, 19; Jn 14, 13; 17, 1-10).

La intervención de Dios culmina en Cristo. Pero no termina en él. Con su ascensión, se abre un nuevo período de actuación suya, invisible y oculta, a través de la Iglesia, nuevo pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, signo de su acción salvífica. El momento privilegiado de esta actuación salvífica es, como vimos, la acción litúrgica. Pero no se limita a ella. La presencia y acción de Cristo en la Iglesia y a través suyo se extiende a toda su vida, especialmente a la misión o transmisión del mensaje (cf. Mt 28, 19-20). Esta tarea comporta una inteligencia adecuada del mismo y una reinterpretación constante, adaptada a cada nueva situación histórica. Este esfuerzo de penetración en el mensaje original, de descubrir sus riquezas, de adaptarlo a las nuevas situaciones, manteniéndose fiel a su contenido original, esta «tradición» del mensaje, las delimitaciones de su contenido realizadas por la Iglesia a lo largo de los siglos a través de su magisterio en orden a salvar los hechos salvíficos en su consistencia real, a evitar que se diluyan en mitos o ideologías, forma parte de la historia salvífica en esta etapa que vivimos.

Cristo y el Espíritu se hallan a la obra también en otro aspecto de la vida de la Iglesia, que es el de la existencia cristiana, el de la vida de caridad de sus miembros, el de la santidad. La manifestación suprema de esta acción de Dios nos la ofrecen la existencia

de los santos, donde llega a su máxima expresión la capacidad transformadora de la existencia humana obrada por la gracia. Y especialmente en los mártires, en quienes la fuerza de Dios triunfa de la debilidad humana hasta por encima de la propia vida. Esta cadena de santidad, ordinaria o heroica, como obra del Espíritu, pertenece de lleno a la historia de la salvación. Aun cuando no resulte fácil interpretarla.

La misma trayectoria histórica de la Iglesia en su conjunto, como cuerpo social, con sus altibajos, con los vaivenes de las persecuciones exteriores y de los peligros internos, con sus divisiones, con sus infidelidades y sus reformas, forma parte de esta maravillosa historia de la salvación. Los Hechos de los Apóstoles y el Apocalipsis son modelo canónico de interpretación de la historia de la Iglesia. Ellos ayudan a descubrir en todo el discurrir de la historia de la Iglesia la intervención de Dios, la existencia de esa lucha que continúa, a pesar del golpe mortal asestado ya por Cristo, entre el poder de las tinieblas y la luz, la antigua Serpiente y la Mujer, entre la ciudad de Dios y Babel, símbolo del poder enemigo de Dios.

La historia de la salvación comprende, pues, el tiempo de la Iglesia hasta el momento actual no sólo en esas intervenciones que podríamos llamar obligadas, en la liturgia, sino en todo lo que afecta a la marcha peregrinante del pueblo de Dios por el mundo.

La mirada de la fe descubre aún más. Descubre que, desde Cristo, todo se halla impregnado de su acción. Toda la actividad humana, todo el esfuerzo del hombre por ir encontrando caminos hacia una conciencia más plena de su ser en el mundo, toda su febril actividad en vista a encontrar condiciones de existencia más humana para los hombres, todos los anhelos de transformación de las condiciones de vida de los hombres, y del hombre mismo, todo se halla bajo el impulso que brota de la acción salvadora de Cristo. Según esto, toda la historia humana puede ser leída e interpretada como ese balbuciente caminar hacia la edificación del reinado de Dios en el mundo. Ciertamente que en este intento de los hombres pueden existir desviaciones, caminos equivocados, que, en lugar de humanizar al hombre, en lugar de liberarlo, lo esclavizan más, lo destruyen. Es la presencia del pecado.

En este último aspecto tocamos lo que habría que llamar historia general de la salvación. Pero los cre-

yentes necesitan realizar un esfuerzo de interpretación de esos signos de Dios que se manifiestan en la historia, un esfuerzo por descubrir sus huellas, que, aunque en muchas ocasiones puedan realizarse fuera de la Iglesia, o aun en contra suya, no se realizan al margen de la gracia que en ella habita y que ella distribuye.

La historia de la salvación tiene todavía un acto futuro: la venida del Señor a juzgar a los vivos y a los muertos (cf. Fil 3, 20-21). Porque la resurrección de Cristo no le afecta a él sólo. Resucitó como primicia de los que mueren (cf. 1 Cor 15, 2). La salvación por él realizada no será completa hasta que con su venida gloriosa, con la resurrección de los muertos, con la transformación del mismo Universo, quede aniquilada en plenitud la muerte, última manifestación del dominio del pecado. La historia de la salvación se proyecta, como siempre, hacia un futuro mejor. Aquí tendrá su cumplimiento pleno todas las maravillas realizadas por Dios en favor de los hombres. El pueblo creyente vive en esa tensión, anhelando la venida del Señor (cf. Apoc 22, 17-20), la instauración de los nuevos cielos y la nueva tierra (cf. 2 Pe 3, 13). Toda celebración litúrgica es anuncio y anticipo de ese estadio definitivo. Y toda la historia pasada, cumplida ya en Israel, y en Cristo, en la Iglesia, es garantía de que esta última palabra de Dios tampoco fallará, como no ha fallado ninguna de sus anteriores promesas (cf. Jos 21, 45; 23, 14; Is 55, 11; Mc 13, 31). Todo el tiempo que vivimos, y que vivirá la humanidad, no es más que espera de esa consumación. Y preparación de la misma (cf. 2 Pe 3, 2-18).

IX. NOTAS SOBRE EL METODO DE EXPOSICION

Todo lo que hemos dicho en esta introducción nos señala ya el método de exposición.

En primer lugar, el estilo de la exposición de la historia de la salvación debe ser un estilo narrativo. La historia de la salvación se narra. No es preciso justificarla. Esta justificación se ha hecho en las materias de los cursos anteriores. Aquí tomamos la Escritura tal como ella se nos presenta, como una *narración* de las maravillas de Dios en la historia.

Esta narración debe ser completa. No en la multitud de detalles, sino en sus líneas fundamentales. Bastará para ello elegir algunos de los acontecimientos fundamentales, los que marcan un período, y narrarlos procurando descubrir sus conexiones con los otros acontecimientos, en especial su inserción en todo el plan de Dios que se realiza en Cristo.

Parte de la narración histórico-salvífica será exponer las interpretaciones sucesivas que un acontecimiento ha recibido en la tradición, y recogidas por la Biblia. Así, ésta recobra su unidad. Y sólo en su unidad adquiere sentido pleno, completo, cada uno de los actos del misterio. Incluso habría que contar en ocasiones con la interpretación que la Iglesia ha dado en toda su historia hasta el momento actual, por cuanto, como vimos, la plenitud de contenido de un acontecimiento sólo se va entendiendo a la luz de los acontecimientos presentes de la historia. Dentro de esta inteligencia actual de la Iglesia, ocupa lugar privilegiado la comprensión litúrgica, su encuadre dentro del culto de la Iglesia.

La narración de la historia de la salvación es siempre de orden catequético. Debe ser siempre para el lector una instrucción, pero, sobre todo, una interpelación. Una llamada a insertarse en esa historia salvífica por la aceptación de la acción de Dios, y una llamada a comprometerse en esa acción salvadora de Dios, a colaborar, por tanto, en la edificación de un mundo que responda a los planes de Dios, más humano, más habitable para todos los hombres, en este concreto momento histórico que se vive.

No es posible realizar la exposición de la historia de la salvación que se realiza en la historia de la Iglesia. Sólo algunas alusiones breves a aquellos principios que aparecen en la misma Iglesia del nuevo testamento y que son válidos y normativos para la Iglesia de todos los tiempos.

Para ser fieles a la perspectiva bíblica, que, como vimos, proyecta la historia hacia el futuro, hacia la parusía, deberá hacerse una indicación sobre este período. Aunque las afirmaciones sean muy escasas. Y casi todo quede en penumbra.

Al comienzo de cada hecho salvífico se ofrecen algunos textos sacados de toda la Biblia. Fundamentan

la interpretación salvífica del hecho concreto, y precisamente en las distintas etapas dentro de la misma Escritura. Los textos son indicativos. No son todos. El alumno puede encontrar otros, numerosos, adecuados, enriquecedores. Esta es su tarea.

Como método de estudio se sugiere el siguiente:

> Lectura de los textos que se indican al comienzo de cada capítulo; a continuación, lectura de la exposición que se ofrece de los respectivos hechos salvíficos, que es como un comentario al conjunto de los textos; es aconsejable una nueva lectura del conjunto de textos bíblicos que vaya acompañada de la reflexión personal sobre los mismos, con la búsqueda de nuevos textos o descubrimiento de nuevas perspectivas en los mismos. Terminada la lectura de todo el volumen, será el momento de elaborar personalmente las cuestiones o el tema escogido como trabajo personal.

I

LOS COMIENZOS DE LA SALVACION

I. ORIGEN DEL MUNDO Y DEL HOMBRE

TEXTOS: Gen 1, 1 - 2, 4; Is 42, 5-13; 44, 6-8. 24-27; Sal 8; 19, 1-7; 103-104; 136; 148; Job 38-42; Prov 8, 22-31; Ecco 42, 15 - 43, 33; 2 Mac 7, 28; Jn 1, 1-18; Hech 17, 16-34; Col 1, 14-20; Heb 1, 1-14; 3, 7 - 4, 13.

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Con esta afirmación se abre la Escritura. Con ella se responde a la pregunta que todo hombre se formula sobre el origen del mundo y del hombre.

El pueblo de Israel vive la respuesta antes de plantearse la pregunta. La ha vivido en su propia historia como pueblo. En el principio que le ha dado origen como pueblo ha visto un comienzo absoluto. Ha experimentado la palabra de Yavé como fuerza que llama a lo que no es para que sea, que saca de la muerte a la vida. Así ocurrió con Abrahán, el progenitor del pueblo (cf. Gen 12, 1-2). Así, en la salida de Egipto (Ex 1-18). Cuando con el correr del tiempo Israel se pregunta por el origen del mundo y del hombre, extiende hasta ellos su propia experiencia y adquiere la certeza de que también en el origen de todo existe una intervención de Dios que, por el poder de su palabra, movido por el amor, pone en la existencia el Universo y los seres todos que lo habitan, con todo su ser y su capacidad de acción. A esta acción de Dios se la llama «creación». Así se forma una convicción de fe, ordinaria en los labios israelitas (cf. 2 Mac 7, 28), y que será incorporada al credo de la Iglesia: «Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso, creador de cielo y tierra, de todo lo visible y lo invisible» (Símbolo de Nicea-Constantinopla).

1. La creación, intervención primera de Dios.

Los primeros capítulos del Génesis, libro en el que se exponen los orígenes de Israel (12-50), empalmándolos con los orígenes del mundo y del hombre (1-12), contienen dos catequesis distintas sobre los orígenes. Las dos intentan exponer, con lenguaje sencillo, sin pretensiones científicas, no meras doctrinas, sino hechos teológicos, acontecimientos ocurridos en la esfera de las relaciones del mundo y del hombre con Dios, y situaciones procedentes de esos hechos.

La primera (1, 1 - 2, 4) es históricamente posterior. Pertenece a la escuela sacerdotal. Con estilo pobre, monótono, esquemático. Con un alto concepto de la «santidad» de Dios, de su trascendencia, de su distinción con relación a todo lo conocido. Con ella se intenta dar una respuesta al origen del mundo y del hombre. Pero, sobre todo, y en este sentido la narración es histórico-salvífica, se quiere dar respuesta al origen de Israel. Con el esquema artificial de la semana se encuadra la creación en el marco del tiempo, dándole así dimensión histórica.

Los cielos y la tierra indican la totalidad de lo existente (cf. 2 Mac 7, 28). La acción «crear» es exclusiva de Dios. Nunca el hombre «crea» nada. Organiza, transforma la realidad existente. Todo lo que hay en el mundo, en su existir y en su actuar, con todas sus energías y posibilidades, es hechura de Dios. Hechura absoluta, hechura original, desde sus raíces, «en el principio», «de la nada». La acción de Dios se sitúa frente al vacío total, frente a la confusión plena. La única garantía de comienzo es el espíritu de Dios, fuente de vida, dispuesto a comunicarla. La acción de Dios pone también orden y distinción (3-13), pone belleza y hermosura (14-25). Toda la acción se orienta y culmina en el hombre, maravilla suprema, obra maestra de la acción creadora de Dios (26-31).

La narración afirma un hecho. Pero este hecho, y el modo de narrarlo, es portador de revelación, pone de relieve modos de ser y de actuar que definen las relaciones entre Dios, el mundo y el hombre. El Dios creador es alguien. Habla, actúa, delibera, se complace. No está ausente ni indiferente a la obra de sus manos, cuida de la criatura, de su aliento, de su reproducción. De nada ni de nadie está lejano. Está presente, íntimo a todo. No está lejos de cada uno de

nosotros, en él estamos, nos movemos y existimos (Hech 17, 22). Pero este alguien, a pesar de su cercanía, no se confunde ni se identifica con nada de lo creado. Es antes que todo y todo procede de él. La cercanía a la creatura no lo contamina. Ni lo reduce. Se mantiene distinto y superior a todo. Es el totalmente otro, el «santo» (cf. Is 6, 3).

Es un Dios único. Todo lo que en el ambiente cultural de la época era considerado como divino es puesto bajo la acción creadora de Dios —sol, luna, estrellas, fuerzas de la fertilidad—. Actúa solo. Nada ni nadie está junto a él, ni colaborando en su obra, ni oponiéndose a ella. Nada se excluye de su acción creadora. Todo es obra suya. Todo le está sometido. Es realmente «el Señor» del mundo entero. «Yo, Yavé, el Señor, lo he hecho todo; yo, solo, extendí los cielos, yo asenté la tierra, sin ayuda alguna» (Is 44, 24). Pone todas las cosas en la existencia sin esfuerzo, sin lucha. Por su sola palabra. «Dijo, y fue hecho; lo mandó y surgió» (Sal 33, 9; cf. Is 55, 10-11). Aun los seres más inasequibles al poder del hombre surgen de una simple palabra de Dios.

El mundo y cuanto contiene no encuentra su unidad y cohesión interna en un primer principio de orden cosmológico, sino en la voluntad creadora y absolutamente personal de Dios. Sin ella, el mundo se desmoronaría, el caos triunfaría. Se precisa una constante acción creadora de Dios para mantener al mundo en la existencia, en el orden.

La obra de ordenación revela un alguien inteligente. Sabe lo que hace, marca destino a los seres, los orienta a una meta: el servicio del hombre. Todo está bien. Lo que para el autor es el símbolo del mal, las tinieblas, no son obra de Dios. No existe imposición para crear. La obra creadora procede de dentro. Todo es fruto del amor, de la benevolencia (cf. Dt 23, 5). Todo es gracia. Ya se halla aquí en germen la definición más adecuada de Dios que se expresará al final de la Escritura: «Dios es amor» (1 Jn 4, 8).

La creación entera lleva el sello del creador. Hace signos al hombre para descubrirlo. Es un libro abierto en orden a la alabanza de Dios por parte del hombre. «Desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las obras» (Rom 1, 20). «El cielo proclama la gloria de Dios... Sin que hablen, sin que pronuncien, sin que

resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón, y hasta los límites del orbe, su lenguaje» (Sal 18, 2. 4-5).

Todo lo existente ha sido creado. Todo es radicalmente dependiente de Dios en aquello que tiene de más íntimo, la raíz misma de su ser y de su actuar. Nadie puede alegar derechos ante Dios. «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias, como si no lo hubieras recibido?» (1 Cor, 4, 7). «Oh, hombre, ¿quién eres tú para pedir cuentas a Dios? Acaso dice el vaso al alfarero: ¿por qué me has hecho así?» (Rom 9, 20).

Todo lo existente ha sido sometido al hombre, puesto a su servicio. El hombre es la corona de la creación. Hacia él se orienta toda la narración. Se hace preceder además una deliberación solemne de Dios antes de la creación del hombre. El hombre se halla en relación de inmediatez con Dios. Tres veces se repite que ha sido «creado» por Dios. En el hombre hay algo especial que lo coloca por encima de la esfera de los demás seres, aun los más excelsos. Algo especial que hace que pertenezca más bien a la esfera de lo divino. El hecho de haber sido creado mantiene, sin embargo, la distancia. No es el hombre la imagen, sino a imagen de semejanza. El hombre refleja la esfera de lo divino precisamente en su capacidad de dominio sobre todo lo creado. Dios crea al hombre, a la humanidad, distinguida en sexos. Y entre ambos sexos reflejan lo divino.

2. La creación en la historia de la salvación.

La creación es el primer acto de la historia de la salvación. Como acción de Dios se va a convertir en tipo de las intervenciones posteriores de Dios. Como en la creación, toda otra intervención de Dios será gratuita, suya será la iniciativa, su amor será el único motivo. Cada acción suya supondrá como un comienzo absoluto, una novedad radical en los seres. La intervención última llevará el sello de la primera. Será un poner en la existencia unos cielos nuevos y una tierra nueva (cf. Is 65, 17; 2 Pe 3, 13), de los que los primeros no son más que imagen, sombra, figura.

En cada hombre que nace al mundo está Dios a la obra. Todos serán creados a imagen y semejanza de Dios. Hasta que venga un hombre, el hijo del hombre.

El Hombre, que será «la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura» (Col 1, 15), en orden al cual ha sido puesta en marcha toda la obra creadora, y por quien toda la creación ha sido puesta en la existencia (cf. Col 1, 15-20; Jn 1, 4.15; Heb 1, 1-3). La obra salvífica se entenderá ahora como una nueva creación del hombre, hecho según la imagen del segundo Adán, del hombre que es la Imagen de Dios (cf. 1 Cor 15, 49; Rom 8, 29; Ef 4, 24; Fil 3, 21).

Todo ha sido hecho para el hombre, destinado para él, puesto a su servicio, sometido a él (cf. Sal 8). Pero como «el hombre» es Cristo, a él se destina toda la obra creadora (cf. 1 Cor 8, 6; Col 1, 16). Y todo el plan salvífico de Dios tendrá una meta: establecer a Cristo como cabeza, como Soberano y Dueño de todo el Universo (cf. Ef 1, 10). Esto ya está realizado. Jesucristo ya es el Señor (cf. Rom 14, 11). Aunque permanece aún oculto su dominio, visible sólo a la fe (cf. Heb 2, 5-9). Se hará visible un día (cf. 1 Cor 15, 24-28). Entonces será Dios todo en todos. La obra de la creación habrá quedado consumada. Será la salvación definitiva.

3. El hombre ante la creación.

Saberse creador no es indiferente para la existencia del hombre. Crea actitudes que definen las relaciones del hombre con Dios y con el mundo. El hombre, como ser creado, no se basta a sí mismo en plenitud. Ni en el orden ontológico: no existe por sí ni para sí. Ni en el orden psicológico: viniendo de Dios y estando orientado, aun a pesar suyo, hacia él, el hombre no descansa ni se completa mientras de hecho no se dirija a él, consciente o inconscientemente. Ni se basta en el orden moral, como si fuera él para sí mismo su propia ley.

El hecho de la creación libera al hombre de la angustia de la existencia. El hombre no está perdido en el universo. No es una pasión inútil. Dios no olvida ni abandona nada de lo que ha creado, a ninguno de aquellos sobre los que un día puso su mirada (cf. Is 49, 14-15; Rom 8, 35-39).

El hombre, todo hombre, es a imagen de Dios. En esto radica la dignidad sublime de la persona humana. Aquí radica su profunda igualdad. Ningún hombre

es inferior a otro hombre. Ninguno debe estar sometido en lo profundo a nadie. Nadie puede arrogarse el derecho de someter, de esclavizar a otro hombre, de ponerlo a su servicio. Lesiona la imagen de Dios en el, se hace a sí mismo «dios». La conciencia de la creación funda, según esto, las bases, las únicas seguras, de la convivencia humana, de la edificación pacífica de la ciudad terrena.

II. EL PECADO Y LA PROMESA DE SALVACION

TEXTOS: Gen 2, 4 - 3, 24; Is 11, 1-9; 14, 12-15; 30, 23-26; 35, 1-17; 65, 19-25; Jer 31, 1-14; Ez 28, 12-19; 34, 23-31; 36, 26-38; 47, 7-12; Lc 23, 43; Jn 11, 1-45; Rom 5, 12-21; 1 Cor 15, 20-28. 42-49; Apoc 2, 7; 7, 9-17; 21, 1-6; 22, 1-5; Concilio de Trento, Sesión VI; Concilio Vaticano II, «Const. Gaudium et Spes», 12-18. 22.

La narración de Gen 2, 4 - 3, 24, por el estilo, por el contenido, revela un mundo distinto, unas preocupaciones diversas, un autor nuevo. Existe una intención catequética. La situación del hombre en el mundo en que vive es una situación lastimosa. Un abismo separa el plan de Dios de la realidad que vive el hombre a diario en este valle de lágrimas, en esta tierra maldita. El abismo tiene un origen: el pecado, la desobediencia, la rebeldía. Sin embargo, y a pesar de todo, esta situación miserable en la que el hombre vive no es desesperada. Yavé, que maravillosamente creó al hombre, ha decidido, por su misericordia, restaurarlo más maravillosamente aún.

Esta narración nace en Israel como fruto de la experiencia. Desde el período del éxodo ha vivido en alianza con Yavé. Pero desde el primer momento le ha sido infiel, se ha rebelado contra él, ha roto el compromiso de la alianza, ha desobedecido sus mandatos. En este abandonar a Yavé ha experimentado el pueblo la amargura de su situación: han dejado el manantial de aguas vivas para construirse cisternas agrietadas incapaces de retener el agua (cf. Jer 2, 13). Abandonaron el bien, su bien, y se han abrazado al mal, su perdición, su muerte.

La reflexión de Israel descubre esta experiencia como una de las experiencias típicas de la humanidad entera, inclinada al pecado desde siempre (cf. Gen 6, 5.12). Un autor genial, el yavista (hacia el s. X a. C.), perfecto conocedor de la psicología humana, teje una narración para dar a entender esta realidad. El trata de responder al problema del origen del mal en el mundo. La solución, si bien no halagadora del hombre, se muestra profundamente realista para quien conoce su corazón y analiza su historia. Con esta narración el autor pretende enseñar al Israel de su tiempo, y a todos los que leyeran en el futuro su narración, de dónde viene en cada momento el mal. Y el remedio que a tanto mal ha sido previsto de parte de Dios.

* * *

La narración aprovecha ideas y elementos simbólicos existentes en su ambiente cultural: paraíso, árbol de la ciencia, serpiente... Los purifica de su alcance *mitológico. Le sirven sólo como elementos descrip*tivos de una situación real, histórica, de la humanidad, no en el orden cultural, sino en el religioso, en el de las relaciones con Dios. Desde sus orígenes la humanidad está destinada a vivir una situación de relaciones amistosas con Dios, relaciones no exigidas por su condición humana.

El paraíso simboliza una situación de armonía fundamental, de paz. Armonía del hombre con la creación entera. Armonía con la mujer, carne de su carne, su otro yo, ayuda connatural. Armonía y paz consigo mismo. No conoce la vergüenza, la división íntima de sí mismo, que caracteriza la situación del hombre en el mundo, y que la hace dramática (cf. Rom 7, 14-24). Armonía con Dios, con quien está en relaciones de amistoso diálogo. Esta situación es producto de la benevolencia de Yavé. El paraíso no le pertenece al hombre como propio. Se halla en él de prestado. No es dueño, es sólo jardinero. El paraíso es pura gracia. Es Yavé, el dueño, quien pone condiciones para que el hombre pueda ejercer su oficio, para cultivar y guardar su heredad. La ruptura de este contrato —subyace aquí ya el tema de la alianza— supondrá para el hombre la expulsión del paraíso, la pérdida de aquella situación de privilegio, el encuentro con su natural situación de miseria, de dolor, de división.

La descripción del paraíso deja al hombre sensación de nostalgia. Es excesivamente hermoso. La condición actual del hombre no es así. La edad de oro se ha convertido en perenne edad de piedra, de hierro. El paraíso se halla convertido en un infierno. Este cambio de situación está provocado por la actuación del hombre. Un drama se desarrolla en el fondo de su corazón, que repercute en toda su situación en el mundo.

Con rasgos indelebles se describe el proceso de toda tentación: se exagera el alcance de la prohibición; se halaga la dignidad del hombre: seréis como dioses, tendréis capacidad para decidir vuestro destino, seréis vosotros mismos para vosotros vuestra única ley. Se pone en juego la propia dignidad, la propia independencia del hombre, como si el dueño del jardín fuera enemigo de ella. Lo prohibido se hace así doblemente atractivo. La mujer, comparte del varón, ayuda para él, en realidad le falla al hombre, no le salva. Ya está presente la realidad de que en ningún hombre está la salvación del hombre.

La ruptura de relaciones con Yavé, en lugar de hacer al hombre «como dios», le descubre su propia desnudez, su propia miseria. Con el pecado se toma conciencia del desorden, de la división. Aparece el miedo en lugar de la confianza en las relaciones con Yavé. El hombre huye de Dios. Su pretensión de alzarse hasta Dios le ha hundido en el abismo, desde el que es imposible acceder hasta El. Al construir su propio destino con sus propias manos, se encuentra con el vacío radical (cf. Jer 2, 5. 11-13. 19).

La ruptura de relaciones con Yavé afecta a toda la situación del hombre en el mundo. Hay ruptura con la mujer. Hombre y mujer, destinados por Dios como ayuda semejante, mutua, mutuamente se traicionan. La vergüenza marca sus relaciones, se acusan y condenan mutuamente. Los dolores más íntimamente femeninos, el de la maternidad, el de la entrega al varón aun a sabiendas de que él buscará en ella ejercer su dominio y satisfacer su egoísmo, son considerados como signos de esa ruptura. Sus relaciones con el mundo han sido trastornadas también, como experimenta el varón en su lucha cotidiana, como padre de familia, para llevar el pan a los suyos. La consecuencia última, la más dolorosa, es la seguridad de que la muerte cierra el paso de manera definitiva a la relación con Yavé. Ya nunca será posible recuperar esa relación. Esta es la esclavitud fundamental en la vida del hombre (cf. Heb 2, 14-15).

Al final del drama el hombre se reconoce a sí mismo. Ya sabe dónde se sitúa y se origina el mal en que se halla sumergida su existencia. Pero la palabra del mal no es la definitiva. En esa situación todavía se oye una palabra de esperanza. Se le da una buena noticia. La situación cambiará. La gracia triunfa del pecado, la misericordia vence a la justicia. Día vendrá en que la descendencia de la mujer triunfará sobre el enemigo. La buena noticia está lanzada a la historia. Y comienza a actuar en ella. Toda la historia de la salvación no va a ser sino una aclaración progresiva y una realización cada día más concreta y perfecta de esta primera palabra de salvación.

* * *

La conciencia de la propia situación miserable crea en el hombre el anhelo de liberación, el ansia de salvación, el suspirar por la reapertura del paraíso. La salvación va a exigir una victoria sobre el pecado, una superación de la tentación, del tentador, un abrir camino en la muerte. Dios va a ser el único capaz de abrir este camino. El hombre tendrá que acoger agradecido su salvación.

Israel vivirá toda su historia proyectada sobre esa esperanza de que el paraíso se haga accesible. Creerá encontrarse en él en cada salvación concreta de la que es objeto. Pero cada vez será proyectada su esperanza hacia una situación distinta. Con rasgos paradisíacos describirán los profetas la época de la salvación definitiva: «Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá...» (Is 11, 6).

Jesús de Nazaret es el hombre, enviado por Dios, que realiza la apertura del paraíso. «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 39). Es el nuevo Adán que repara lo que el antiguo, el primero, deshizo. «Porque como por un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos. Y como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo somos todos vivificados» (1 Cor 15, 21-22). Su vida es una constante lucha, y una victoria constante sobre el

tentador (cf. Mc 1, 12-13. 23-27; 9, 12-27), especialmente en su pasión y su muerte, en que el enfrentamiento entre ambos llega al máximo (cf. Lc 22, 3. 53; Jn 13, 2. 27). Es una lucha y una superación del pecado, obtenida por el perdón y la misericordia, por la entrega en el amor hasta la muerte (cf. Mc 1, 21; 2, 5; Mt 9, 2.6; Lc 7, 47-49; Jn 1, 29; 3, 5; Rom 6, 6; 1 Jn 1, 7; Ef 1, 7; Col 1, 14; Heb 1, 3; 10, 12). También la muerte ha sido vencida de lo que son signo las resurrecciones de muertos (cf. Mc 5, 21-43; Jn 11), victoria obtenida por la resurrección de Jesús. En ella queda de manifiesto que la muerte no es la consagración en la ruptura de la relación con Dios, sino el comienzo de una relación nueva, imperecedera (cf. 1 Cor 15, 20-26).

Condición de esta reapertura del paraíso es el recorrer el hombre, Jesús de Nazaret, un camino inverso al del primer hombre. Adán, simple hombre, pretendió ser como Dios, y se encontró consigo mismo, con su miseria. Jesús, siendo el Hijo, siendo Dios, no pretendió «ser como Dios», antes se vació «tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil 2, 6-8; cf. Heb 5, 5-10). Como consecuencia de esta humillación, Dios le exaltó, le resucitó, le ha sentado a su derecha (vv. 9-11). En eso está su salvación.

Con Jesús, la humanidad entera ha entrado ya en el paraíso. A toda ella se dirigen las palabras que Jesús dice al ladrón desde la cruz. Los hombres todos son incorporados a Cristo, y vencen el pecado (Rom 6, 1-14), vencen a la misma muerte (cf. Col 2, 12-15; 1 Cor 6, 12-14). Han recobrado la amistad con Dios, privilegio fundamental del paraíso. Hoy ya son «hijos de Dios» (cf. Rom 8, 8-17; Jn 15, 9-17; 1 Jn 3, 1-2). Aun cuando todavía la salvación no se ha manifestado. Se vive en la fe. Y se espera su consumación en la esperanza (cf. Fil 3, 21; Rom 8, 14 ss.; Apoc 21, 2-4).

III. EL DILUVIO, EXPERIENCIA DEL JUICIO Y DE LA SALVACION

TEXTOS: Gen 6-9; Is 54, 9-10; Sab 14, 6-7; Ecco 44, 17-18; Heb 11, 5-6; 1 Pe 3, 18-22; 2 Pe 2, 4-5.

Israel ha experimentado en su vida la intervención de Yavé en una doble vertiente: de luz y de tinieblas, de bendición y de maldición, de salvación y de juicio.

Esta experiencia la proyecta Israel sobre la humanidad entera, sirviéndose para ello de las narraciones que circulaban en su ambiente cultural. La narración del diluvio —una catástrofe ocasionada por el agua— se inserta así en la trama de la historia de la salvación como tipo del juicio realizado por Yavé sobre la humanidad pecadora, y de la salvación de algunos, con los que comienza una humanidad nueva.

* * *

El hombre ha roto con Dios. De esta ruptura se deriva la ruptura de los hombres entre sí (cf. 4, 1-12: Caín y Abel; 4, 23-24: Lamech y sus venganzas). El multiplicarse de la humanidad sobre la tierra trae consigo el multiplicarse del pecado. De aquí arranca la narración del diluvio. Yavé constata que la maldad del hombre cunde en la tierra, que todos los pensamientos que idea su corazón son puro mal de continuo (Gen 6, 5). «La tierra estaba corrompida en la presencia de Dios; la tierra se llenó de violencias. Dios miró a la tierra y he aquí que estaba viciada, porque toda carne tenía una conducta viciosa sobre la tierra» (vv. 11-12). Esta corrupción no deja indiferente a Dios. El Dios «santo» no puede tolerar el pecado. Es incompatible con él por su propio ser. Sobre el pecado tiene que manifestarse necesariamente, de un modo o de otro, antes o después, el celo de Dios, su cólera, su ira. El hombre, con su pecado, contamina su propia existencia y la tierra en que habita. Hay momentos en que la contaminación llega a tales extremos que la vida del hombre se hace insoportable sobre la tierra. Dios se ve obligado a intervenir para purificar al hombre y hacer de nuevo habitable su tierra.

La purificación tiene una vertiente negativa, el jui-

cio que Dios realiza sobre la humanidad pecadora. «He decidido acabar con toda carne, porque la tierra está llena de violencias por culpa de ellos» (6, 13). El pecado de suyo destruye a la humanidad. Si la destrucción no se manifiesta antes, o si no llega a todos, es por la paciencia de Dios, que ofrece una dilación del juicio, un tiempo para la penitencia (cf. 1 Pe 3, 20).

Instrumento de ese juicio, de esa purificación, es aquí el agua. La humanidad pecadora sucumbe mediante la acción del agua, que lo inunda todo. La destrucción es universal. Una universalidad expresada en términos geográficos, pero que se pretende teológica. Toda la humanidad es pecadora y toda está llamada a perecer bajo el juicio de Dios. Los que perecen en este juicio concreto son como representantes de toda la humanidad, de todos los pueblos, en todos los tiempos.

Pero la intención primera del diluvio no es la destrucción, sino la purificación, la reedificación. La benevolencia de Yavé, ante quien halla gracia Noé (6, 8), arbitra instrumentos —el arca (6, 14)— de salvación para que unos pocos, un resto, se salven de la catástrofe general (7, 23). Con este resto Dios vuelve a comenzar la historia. De la catástrofe sale una humanidad nueva, renovada. Ha salido de la muerte a la vida. Su existencia es como una nueva creación. Después de la catástrofe, la vida comienza de nuevo, como en los orígenes (cf. 9, 1-7). Esta humanidad es objeto de alianza por parte de Dios. La fidelidad de la naturaleza se convierte en signo de la fidelidad y misericordia de Yavé para con el hombre, que tiende al pecado desde su juventud (8, 21-22; 9, 9-17).

El pecado reclama siempre el juicio de Dios. Este es el punto teológico de la narración del diluvio. La presencia del juicio es constante en toda la historia de la salvación. Por el agua será anegado el faraón, encarnación del pecado (cf. Ex 15, 1.21). Isaías describirá el juicio definitivo como un nuevo diluvio. «Las esclusas de lo alto han sido abiertas y se estremecen los cimientos de la tierra» (24, 18).

El juicio y la salvación obrada en el diluvio son figura de la realidad cristiana. El hombre, por el pecado, está abocado a la destrucción. Sobre él se ejerce el juicio de Dios. Un juicio a través del agua. El agua del bautismo, en efecto, en virtud del poder de

Dios, anega al pecado. La misericordia de Dios saca sano al hombre, haciéndole resurgir a una nueva existencia, en virtud de la resurrección de Jesucristo (cf. 1 Pe 3, 21). La Iglesia puede ser comparada, en la primitiva tradición cristiana, con el arca de Noé, instrumento de salvación para cuantos se acogen a ella.

El diluvio es también figura y anticipo de otro juicio, el que tendrá lugar al final de los tiempos, en el día de la venida del Señor. Este juicio se realizará. Vendrá de improviso, cogiendo a la humanidad desprevenida como en los tiempos de Noé (cf. Mt 24, 38-39). Antes de que llegue ese día, se concede a los hombres un espacio, en orden a la penitencia, a la conversión (cf. 2 Pe 3, 9). El juicio se describe como una catástrofe cósmica, por el agua y el fuego (cf. 2 Pe 2, 4-10; 3, 5-13).

Mientras el cristiano espera en la paciencia, condenando al mundo con su fe, como Noé (cf. Heb 11, 7-8), descubre anticipaciones, signos de ese juicio en toda la serie de catástrofes naturales o provocadas por el hombre que acontecen a su alrededor (cf. Mc 13; Mt 24; Lc 21).

II

SALVACIONES PREPARATORIAS

I. ABRAHAN, PADRE DE LOS CREYENTES

TEXTOS: Gen 12, 1-25, 18; Ecco 44, 19-23; Jn 8, 52-58; Rom 4; Gal 3; Heb 11, 8-19.

La prehistoria bíblica (Gen 1-11) termina con la narración de un nuevo tipo de pecado, el del orgullo de la humanidad como fruto del progreso (cf. 11, 4). Como signo de este pecado es interpretada la división y dispersión de la humanidad. Pero esta humanidad dispersa y dividida va a comenzar a encontrar su unidad en un hombre llamado por Dios para que en él «sean bendecidas todas las familias de la tierra» (12, 3). Su nombre, Abrahán, el amigo de Dios, el padre de los creyentes.

Las tradiciones referentes a los patriarcas, que ofrecen suficientes garantías de veracidad a la luz de los documentos extrabíblicos, tienen una intención teológica. Poner de relieve la intervención de Dios en la vida de estos progenitores de Israel, intervención que se orienta precisamente a hacer de sus descendientes el pueblo de Dios.

Aunque la humanidad ha estado siempre en situación de salvación, la realización concreta de esta salvación en Cristo se pone en marcha en un momento concreto de la historia, con el llamamiento a Abrahán.

La iniciativa es exclusivamente divina. Israel es consciente de que no hay nada que alegar. Así lo confiesa en su «credo»: «Vuestros padres habitaron al principio al otro lado del río y servían a otros dioses. Yo tomé a vuestro padre Abrahán del lado de allá del río» (Jos 24, 2-3; cf. Dt 26, 3). La intervención de Dios es una orden de partida: «Sal de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre» (Gen 12, 1-2). Importa una renuncia, una ruptura. Abrahán tiene que aban-

donar todo aquello que constituye su seguridad en la vida: tierra, patria, familia. A cambio se le ofrece una incógnita: «para la tierra que yo te mostraré» (v. 2).

La llamada no es mera renuncia. Tiene un sentido. Se orienta a la realización de un plan. Una triple promesa va a sonar, en momentos sucesivos y en las distintas tradiciones. Así la existencia de Abrahán se proyecta constantemente hacia el futuro. «Yo te haré *un gran pueblo*... Y serán bendecidas en ti todas las familias de la tierra» (Gen 12, 2-3). «A tu descendencia daré yo *esta tierra*» (12, 7; cf. 13, 14, 17). «Yo establezco *mi alianza* entre nosotros dos» (17, 2; cf. 15).

Dios cuenta con el hombre para realizar su designio de salvación. La respuesta de Abrahán es una aceptación práctica de los planes de Dios. «Fuese Abrahán conforme le había dicho Yavé» (12, 14). Esta aceptación implica la adhesión firme a la persona que habla: «creyó Abrahán en Yavé» (15, 6), se apegó a él, puso en él su confianza, se apoyó en él como en roca firme, constituyó a Dios y a su palabra como fundamento inconmovible de su existencia.

La palabra y los planes de Dios son aceptados en la oscuridad. Sale y no sabe a dónde va. Deja lo que tiene sin saber lo que se le va a dar a cambio (Heb 11, 8). Tiene que caminar perennemente como peregrino, como en tierra extraña, en la tierra que se le promete como patria (cf. Heb 11, 9. 13-16). Acoge la promesa de descendencia numerosa aunque suene absurda, aunque haga reír, cuando humanamente todo está en contra, siendo él entrado en años, su mujer estéril, anciana (cf. 11, 30; 15, 2-3; 16, 1-2; 17, 15-17; 18, 10-12). Así queda de manifiesto que en la obra de la salvación todo es obra de Dios (21, 1-2), nada hay imposible para él (cf. 18, 14). Su obra sorprende y admira al hombre, le hace sonreír (Gen 21, 6).

La oscuridad llega al máximo en el sacrificio de Isaac. Dios pide a Abrahán el sacrificio de su hijo, el depositario de las promesas: «Anda, coge a tu hijo, a tu unigénito, a quien tanto amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriah y ofrécemelo allí en holocausto...» (22, 2). El texto parece complacerse en ponderar la tortura que la petición entraña: tu hijo, tu unigénito, a quien tanto amas. La palabra de Yavé parece entrar en contradicción consigo misma. ¿Qué se hará de tanta promesa? Abrahán no duda. «Se levantó, pues, de

mañana... y tomando consigo... a Isaac, su hijo, partió la leña para el holocausto y se puso en camino para el lugar que le había dicho Dios» (22, 3). Por encima de sí mismo, por encima de su amor, por encima de su angustia, por encima de su oscuridad está la nueva palabra de Dios. La respuesta que da al muchacho que le pregunta sobre la víctima define su actitud interna. «Dios proveerá» (22, 8). Abrahán sigue apoyándose en Dios, seguro que éste no le fallará, aunque sus caminos sean incomprensibles. «Pensaba que hasta de los muertos podía resucitarle» (Heb 11, 19). En virtud de tanta fe lo recobró (cf. Heb 11, 19; Gen 22, 11-12).

La fe, que supone en la vida de Abrahán renuncias dolorosas, le colma de bendiciones. Lo hace justo delante de Dios (cf. Gen 15, 6; Rom 4; Gal 3, 6 ss.). Su rectitud y su sumisión le hacen grato a Dios, hacen que Dios lo mire como amigo verdadero (cf. Is 41, 8; Sant 2, 23). Lo que esta amistad entraña aparece en la narración de la teofanía de Mambré (Gen 18). Entre Yavé y Abrahán no puede haber secretos. La amistad autoriza a Abrahán a ese forcejeo con Dios, pidiendo misericordia para las ciudades pecadoras, y obliga a Yavé a disminuir el número de justos necesarios para salvar a las ciudades (vv. 16-33).

La renuncia a su parentela, para seguir la voz de Dios en la fe, convierte a Abrahán en padre de un gran pueblo. No el pueblo que procede de su capacidad natural de engendrar (Ismael y sus descendientes), sino el que procede de su aceptación de la palabra de Dios (Gen 16; 21, 8-14; Gal 4, 22-31; Heb 11, 11-12). Más aún, su fe en Dios le convierte en progenitor de Cristo. «Pues a Abrahán y a su descendencia fueron hechas las promesas. No dice a sus descendencias, como de muchas, sino de una sola: y a tu descendencia, que es Cristo» (Gal 3, 16). A Cristo se orientaba la promesa hecha a Abrahán de un descendiente. El es el primero de esa larga cadena de generaciones que traen al mundo al enviado de Dios, al salvador (cf. Mt 1, 1; Lc 3, 23-34). En Cristo se cumplen las promesas hechas a Abrahán (cf. Lc 1, 55).

La promesa, pues, ha tenido una vertiente histórica, Isaac, de quien procedería Jacob y sus hijos, todo el pueblo de Israel. Tiene una vertiente profética, Cristo. Y en él y con él, todos los que son de Cristo, los que

se han incorporado a él por el bautismo (cf. Rom 6, 1-11; 12, 5; Heb 2, 11-13). «Todos, pues, sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Porque cuantos en Cristo han sido bautizados, os habéis vestido de Cristo. No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús. Y si todos sois de Cristo, luego sois descendencia de Abrahán, herederos según la promesa» (Gal 3, 26-29). A esta descendencia, y para serlo realmente, se le exige la misma actitud del progenitor, la actitud de fe, cuyo objeto es ahora la resurrección de Jesucristo. «Entended, pues, que los nacidos de la fe ésos son los hijos de Abrahán» (Gal 3, 7; cf. Rom 4, 18-26).

La identificación de Cristo con el «descendiente de Abrahán» (Gal 3, 16) autoriza a ver en el sacrificio de Isaac un tipo del sacrificio de Cristo. «Por la fe, Abrahán, sometido a prueba, presentó a Isaac como ofrenda... Pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos. Por eso lo recobró, para que Isaac fuera también figura» (Heb 11, 17-19). El hijo, el unigénito, el amado (Jn 3, 16; 1 Jn 4, 9), Cristo, en la realidad, no es perdonado, sino que es entregado por nosotros (Rom 8, 32). El sacrificio es consumado con la muerte, pero Jesús es recuperado vivo, por la resurrección (cf. Hech 2, 32; Rom 8, 34; 1 Cor 15, 4; Rom 6, 9). Y es constituido él mismo en causa de nuestra justificación (cf. Rom 4, 25).

II. EL EXODO, UNA SALVACION MARAVILLOSA

TEXTOS: Ex 1-18; Dt 6; Jos 24; Sal 78; 105; 136; Sab 10, 15-22; 19, 1-12; Is 41; 43; Jer 2, 1-19; 23, 3-8; Os 2, 14-24; 11; Heb 11, 23-29.

La intervención salvífica fundamental en la etapa de preparación es sin duda aquella por la cual Dios libra a Israel de la opresión de Egipto. Esta intervención constituye el objeto primero de la fe de Israel, el artículo principal de su credo: «Nosotros éramos en Egipto esclavos del faraón y Yavé nos sacó de allí con su potente mano» (Dt 6, 21; cf. 26, 6-8; Jos 24, 4-7; Sal 78, 11-13). Toda la historia de Israel arranca de este hecho y se halla condicionada por él. La realidad

del hecho en sus líneas generales está suficientemente garantizada. Las distintas tradiciones han incrementado el elemento maravilloso para hacer de la gesta histórica una verdadera epopeya sobre el origen del pueblo. La intención teológica que preside todo el material es poner de relieve la acción salvadora de Dios en favor de su pueblo.

1. Moisés, el liberador.

Los descendientes de Jacob se vieron obligados a bajar a Egipto en busca de pastos para sus ganados (cf. Gen 46; Ex 1, 1-6). Debido a un cambio de situación política (cf. Ex 1, 8), estos clanes semitas son obligados a trabajos forzados por las autoridades egipcias, cayendo en una dura servidumbre (cf. Ex 1, 6-22). La esclavitud arranca el clamor del pueblo, un clamor religioso, que entraña una vuelta al Dios de los padres, olvidado sin duda anteriormente. «Sus gritos subieron hasta Dios. Dios oyó sus gemidos y se acordó de su alianza con Abrahán, Isaac y Jacob. Miró Dios a los hijos de Israel, y atendió» (Ex 2, 23-25). Esta mirada y atención ponen en marcha la acción liberadora de Yavé.

La visita salvadora de Yavé se va a encarnar en un hombre, Moisés. Circunstancias especiales le han preparado inmejorablemente para el desempeño de su misión de liberador (cf. Ex 2, 1-10). En cierto momento de su vida, él siente la llamada de la sangre, solidarizándose con su pueblo oprimido (cf. Ex 2, 11-12; Heb 11, 23-26). En el clima religioso del desierto tiene un encuentro personal con Dios, íntimo, profundo. En este encuentro Dios se le revela y le revela sus planes de liberación del pueblo y le encomienda la misión de llevarlos a efecto.

La estructura de la vocación de Moisés está orientada a poner de relieve que la liberación es obra de Yavé. Moisés es un enviado, un embajador (cf. Ex 3, 10). Se resiste a una misión para la que se considera incapaz (3, 11; 4, 1. 10). La iniciativa es de Yavé, pues él es el que le llama desde La Zarza (3, 4-6). El es la única garantía de éxito (cf. 3, 12; 4, 12. 15). El mismo nombre del Dios que se le revela, Yavé, es garantía de presencia eficaz en el orden de la salvación (cf. Ex 3, 14). Con la seguridad de que es Yavé quien va a reali-

zar la salvación, de que la debilidad humana va a hacer brillar el poder de Dios (cf. 3, 19-20), Moisés acepta ser el instrumento humano de esa liberación (cf. 4, 20; 7, 6). La misión no va a ser nada fácil. Tendrá que enfrentarse con el faraón (5, 1-6; 6, 12). Se encontrará con la incredulidad de su mismo pueblo (5, 20-23). Tendrá que soportar hasta la misma ausencia de Dios que le envía: «Señor, ¿por qué maltratas a este pueblo? ¿Por qué me has enviado? Pues desde que fui a faraón para hablarle en tu nombre está maltratando a este pueblo, y tú no haces nada para librarle» (5, 22-23). Es la prueba de la fe.

2. Una salvación maravillosa.

La liberación de Egipto se escalona, en la actual narración bíblica, en etapas sucesivas, que hacen brillar cada vez más la intervención de Yavé.

Las plagas (7-11). Moisés y su hermano Aarón, que significa la intervención sacerdotal en la liberación, solicitan del faraón la libertad del pueblo. El faraón se endurece (11, 14), es decir, se opone al plan de Dios. Recrudece la opresión. Este endurecimiento no impedirá la realización del plan de Dios, lo hará más glorioso. A la salvación se va a añadir el juicio. Se entabla una lucha encarnizada entre Yavé, representado por sus enviados, y los dioses de Egipto, representados por los magos y el faraón. La lucha es dura, prolongada. Los representantes del mal realizan también obras prodigiosas semejantes a los enviados de Dios. Pero llega un momento en que los poderes del mal sucumben, comienzan a declararse vencidos (cf. Ex 8, 14). Más aún, son ellos quienes se ven forzados a la confesión de fe: «el dedo de Dios está aquí» (8, 15). La narración culmina en la confesión del pecado por parte del faraón: «He pecado contra Yavé, vuestro Dios, y contra vosotros» (10, 16). Yavé, pues, sale victorioso de esta lucha violenta. En ella brilla el poder de su brazo, la fidelidad de su palabra, el celo de su santidad, el amor de su corazón. La salvación está asegurada.

La pascua (12-13). La celebración de la pascua indica el comienzo efectivo de la liberación. La intervención de Yavé llega al extremo en el juicio sobre el faraón, considerado como encarnación y personificación

del pecado. El juicio que el «paso» de Yavé realiza tiene por objeto los primogénitos de los egipcios. Mientras que éstos sucumben ante el paso de Yavé, los de los israelitas son ahorrados de la destrucción, pasando Yavé de largo ante sus casas, marcadas con la sangre del cordero (cf. 11, 4-5; 12, 12-13). Este paso de Yavé es, pues, juicio, condenación, muerte, exterminio, para el pecado. Es, en cambio, gracia, misericordia, salvación para Israel. Como encarnación del pecado, el faraón y su pueblo no tienen escapatoria cuando pasa la santidad de Yavé. Israel también estaba avocado de suyo al exterminio. Pero ha sido salvado. Por pura gracia. Por pura benevolencia, por la justicia de Yavé, que mantiene su palabra a los padres (Ex 3, 12-22). La liberación se atribuye en la redacción actual a la sangre del cordero pascual puesta como señal en las puertas de los israelitas (cf. 12, 21-23. 26-27). La celebración de la pascua ha adquirido así un contenido histórico, es el recuerdo, el memorial, de la liberación de Egipto (cf. 12, 1-14. 21-27).

Paso al mar Rojo (13, 17-15, 22). La liberación parece ya conseguida. El pueblo emprende el camino del desierto entusiasmado, gozando de la libertad. No es una huida vergonzosa. Es una salida triunfal, solemne, como una procesión, presidida por el mismo Yavé (cf. 13, 21).

Pero esta liberación se va a revelar en seguida deficiente, necesitada de una realización mejor. El faraón se arrepiente de haber dejado salir al pueblo privándose de sus servicios (cf. Ex 14, 5), y sale en su persecución. La superioridad egipcia es tal que parece que la *liberación anterior no ha sido más que un paso* hacia una muerte más ignominiosa. «¿Es que no había sepulcros en Egipto que nos has traído al desierto a morir? ¿Qué es lo que nos has hecho con sacarnos de Egipto?» (14, 11).

La situación es extremadamente desesperada. Yavé parece complacerse en llevar las cosas hasta los límites extremos, hasta el límite en que se manifiesta con claridad absoluta que la salvación es sólo obra suya. Para que el hombre ponga en él solo su confianza (cf. 14, 13-14). Los israelitas han llegado a la orilla del mar. Este les cierra el paso. El ejército del faraón acosa por la espalda. No hay escape posible. La muerte es la herencia del pueblo. Pero cuando ya no hay salida humana, Dios abre camino. Si el mar cierra el

paso, Dios abrirá caminos en el mar. Si el faraón acosa, el faraón tendrá que sucumbir. La intervención de Yavé vuelve a revelarse como salvación y vida para Israel, como juicio y muerte para el faraón. «Aquel día libró Yavé a Israel de los egipcios... Israel vio la mano potente que mostró Yavé para con Egipto, y el pueblo temió a Yavé, y creyó en Yavé y en Moisés, su siervo» (14, 30-31). El pueblo colabora con la fe y con la alabanza (cf. Ex 15).

3. El éxodo, tipo de la salvación.

La intervención de Yavé en la liberación de Egipto se convierte en tipo de la salvación futura. Ya en el antiguo testamento las calamidades por las que atraviesa el pueblo en su historia son comparadas con la esclavitud de Egipto. De ellas será salvado por una intervención de Yavé semejante a la del éxodo (cf. Is 11, 16). Especialmente la vuelta del destierro de Babilonia es descrita como un segundo éxodo más maravilloso aún que el primero (cf. Is 43, 14-21; Jer 23, 7-8).

La salvación perfecta se realizará en «la pascua» de Jesús, en su paso de este mundo al Padre (cf. Jn 13, 1). También él ha sido llevado hasta el extremo de la opresión, que es la muerte. Se ha hundido en este abismo sin fondo. Pero Dios le ha resucitado, le ha sacado a la otra orilla. Su condición de pecado ha quedado anegada en este paso, ha surgido a una nueva existencia imperecedera.

Pero Cristo no vence sólo para él. El es «el hombre», nos lleva a todos consigo. Más aún, es el cordero pascual inmolado cuya sangre salva a los hombres del exterminio (cf. Jn 1, 19. 29; 19, 36; 1 Cor 5, 7). Su pascua, su paso al Padre es también nuestra pascua, nuestro éxodo de la muerte a la vida, del pecado a la gracia. Por el pecado, en efecto, nosotros, como Israel, estábamos avocados a la muerte, en una situación desesperada. Pero su sangre nos libra. Dios nos hace pasar, por el bautismo, como a través del agua del mar rojo, de la muerte a la vida. Las aguas bautismales anegan a nuestro hombre viejo, y nos hacen surgir, renovados, a una nueva existencia.

Esta salvación, aunque real ya, aún no es plena. Estamos salvados, pero aún en esperanza. Aún no se ve lo que ya somos, ni es patente nuestra victoria. Aún

hay que ir haciendo realidad día a día esta muerte al pecado con una vida santa, en conformidad con el «paso» que se nos ha dado realizar. Sólo cuando el Señor vuelva, la salvación se hará completa. Sólo entonces será posible entonar a plena voz el canto de Moisés, el canto de los rescatados (cf. Apoc 15, 2-3).

III. LA ALIANZA DEL SINAI

Textos: Ex 19-24; 32-34; Dt 1-11; 27-32; Jos 24; 2 Re 23; Neh 8-10; Is 42; Jer 31, 27-37; Ez 36, 16-38; Mt 5-7; 19, 16-30; 26, 26-29 par.; Heb 8, 6-10, 18.

El enemigo ha sido vencido. Aquel amasijo de pueblos (Num 11, 4), aquella multitud abigarrada y confusa (Ex 12, 38) se ha visto liberada de la opresión. Apenas existen lazos de unión entre ellos. La unión se va a establecer, entre ellos y Dios, y entre sí, mediante la alianza. Se completa así la salvación iniciada con la liberación de Egipto (cf. Ex 6, 6-8).

La alianza es un pacto por el que se establecen relaciones entre personas o tribus que no proceden de un tronco común. Viene a sustituir a los lazos de sangre. Crea entre los que se alían una comunidad de vida. En la Escritura la alianza ocupa un puesto central. Con ella comienza Israel su existencia como pueblo (Ex 19-24). Los momentos fundamentales de su historia se hallan jalonados por renovaciones de esta alianza fundacional (cf. Dt 28-32, en Moab, al emprender la conquista de la tierra: Jos 24, en Siquén, bajo Josué, como comienzo del disfrute de la tierra, después de la conquista; 2 Re 23, bajo Josías, como arranque de la reforma religiosa; Neh 8-10, después de su reforma).

La alianza parte de un movimiento de condescendencia de Yavé. El tiene la iniciativa, llamando a Moisés para comunicarle el contenido de la misma (Ex 19, 20; cf. v. 3). El pueblo es mantenido a distancia, a la escucha, con medidas extremas de purificación, que indican y miden la distancia en orden a realizar el encuentro con Yavé que la alianza entraña (cf. Ex 19, 11-22). La alianza se define, pues, como gracia. El pueblo

no puede presentar título alguno que le haga acreedor a esta relación amistosa, familiar con Yavé. Sólo hay un motivo, que el Deuteronomio designará con su nombre propio, el amor (cf. Dt 7, 7-8; 4, 30-40).

Como fruto del amor, la alianza no se impone, se propone al pueblo para su aceptación. «Moisés vino y... les expuso todas estas palabras, como Yavé se lo había mandado. El pueblo entero respondió: nosotros haremos todo cuanto Yavé ha dicho» (Ex 19, 7-8).

1. Forma y rito de la alianza.

La formulación del pacto entre Yavé y su pueblo sigue el modelo de las alianzas existentes en el entorno cultural.

Un primer elemento, el preámbulo, presenta el contratante principal, con su nombre y su título: «Yo soy Yavé, tu Dios» (Ex 20, 1; Dt 5, 6). Sigue el prólogo histórico, una enumeración de los beneficios otorgados por el contratante principal, cuyo recuerdo debe mover a la gratitud y ésta, a su vez, lleva al compromiso. «Te he sacado del país de Egipto, de la casa de la servidumbre» (20, 1; Dt 5, 6). El beneficio fundamental que Yavé ha hecho al pueblo es haberlo sacado de Egipto. Este es el fundamento de la alianza. Yavé es el Salvador del pueblo (cf. Ex 15, 27).

Vienen a continuación las estipulaciones de la alianza. Son las «10 palabras». Ellas son la formulación de los compromisos, la expresión concentrada de la voluntad de Yavé, de sus exigencias, en orden a mantener las relaciones con su pueblo, en orden a la vida del pueblo, a regular las relaciones de los miembros del pueblo entre sí. Todo ello como condición y camino para que el pueblo viva y tenga felicidad (cf. Dt 5, 32-33; 6, 1-3; 7, 12-15; Ex 23, 20-33; Dt 28, 1-14).

La primera palabra se refiere a la unicidad de Dios. Es una exigencia de servicio absoluto, exclusivo. Tener otros dioses delante de Yavé importaría adorarlos, reconocerlos, darles culto, servirlos, someterse a ellos y a sus exigencias. Sólo Yavé es quien ha sacado a Israel de Egipto. Sólo él debe ser servido. El monoteísmo se le impone a Israel como fruto y exigencia de su propia experiencia histórica. En contra de su tendencia instintiva, ya que constantemente se irá tras otros dioses (cf. Jue 2, 2-3. 16-19; Jer 2, 10-13).

La segunda palabra se refiere a la naturaleza del Dios de la alianza. Nada de lo creado, ni de lo humano, es capaz de expresarnos cómo es Dios. Cualquier representación (figura, imagen, escultura) es inadecuada, inútil, nociva. Así se confiesa la distancia que separa a Yavé de todo lo humano, de todo lo creado, aun de lo más sublime (astros, sol). Todo culto que se tribute a lo creado es una idolatría. Dios se revela como totalmente distinto. Y como un Dios escondido, misterioso, invisible, incontrolable por el hombre, que no se deja manejar por él. Con esta palabra se le exige al hombre el enfrentamiento con su tendencia innata a adorarse a sí mismo, o a las obras de sus manos (cf. Dt 4, 15-20).

La tercera palabra se refiere todavía a las relaciones con Yavé, pero apunta ya a las relaciones con los hermanos. Yavé es garante de la vida del pueblo, especialmente de los injustamente oprimidos. Por eso no se puede tomar su nombre en falso, es decir, no se puede utilizarlo para garantizar un testimonio que lleve a condenar a un inocente. Yavé sale fiador del inocente (cf. Lev 19, 12; Dan 13, 44-64; Dt 19, 16-21). El nombre de Yavé, que ha sido dado al hombre como defensa, como salvación, no puede servir ni ser utilizado para ruina del hombre necesitado de salvación.

La institución del sábado como día consagrado a Yavé, al culto, es también memorial perenne de las maravillas realizadas por Yavé en favor del pueblo. La semana laboral es memorial y continuadora de la obra creadora de Dios. El sábado, en cambio, se constituye en memorial de su descanso (cf. Gen 2, 3; Ex 20, 8-11; 23, 12; 31, 12-17). Pero es memorial, sobre todo, de la obra salvadora. Recuerda y hace presente para el hombre la liberación de la esclavitud, en este caso de la esclavitud laboral (cf. Dt 5, 12-15). Así, y a medida que pasa el tiempo, el pueblo va descubriendo motivaciones siempre nuevas para las exigencias de la alianza.

Las otras palabras de la alianza regulan las relaciones con el hombre. Son garantía para la vida familiar y social: veneración y respeto entre los miembros de la familia, respeto a la vida del prójimo, respeto a sus cosas: mujer, bienes, fama, vida. La existencia entera del israelita, en sí mismo y en sus relaciones, en su ejecución, pero ya también en su intención, deseo, cae bajo las exigencias de la alianza, queda comprometida por esta realidad.

Con el tiempo y a medida que el pueblo se encuentra con nuevas situaciones, tiene que adaptar sus costumbres y sus leyes a ellas. Todas esas nuevas adaptaciones serán expresión de esas palabras fundamentales. De esta manera será incorporada a las cláusulas de la alianza toda la legislación social, judicial y cultual de los siglos posteriores (cf. Ex 20, 18 - 23, 19; Lev entero; Dt 5, 23-31; 12-26). Así nunca se trata de cláusulas fijas, definitivas, inmutables. Es la historia en cada época la que irá determinando las exigencias concretas de Yavé para su pueblo.

Como garantía de la alianza, no pueden ser invocados, como entre los pueblos vecinos, los dioses, sino sólo la palabra de Yavé. El es fiel. El mantendrá su propio compromiso, por encima incluso de las rupturas de la alianza realizadas por el pueblo. Esta siempre tiene futuro. A la fidelidad tendrá que unirse constantemente la misericordia (cf. Ex 20, 6; 34, 7; Dt 5, 10; 7, 9-12; Jer 32, 18).

El quinto elemento de la alianza se presenta en Ex 23, 20-33. Se insiste aquí en la bendición porque el autor, en este momento, excluye la perspectiva de la infidelidad del pueblo. El Deuteronomio, cuando ya la historia ha mostrado la infidelidad constante, y el pueblo está padeciendo fuera de su tierra, se insiste en la maldición, como explicación del mal que padece (cf. Dt 27-28). En este período inicial de la alianza, la bendición y la maldición no rebasan los límites de una existencia feliz o desgraciada en la tierra. Pero la dialéctica de salvación y de juicio, de vida y de muerte, se halla ya presente como la ley de la historia de la salvación (cf. Dt 30, 15-19).

El último elemento se indica en el capítulo 24 del Exodo: el sacrificio como rito de conclusión de la alianza. Con la sangre de las víctimas se unge el altar y se asperja el pueblo con estas palabras: «Esta es la sangre de la alianza que hace con vosotros Yavé sobre todos estos preceptos» (v. 8). Como las víctimas han sido consagradas a Yavé por el sacrificio, han pasado a pertenecer a su esfera, con esta efusión de sangre se significa, y se realiza de alguna manera, la comunidad de vida entre Yavé y el pueblo. Esta comunión de vida se significa también en el banquete ritual que sigue a la celebración de la alianza (cf. Ex 24, 10-11).

Como intermediario entre Yavé y su pueblo aparece la figura de Moisés. Es el mediador de la alianza.

El recibe el encargo de Yavé y transmite al pueblo sus palabras (cf. Ex 19, 19-21; 24, 16-18; Dt 5, 23-27). El sella la alianza con la celebración del sacrificio y asperja al pueblo con la sangre (cf. Ex 24, 8). Moisés representa y testifica aquí también la colaboración humana en la obra de la salvación realizada por Yavé en favor de su pueblo.

2. Objeto y esencia de la alianza.

La esencia de la alianza viene constituida por esa comunión de vida que se establece entre Yavé y el pueblo. La alianza crea entre Yavé e Israel una relación de propiedad. «Seré para vosotros Dios y vosotros seréis para mí un pueblo» (Lev 26, 12). Aunque Yavé es dueño de toda la tierra, ha querido ligarse especialmente «con ligaduras humanas, con lazo de amor» (Os 11, 4) con Israel y hacerlo su propiedad entre todos los pueblos (cf. Ex 19, 5). Esta pertenencia mutua hace de Israel el pueblo elegido, separado de todos, reservado para su servicio, «un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex 19, 6). Tarea y misión de este pueblo será dar a Yavé, y a él solo, el servicio que le pertenece.

Como propiedad mutua existe entre ambos una comunidad de intereses. Yavé sale garante del pueblo en todos los órdenes (cf. Ex 23, 22). Se establece una presencia peculiar de Yavé en medio de su pueblo. «Estableceré mi morada entre vosotros... Me pasearé en medio de vosotros... Marcharé en medio de vosotros» (Lev 26, 11-12; cf. Dt 4, 7; Ez 48, 35). Signo de esta presencia será en los momentos iniciales el arca (cf. Ex 25, 8. 22; 40, 34; 2 Sam 7, 6; 1 Re 8, 10).

Este conjunto de relaciones vienen definidas más tarde como relaciones de amor (cf. Dt 7, 7-8). Serán comparadas con las relaciones entre padre e hijo (cf. Is 44, 1-2; 49, 1-5; Os 11, 1-6), con las de un esposo con su esposa (Os 2-3; Jer 2-3). El amor de Yavé al pueblo exige de éste una respuesta también de amor, que se hará efectivo en el cumplimiento de la voluntad de Yavé. «Amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder, y llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos que yo te doy» (Dt 6, 5-6; cf. 10, 12).

3. UNA NUEVA Y MÁS EXCELENTE ALIANZA.

El pueblo acepta complacido, entusiasmado y generoso la voluntad de Yavé y se compromete a observar la alianza (cf. Ex 24, 7). Pero bien pronto falla en lo más esencial (cf. Ex 32). Más tarde, ya en la tierra, el fallo se hará habitual. No valdrán ni los constantes juicios de Dios, realizaciones de las maldiciones de la alianza, ni las exhortaciones de los profetas. La infidelidad se muestra como algo profundamente grabado en el corazón del hombre. A pesar de esta infidelidad, Yavé mantiene la palabra empeñada. Los profetas reciben nuevas palabras de Yavé, que aseguran que la alianza permanecerá, pero de una manera nueva. La acción de Dios se dirigirá a purificar el corazón del hombre, a cambiarlo, a sustituir su corazón de piedra por un corazón de carne, a interiorizar sus cláusulas, escribiéndolas no en tablas de piedra frágiles, sino en el corazón mismo del hombre (cf. Jer 31, 31-33; Ez 36, 25-28).

El anuncio de la nueva alianza se hace realidad en Cristo. El es el mediador de la nueva ley, que se reduce al amor a Dios y al prójimo (cf. Mt 5-7). Con él, la presencia de Dios en su pueblo se hace persona (cf. Jn 1, 14). El establece la alianza entre Dios y los hombres todos en su propia sangre (cf. Mt 14, 24 par.). Esa alianza nueva y mejor queda sellada con la muerte del mediador (cf. Heb 9, 15-27; 10, 11-18). En ella se realiza aquello que la antigua presagiaba: la remisión efectiva y plena de los pecados (Heb 9, 11-14), la comunicación perfecta de la vida divina, hasta el punto de que los hombres ya no son sólo amigos, sino «hijos de Dios» (cf. Rom 8).

IV. POR EL DESIERTO HACIA EL REPOSO EN LA TIERRA DE LAS PROMESAS

TEXTOS: Ex 16-17; 32-33; Num 10, 11 - 14, 45; 21; Dt 1-4; Jos 1-6; Sal 77; 94.

1. LA PEREGRINACIÓN POR EL DESIERTO.

El camino de Israel desde Egipto a Canaán no es directo, por la costa, sino que da un rodeo por el de-

sierto (cf. Ex 13, 17-18). Este caminar por el desierto tiene una función educativa, purificadora.

El desierto, en efecto, es visto en primer lugar, como el lugar y el momento privilegiado del encuentro con Yavé. En él Yavé se ha manifestado personalmente al pueblo, éste ha sentido sobre sí su mano cariñosa que lo guía, lo defiende, lo alimenta, lo perdona (cf. Ex 16; 17; 33; 34; Num 9; 11; 14; 16; 21). Israel ha visto que Yavé, su Dios, lo lleva «como un hombre lleva a su hijo» (Dt 1, 31; cf. 4, 25-40; 8, 5-6; Os 11, 1-7). A estas manifestaciones de amor por parte de Yavé, el pueblo ha respondido inicialmente con el amor, con la entrega generosa y entusiasta, dispuesto a «servir a Yavé» (Ex 19, 7; 24, 3; Dt 5, 27). La tradición deuteronómica y la predicación profética recordarán este tiempo de esponsales entre Yavé y su pueblo, exhortándolo a reavivar aquel primer amor. «Quién hiciera que siempre fuera así su corazón para temerme y guardar todos mis mandamientos» (Dt 5, 29). «Así habla Yavé: Me acuerdo en favor tuyo del afecto de tu adolescencia, del amor de tus desposorios, de tu seguirme en el desierto» (Jer 2, 1-2; cf. Os 2, 14).

Pero el desierto es visto, además, como el lugar y el tiempo de la tentación. Por una parte, Dios tienta al pueblo (cf. Ex 15, 25). El desierto, en realidad, es lugar árido, áspero, difícil, de privación, de renuncia, de incomodidad. La prueba a la que es sometido el pueblo es la prueba de la fe, de si se fía de Yavé, si pone en él su confianza absoluta, si se deja guiar por sus caminos, desconcertantes caminos, inesperados, largos, duros. El desierto resulta así un camino «enorme y temible» (Dt 1, 19). «Acuérdate de todo el camino que Yavé, tu Dios, te ha hecho hacer cuarenta años por el desierto, para castigarte y probarte, para conocer los sentimientos de tu corazón y saber si guardas o no sus mandamientos» (Dt 8, 2).

Pero, por otra, el pueblo tienta a Dios, le pone a prueba. Constantemente el pueblo se muestra infiel, no responde a la prueba, murmura, se rebela (cf. Dt 9, 24). «Nos habéis traído al desierto para matar de hambre a toda esta muchedumbre» (Ex 16, 7; cf. 17, 7). «El pueblo se querelló contra Moisés diciendo: "Danos agua que beber". Moisés les respondió: "¿Por qué os querelláis contra mí? ¿Por qué tentáis a Yavé?". Pero el pueblo sediento murmuraba contra Moisés y decía: "¿por qué nos hiciste salir de Egipto para matarnos

de sed a nosotros y a nuestros ganados?" (Ex 17, 2-3; cf. Num 11, 13 - 14, 20; Heb 3, 8 ss.; Sal 94). La malicia fundamental de esta murmuración se descubre por cuanto atribuye a una intención de perdición lo que fue concebido como un plan de salvación, atribuye al odio lo que es fruto del amor. «Murmurasteis en vuestras tiendas diciendo: nos odia Yavé, y por eso nos ha sacado de Egipto para entregarnos en manos de los amorreos y destruirnos» (Dt 1, 27; cf. 4, 37; 7, 8).

Dios sale victorioso de esta tentación por parte del pueblo. El se mantiene fiel a su promesa, su misericordia triunfa perdonando una y otra vez el pecado, rehaciendo constantemente la marcha del pueblo, lo soporta, lo perdona, continúa guiándolo, acompañándolo paso a paso hasta depositarlo en la tierra de su descanso. «Perdona la iniquidad de este pueblo conforme a la grandeza de tu bondad, como has soportado a este pueblo desde Egipto hasta aquí. Dijo Yavé: "Lo perdono según tus palabras"» (Num 14, 19-20; cf. vv. 10-18). No obstante, el pecado del pueblo no puede quedar impune. El caminar por el desierto se convierte así en purificación para el pueblo. La generación pecadora sucumbe en este largo caminar. No entrará en la tierra de las promesas. La generación que entrará en la tierra de las promesas será una generación nueva, renovada (cf. Dt 1, 35-40; Num 14, 21-35).

2. Josué, o la continuidad de la historia salvífica.

Moisés desaparece de un modo misterioso, contemplando tan sólo de lejos la tierra por la que había suspirado, solidario hasta el final con la generación del desierto (Dt 1, 37; 3, 23-28; 34). Pero antes de morir, Moisés impone las manos a Josué, asegurando así la permanencia de su mismo espíritu en él, y con él, la energía, la fortaleza, el acierto para guiar al pueblo y llevarlo a la posesión de la tierra, el último acto de la liberación (cf. Dt 1, 37-38; 31, 7-8; 34, 9).

El momento para abordar la conquista de Canaán era privilegiado. Las tribus se habían robustecido en el desierto y habían adquirido conciencia de su unidad y de su poder. Egipto y Asiria (segunda mitad del siglo XIII a. de C.) estaban en total decadencia. Los cananeos se hallaban divididos en multitud de pequeñas ciudades-estados, incapaces de hacer causa común y

de defenderse ante el empuje de un grupo aguerrido y unido. La conquista, sin embargo, no fue fácil. El cuadro glorioso y triunfal que ofrece el libro de Josué es ya una interpretación teológica.

Como Moisés, Josué aparece como el enviado de Yavé para hacer efectiva la conquista de la tierra. La historia de la salvación continúa. Un mismo espíritu, la misma presencia, la misma asistencia divina, asegura la continuidad.

La conquista aparece descrita con rasgos de guerra santa. Es Yavé quien combate. Así cumple él su palabra dada a los padres (cf. Dt 1, 6-8), aquella que ha puesto en marcha todo el proceso de liberación. La posesión de la tierra aparece así, desde el comienzo y siempre, como puro don. El pueblo no tiene más que aceptar el don, esperar la intervención de Yavé. Se ve en el paso del Jordán, el último obstáculo que se opone a la conquista y en el que se renueva el prodigio del paso del Mar Rojo (cf. Jos 4, 19-25). Así ocurre también con la conquista de Jericó, la ciudad primera, tipo de toda la conquista. Sus murallas caen sin que el pueblo intervenga (cf. Jos 6). Como en toda la historia salvífica, tampoco en este período falta el pecado, la infidelidad, la violación de la alianza (cf. Jos 7, 10-12). Reconocido el pecado y purificado, la posesión de la tierra sigue su camino glorioso (cf. 8; 10-11). La tierra es repartida entre las tribus. Con esta repartición llega la paz, la tranquilidad, el descanso, después del largo y duro peregrinar por el desierto, del duro bregar de la conquista. La promesa hecha a los padres recibe su cumplimiento. «Yavé dio a los israelitas toda la tierra que había prometido con juramento dar a sus padres. La ocuparon y se establecieron en ella. Yavé les concedió paz en todos sus confines, tal como había jurado a sus padres y ninguno de sus enemigos pudo hacerles frente. Yavé entregó a todos sus enemigos en sus manos. No falló una sola de todas las espléndidas promesas que Yavé había hecho a la casa de Israel. Todas se cumplieron» (Jos 21, 43-45; cf. 23, 14).

La posesión de la tierra con toda la historia salvífica anterior sirve de prólogo histórico a la renovación de la alianza. A las tribus venidas de Egipto se unen, con los vínculos religiosos, otras tribus establecidas ya antes en Canaán, y muchos de los pueblos conquistados. Todos ellos renuevan la alianza en Siquén (cf. Jos 24). Este pueblo, esta generación, empal-

ma así con los orígenes, con la generación que experimentó la liberación de Egipto y la alianza en el Sinaí. Empalma y hace suya de esa manera toda la historia anterior. Renueva personalmente su compromiso «También nosotros serviremos a Yavé, porque él es nuestro Dios» (Jos 24, 18; cf. vv. 16-17, 21). La comunión de vida del pueblo con Yavé, su Dios, su salvador, su benefactor, continuará en la tierra prometida.

3. La tierra como objeto de promesa.

La tierra como herencia, como posesión, representa para un pueblo de nómadas como era el de Israel del desierto, el descanso, la suma de la felicidad. La tierra entra así en los planes de Dios como la concreción histórica de la salvación, como una etapa de su realización. En cuanto tal, la tierra formará parte siempre de la salvación. Si bien, poco a poco, posteriormente, se convertirá en símbolo de una salvación más profunda, de una herencia más íntima. Porque no es la tierra en sí lo que cuenta. Lo que cuenta es la paz, el reposo, la tranquilidad en ella conseguida. Todos estos bienes, reales entonces en un determinado plano de la existencia histórica del pueblo, se descubren pronto como precarios. Los enemigos siguen aún en la tierra. No hay paz completa. No hay tranquilidad asegurada. No hay descanso ni reposo definitivo. Pero hay la palabra de Yavé que lo promete, y ésta no falla. Así, el pueblo comienza a pensar en la posibilidad de un cumplimiento de la palabra en otro plano (cf. Jos 23, 14-15). La promesa apunta a otra tierra, a otro descanso, a otra paz.

Con la aparición de Jesús de Nazaret, la posesión de esta nueva tierra se hace realidad (cf. Mt 5, 4). Una tierra que es ya ahora el reino de los cielos (cf. Mt 5, 3). Ahora, y con él, se hace de nuevo realidad el paraíso. El bien supremo de esta nueva tierra va a ser la compañía de Dios, el estar con él (cf. Lc 23, 43). Pero este bien último se inicia ya aquí con la presencia de Jesús en el hombre, Dios con nosotros (cf. Mt 1, 23; Jn 14, 22). En él y con él viene la paz, el gozo consumado (cf. Jn 14, 27-28; 16, 22). Pero al mismo discípulo de Jesús le queda aún mucho que caminar, que peregrinar hasta entrar en el descanso. Ahora le pertenece todavía en herencia la espera, el temor, la lucha, la tentación, el esfuerzo (cf. Heb 4, 1-11). Hasta que llegue el día en que el Señor vuelva y lo introduzca definitivamente con él en el paraíso (cf. Apoc 21, 1-7).

V. DAVID, EL UNGIDO DE YAVE

Textos: 1 Sam 16; 24; 26; 2 Sam 1-2; 5-7; 23-24; 1 Cron 17; Sal 2; 18; 20; 21; 45; 69; 72; 89; 110; 132; Is 7-11; Jer 33, 14-26; Ez 17; 34; Mt 1, 1-17; Mc 11, 9-10; Rom 1, 1-3.

Con la posesión de la tierra se cierra un ciclo de intervenciones de Yavé. La alianza con David (2 Sam 7), ungido rey de Judá y de Israel (2 Sam 2, 4; 5, 3), abre un nuevo período de la historia de la salvación.

Desde la entrada en la tierra, Israel ha mantenido una unidad sólo en el plano religioso, en torno al santuario de Silo. En el orden político, «cada uno hacía lo que bien le parecía» (Jue 21, 25). Cuando el enemigo acosa, surge algún carismático, alguien en el que se manifiesta el espíritu de Yavé y a través de cuya acción el pueblo es liberado del peligro concreto. Esta situación se prolonga casi durante dos siglos (desde la conquista hasta cerca del año 1000). Es el período de los jueces. Esta estructura amenaza con destruir al pueblo, cuando los filisteos, que han entrado en la costa cananea mientras Israel lo hacía por Transjordania, superiores en técnica a los israelitas, comienzan a presionar hacia el interior del país. La urgencia y magnitud del peligro obligan a pensar en la conveniencia de unirse bajo la guía de un rey que salve a Israel del nuevo peligro que lo amenaza. Así, en esta época la historia de Israel conoce uno de esos momentos cruciales en que se define un cambio de rumbo que va a ser decisivo. Este cambio se halla bajo la protección especial de Yavé. Viene marcado por una nueva intervención suya. David va a ser el beneficiario de esa intervención.

Testigo y orientador de este cambio será Samuel. El forma parte todavía del orden antiguo como juez (cf. 1 Sam 7). El apoyará el orden nuevo, lo consagrará de parte de Yavé (cf. 1 Sam 9, 25 - 10, 1; 16, 1-13),

retirándose él una vez instaurado ese orden nuevo (cf. 1 Sam 12).

1. David, el rey de Israel.

La figura de David es transmitida por la Biblia con gran cariño. Su gesta histórica ha sido escrita por algún testigo de los acontecimientos inmediatamente después de los mismos. Su intención es describir la trayectoria seguida por la promesa hecha a David por caminos insospechados, trágicamente humanos, hechos de pecado, de intriga, de asesinatos incluso, hasta que reposa sobre Salomón (1 Sam 16 hasta 1 Re 2). En esta narración se advierte un nuevo modo de concebir la intervención de Yavé en la historia. Todo aparece como puramente profano, fruto del pecado o de la intriga de los hombres. Todo tiene su explicación lógica dentro de la historia, en la conducta de los hombres. La acción de Dios se descubre así en el corazón de lo real, penetrándolo todo, presente en el corazón de los hombres, dirigiendo la historia desde lo escondido. Esta actuación de los hombres, que se mueven por la ambición, por el egoísmo, por el placer, es vehículo de realización de los planes de Dios (cf. 2 Sam 11, 27; 12, 24; 17, 14).

La gesta histórica de David una vez nombrado rey de Judá y aceptado como rey también por las tribus del Norte, Israel, se concreta en la liberación del peligro filisteo (2 Sam 5, 17-25) y de los pueblos vecinos (cf. 2 Sam 10; 8-11), la conquista completa de la tierra, reduciendo los últimos enclaves cananeos, entre ellos el más importante, Jerusalén (2 Sam 5, 6-12), que será convertida en capital del reino.

En el orden religioso, David traslada el arca de la alianza a Jerusalén (2 Sam 6), con lo que ésta se convierte al propio tiempo en la «ciudad de Dios», en la que en adelante morará el Dios de Israel con una presencia especial (cf. Sal 24). Así, David logra legitimar el nuevo orden, ya que éste aparece en perfecta continuidad con el antiguo, simbolizado en el arca. La unidad política se ve fortalecida con la antigua unidad religiosa.

2. David, el salvador del pueblo.

Con David, el plan de salvación de Dios da un paso hacia adelante, conoce una nueva concreción. En la escena de la unción, que sirve de prólogo a toda su actividad, se pone de relieve una de las constantes de la historia salvífica: Dios elige no según las apariencias, sino mirando al corazón (1 Sam 16, 7). Más aún, la elección recae sobre el pequeño, el último de los hijos de Jesé, el que no sirve para la guerra, para la obra de liberación (cf. 1 Sam 16, 11; 17, 28). En su intimidad, David reconoce siempre que la obra por él realizada supera sus capacidades. «Mi Señor Yavé. ¿Quién soy yo y qué es mi casa para que me hayas traído hasta aquí?» (2 Sam 7, 18). El éxito de este rey salvador se halla asegurado porque no se ha engreído, no se ha hecho como Dios, ha reconocido los límites de su acción, que es Yavé el único que salva (cf. 2 Sam 7, 18-19; 1 Cron 17, 16-27). Así aparece manifiesto en la primera hazaña de David, su victoria contra el filisteo, que es como la síntesis y anticipo de todas sus victorias. El filisteo se enfrenta en realidad no a los ejércitos de Israel, sino a Dios mismo. Aparece así como la encarnación del mal, del pecado (cf. 1 Sam 17, 8-10. 26). Frente a él, armado y avezado a la guerra, se encuentra David, un niño sin más armas que un cayado y una honda. La desigualdad provoca la risa del guerrero. La respuesta de David apunta al fondo de la lucha, descubre dónde está su fuerza, de quién va a ser la victoria. «Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina, pero yo voy contra ti en el nombre de Yavé Sebaot... Ahora mismo te entrega Yavé en mis manos... Y toda esta asamblea sabrá que no por la espada ni por la lanza salva Yavé» (1 Sam 17, 45-47). Así, con este prólogo, toda la obra salvadora de David, por profana que parezca, queda enmarcada en el cuadro de la acción salvadora de Dios para con su pueblo, que de suyo se muestra incapaz de responder al reto del enemigo, avocado a una muerte ignominiosa (cf. vv. 11-24).

3. David, padre del ungido.

Con el traslado del arca a Jerusalén, David legitima el nuevo orden. Yavé fija su residencia en la misma ciudad de David. Pero este orden nuevo va a obte-

ner una legitimación más profunda, de origen profético. Se va a insertar en el orden de la alianza, empalmando con el Sinaí, concretando ahora aquella alianza con una familia.

Mensajero del destino de Dios es el profeta Natán. El mensaje es enviado «cuando el rey se estableció en su casa y Yavé le concedió paz de todos sus enemigos alrededor» (2 Sam 7, 1). Es el prólogo histórico, el nuevo beneficio salvífico de Yavé para con David, y a través suyo, para el pueblo (vv. 8-11). Las cláusulas de la alianza suenan así: «Yavé te anuncia que Yavé te edificará casa..., afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza. Yo seré para él padre y él será para mí hijo..., no apartaré de él mi amor. Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí; tu trono estará firme eternamente« (2 Sam 7, 11-16). El compromiso de Yavé es compromiso de amor (v. 15). Un descendiente de David ocupará el trono al morir él. Entre Yavé y el ungido se establecerá una relación de paternidad, será tratado como un hijo (cf. Sal 2, 7). Aun en caso de rebeldía. El será el representante de la soberanía de Yavé sobre el pueblo. Ejercerá, en su nombre, como lugarteniente suyo, el derecho y la justicia especialmente en favor de los pobres y desamparados.

La palabra profética tiene una primera concreción histórica en Salomón (cf. 2 Sam 12, 24-25), que llega a ocupar el trono por caminos oscuros, insospechados (cf. 1 Re 1-2), después de desaparecer todos los hijos de David que poseían mejores títulos que él (cf. 2 Sam 13, 28-29; 18, 9-17). Pero las expresiones del texto —para siempre, eternamente— son tan amplias que no se agotan en Salomón. Se dirigen y afectan a toda la dinastía. Pero la misma historia posterior de toda la dinastía mostrará con claridad suficiente que ninguno de los descendientes de David realizará plenamente la palabra profética. No obstante, esta palabra se irá reafirmando constantemente, especialmente en el culto, cada vez con nuevas dimensiones, con una amplitud mayor (cf. Sal 2; 20; 21; 72; 110). Y será recogida y ampliada nuevamente por otros profetas (cf. Is 7, 10-15; 9, 6-7), con rasgos ya tan sublimes que hacen pensar que no se trata de un rey terreno (cf. Is 11, 1-6; 42, 1-12; Sal 72). Nace así la espera mesiánica. Una seguridad de que Yavé intervendrá nuevamente en la historia, en el futuro, de que establecerá su reinado y pondrá al frente del mismo a un descendiente de David, que será verdaderamente hijo, que establecerá la justicia y el derecho definitivo (cf. Jer 33, 14-17; 23, 5-6; Ez 34).

El nuevo testamento ve cumplida en Jesús de Nazaret, resucitado de entre los muertos, esta palabra dirigida a David. El es el «hijo de David» (cf. Mt 1 1. 20; Lc 1, 27. 32; Mt 2, 1-6; 21, 9). La resurrección es vista como la entronización de Jesús como Mesías y Señor a la derecha del Padre, que es igualación con él en el poder y en la soberanía sobre el universo y el hombre (cf. Hech 2, 22-36; Fil 2, 5-11; Heb 1, 5-14). A él le es entregado el reinado. El es el rey. Un reino que se instaura de una manera inusitada, con la muerte del rey. Un reino que no es de este mundo (cf. Jn 18, 33-37). Un reino que, aunque presente ya en este mundo (cf. Mt 3, 2; 4, 17; 12, 28; Lc 17, 21; 12, 32; Col 1, 13; 1 Tes 2, 12), espera aún su consumación definitiva en la nueva ciudad de Dios, la Jerusalén celestial, donde Dios ha fijado su trono para siempre (cf. 1 Cor 15, 23-28; Apoc 20, 14; 21, 4; 22, 4-5.16).

VI. LA INTERVENCION DE DIOS EN LA HISTORIA EN Y POR MEDIO DE LOS PROFETAS

Puede afirmarse que en la época que se inicia con la instauración de la monarquía, la intervención salvífica de Dios se encarna en los profetas, testigos de Dios y guías para el pueblo. En cada uno de ellos, y por su medio, Dios se acerca a la historia según las peculiares circunstancias por las que atraviesa el pueblo o la monarquía. Lo más adecuado a la perspectiva histórico salvífica sería situar a cada uno de ellos en su propio contexto histórico, para entender así la salvación peculiar que su presencia y su palabra aporta al pueblo. Pero esto nos llevaría a repetir lo dicho al estudiar cada uno de los libros proféticos. Por eso es preferible ofrecer una breve síntesis de lo que el profeta es, de su figura y misión. Así quedará suficientemente clara la intervención salvífica de Dios que el envío y la presencia del profeta ha supuesto en cada momento para el pueblo de Dios.

TEXTOS: Is 6, 1-13; Jer 1, 4-19; 11, 18 - 12, 6; 15, 10-21; 17, 14-18; 18, 18-23; 20, 7-18; Ez 1, 1 - 3, 15; Is 40, 1-11; 42, 1-7; 49, 1-9; 61, 1-6; Am 7, 10-17; 9, 1-4; Os 1, 2 - 3, 5; 1 Sam 3, 1 - 4, 1; 1 Re 19, 1-21; 2 Re 2, 1-18.

Con la aparición de los profetas en Israel debe decirse que la intervención de Dios en la historia da un paso más. Por primera vez, en efecto, en los grandes profetas de los siglos VIII a V a. de Cristo aparece el «yo» no como designación de una colectividad, sino refiriéndose a una persona concreta, como un yo individual. Esto significa que se ha adquirido conciencia de que Dios interviene en las personas individuales, en lo más íntimo de ellas, y de que, a través de ellas, su acción repercute en la historia, dirigiéndola, orientándola, salvándola, juzgándola.

El profeta es esencialmente una *figura religiosa*. Puede ser definido adecuadamente como «el hombre de Dios» (1 Re 13, 1 s.; 2 Re 1, 9 s.). El hombre es constituido profeta en un determinado momento de su vida. En ese momento, concreto, localizable y datable (el año tantos del rey tal, en el templo, en casa, estando detrás del rebaño...), el hombre ha tenido una experiencia íntima, profunda, personal, de Dios. Su «yo» personal se ha visto como invadido. Todo su ser, toda su vida ha quedado afectada, tocada, sellada por esa invasión. Una impresión real, profunda, que conmueve sus entrañas, que repercute hasta en su mismo cuerpo. Esta invasión de Dios no admite duda alguna para el propio profeta. No cabe engaño. Es visible, palpable, aunque se sitúe al nivel de la propia conciencia.

La invasión de Dios reviste carácter de encuentro. Un encuentro en intimidad personal, en diálogo, en visión. Un encuentro que reviste la forma de un llamamiento, de una vocación. El encuentro afecta a la personalidad del hombre, la transforma.

Este encuentro *revela* al hombre la «*personalidad*» de Dios, su modo de proceder en orden al profeta mismo y al pueblo, cuáles son sus sentimientos propios en este concreto momento, cuáles son sus caminos, sus planes. El es el mismo Dios que eligió a los padres, el que actuó sacando a Israel de Egipto, el que conduce la historia con designios de salvación. Es el santo, el

único, el solo salvador. Se relaciona con los hombres como rey, pastor, padre, amigo, esposo. El es, sin embargo, el grande, el sublime, el santo. Es el que hizo y mantiene a pesar de todo la alianza, el misericordioso y fiel, el celoso, que a nadie da su gloria, que no puede comulgar con el pecado del hombre.

El encuentro revela también al profeta lo que él mismo es, su «propia personalidad» en el orden de la relación con Dios. La sensación primera del profeta en este encuentro es la conciencia de su distancia, de su incapacidad, de su «pecado». Al hombre frente a Dios, en tanta intimidad, le correspondería morir. Se siente invadido por el pecado. Se siente tentado de huir. Pero la cercanía de Dios salva al hombre, purifica su pecado, sana su incapacidad. La presencia de Dios vivifica al profeta en sus raíces. La huida se torna entrega, ofrecimiento: «Heme aquí. Envíame a mí.» Porque el encuentro revela al profeta además su *misión*. Es sacado de su condición habitual para ser enviado al pueblo. Será vigía, centinela, conductor del pueblo. Será legado, embajador, mensajero, portavoz de Dios. Será puesto y enviado «para extirpar y destruir, para derrocar y perder, para reconstruir y plantar». Será la boca de Yavé para el pueblo, para las naciones. Una tarea fundamentalmente de transmisores de la palabra. En el encuentro el profeta oye en sí mismo la palabra de Dios. Esa palabra se constituye para él en alimento, en gozo, en alegría de su corazón. Una palabra irreprimible, como león que ruge, como fuego devorador. Una palabra dulce como la miel, amarga como la hiel. Esta palabra debe saltar hacia fuera, dirigirse al pueblo, a las naciones. Se convierte en palabra de hombre aun siendo palabra de Dios. Portadora de salvación para el hombre que la acoge y se convierte. Portadora de juicio, de condenación, para quien la rechaza.

El encuentro revela al profeta también la realidad profunda del *corazón del pueblo*. Un corazón duro, de piedra. Un corazón rebelde. Ciego, sordo, infiel, desobediente. Al acercamiento constante de Dios, a su perseguirle como un enamorado persigue a su amada, el pueblo responde con la huída, escapa con otros amantes, se prostituye, se hace adúltero. «Cuanto más los amas, más se apartan de ti; cuanto más los llamas más se alejan» (Os 11, 2). En esta revelación del ser profundo del pueblo aparece ya la revelación de su *des-*

tino. Destino lastimoso, de ruina, de destrucción, de muerte. Es la consecuencia que podía esperarse de su constante abandonar a Yavé, de su ida tras las vanidades, tras lo que nada vale, haciéndose él también vano, vacío.

El encuentro con Dios es para el profeta *garantía* en orden al cumplimiento de esa misión, dura, dolorosa. Le da autoridad. Nadie podrá resistir la fuerza de su palabra. Se le ofrece presencia, cercanía. Energía, para anunciar sin desfallecer la palabra a un pueblo rebelde, en medio de la oposición más violenta, para dirigirse y enfrentarse con dirigentes y humildes, con ricos y pobres; para anunciar destrucción de todas sus seguridades, políticas, sociales, religiosas. Fortaleza para resistir sin desfallecer. Aunque sea hasta la misma muerte. Como muro inexpugnable.

La intervención de Dios en la intimidad del profeta se realiza no para su personal provecho o disfrute. Se orienta al pueblo. Durante todo este período la intervención en favor del pueblo pasa por el profeta.

La experiencia del encuentro con Dios convierte al profeta en *testigo de Dios* para el pueblo. El hecho de haber sido como invadido por Dios hace al profeta como una encarnación de Dios para la generación contemporánea. El hecho de haberse identificado con Dios, toda la palabra del profeta, toda su existencia, toda su vida, es testimonio de lo que Dios es, de lo que Dios planea, de lo que Dios exige y quiere. El ha quedado como marcado por el pathos de Dios, participa de sus sentimientos, y los transmite al pueblo. Los sentimientos del profeta ante la situación del pueblo son expresión de los sentimientos mismos de Dios: celoso ante la idolatría del pueblo, lleno de cólera, de ira; triste hasta las lágrimas ante la infidelidad del pueblo, y la desgracia que ésta acarreará irremisiblemente; vehemente para exhortar a la conversión, en orden a salvar al pueblo de la destrucción; dispuesto al perdón, intercediendo por el pueblo, como signo de la misericordia de Yavé; amor al pueblo como revelación del amor de Dios. Así el profeta participa de los afectos de Dios para con su pueblo. Los propios afectos del profeta son reflejo de los sentimientos de Dios. El pueblo ve, experimenta cómo Dios lo quiere, cómo lo reprende, cómo siente su infidelidad, al experimentar la cólera del profeta, su amor, su tristeza, su angustia,

sus lágrimas, sus gozos y alegrías, su fidelidad, su paciencia y su misericordia.

La persona y la vida del profeta se convierte así en símbolo, en signo para el pueblo. Isaías con sus hijos (Is 7, 3; 8, 1-4. 18; 10, 20-21); Oseas con su matrimonio (Os 1-3); Jeremías con su celibato (Jer 16, 1-13); Ezequiel con su fortaleza ante la muerte de su esposa (Ez 24, 15-27); el siervo de Yavé con su silencio y su sacrificio (Is 49, 1-6; 52, 13 - 53, 12). Con todo su ser, con toda su vida, con toda su palabra y su acción, el profeta es en realidad la encarnación de la presencia de Dios para su pueblo, de su acción en él, presencia y acción que tiene carácter de gracia o de juicio, en relación a la actitud del pueblo para con la alianza.

* * *

El profeta es, pues, testigo de Dios, encarnación de su gracia o de su juicio. Esto quiere decir que Dios actúa por ellos y en ellos. Que *por ellos y en ellos Dios interviene ahora en la historia.*

Actúa en primer lugar *por su palabra.* El profeta se define como portavoz de Dios. El profeta se ha encontrado con la palabra de Dios, ésta ha caído sobre el. Ha irrumpido en su vida, desde fuera, aunque penetre su más profunda intimidad. La palabra es en sí misma un acontecimiento, un suceso. El es constituído como transmisor de esa palabra de Dios. Es heraldo, mensajero, embajador. Transmite palabras concretas de Dios. Anuncia acciones de Dios, salvadoras, de juicio. Toda la acción histórica se descubre como el cumplimiento de esa palabra lanzada al mundo por el profeta. Se muestra como palabra eficaz. Cumple lo que anuncia. Lleva en sí la fuerza realizadora de lo que anuncia. Si anuncia desgracia, juicio, condenación, la palabra lanzada es ya el primer acto de ese juicio, el comienzo del mismo. Si anuncia salvación, liberación, gracia, la palabra misma la lleva ya en sí. Cuando llegue la salvación concreta anunciada se verá que aquella palabra profética ha dado en el blanco. Con la palabra, pues, el profeta, salva o juzga, arranca o planta, edifica o destruye. Así la palabra se muestra en sí misma como un acontecimiento de la historia, que hace y realiza la historia. La historia no sería la misma sin la palabra profética. Debido a esa palabra es lo que es (cf. Is 55, 10-11).

Actúa además a través de sus *gestos*, de *acciones simbólicas* que son ciertamente anuncios de intervenciones de Yavé, pero que son también portadoras en germen de esa intervención, el comienzo de la misma. Isaías camina descalzo y desnudo (Is 20, 1-6), y en su caminar así se anuncia y se halla en acción ya el destierro de los egipcios; Ajías divide su manto, y este gesto anuncia y lleva en sí la división del reino (cf. 1 Re 11, 40). Así los gestos de Jeremías (19, 1 ss.: rotura de la olla; 27, 2 s.: el yugo al cuello; 32, 6 s.: compra del campo de Anatot), los de Ezequiel (cf. 4-5; 12). Todos estos signos son actuaciones de Dios para el pueblo. Prefiguran lo que ha de venir, pero son al propio tiempo la puesta en marcha de la acción futura.

Esta configuración de la historia a través de la vida, la palabra y la acción del profeta se refiere en primer lugar a Israel (cf. Am 3-6; Miq 1-3; Is 1-12; 28-35; Jer 21-29; Ez 4-24). Son anuncio y comienzo de realización del juicio o de la salvación de Dios sobre su pueblo. Pero se refiere también al resto de las naciones que están en relación con el pueblo de Dios. Ahora, y gracias a los profetas, el pueblo de Israel adquiere conciencia de que su Dios es el que dirige y guía la historia toda del mundo. Todo en ella responde a un plan de Dios. Toda la historia se polariza en torno al pueblo de Dios, aunque aparece insignificante en el concierto de las naciones. Aun cuando del pueblo llegue a quedar sólo un resto, toda la historia va a girar en torno a este resto. Todos los pueblos girarán en torno a Jerusalén, en torno al monte Sión, que será como el centro del universo, hacia el que acudirán todos los pueblos. A todos los pueblos, a sus reyes, se dirige la palabra profética. La palabra de Dios les afecta. Sobre ellos se ejerce la salvación o el juicio que dicha palabra entraña (cf. Is 13-23; Jer 46-51; Ez 25-32; Am 1-2; Nah 1-3; Sof 1-2). Así toda la historia queda encuadrada dentro de la palabra de Yavé. Toda ella es realización de sus planes.

* * *

El carisma profético parece extinguirse al estructurarse el pueblo de Israel como comunidad religiosa después del destierro. La intervención de Dios tendrá entonces otros intermediarios. Sin embargo, la experiencia de la intervención a través de los profetas

ha sido tan profunda, que el silencio profético nunca es considerado como definitivo. Se espera para el futuro un resurgir del carisma. Se espera la llegada del «profeta grande» (Dt 18, 15-20). Con el Bautista se aviva la esperanza (cf. Jn 1, 21-25). Este profeta es reconocido en Jesús de Nazaret. El aparece en un contexto profético (Lc 1-2), actúa como los profetas, es reconocido como tal (cf. Jn 4, 19; 6, 14; Mt 21, 11). Pero en realidad Jesús supera a los profetas. Los «cumple» (cf. Mt 5, 17). Es «el hijo» por quien en los tiempos últimos, los definitivos, Dios ha dirigido su palabra a los hombres (cf. Heb 1, 1-2), es la Palabra (cf. Jn 1, 1-14).

La nueva comunidad que se reúne en torno a Jesús se funda sobre los profetas (cf. Hech 11, 27 s.; 1 Cor 4, 3; 13, 8). Sobre el pueblo entero ha sido derramado el Espíritu. Todos ya son profetas, desde los jóvenes a los ancianos (cf. Hech 2, 14-21). Todos están capacitados para ser testigos de Dios, transmisores de su palabra, anunciadores de su acción salvífica, realizadores de la misma, intérpretes de la historia, descubridores de los signos de Dios, de su presencia y de su actuación en la historia.

VII. EL DESTIERRO, CRISOL DE LA FE

TEXTOS: Jer 4; 10; 21; 24; 25; 29; Lam 1-5; Ez 8; 12-13; 20-24; Sal 42; 43; 44; 74; 77-80; 85; 89; 137.

El año 587 es una fecha clave en la historia del antiguo pueblo de Dios. El ejército de Nabucodonosor entra en Jerusalén, destruye la ciudad y el templo y se lleva cautivos a Babilonia al rey y a las clases dirigentes del pueblo (2 Re 25; Jer 52). Es la catástrofe absoluta. Significa la destrucción de Judá, lo que quedaba aún del pueblo de Dios. Parece significar el final del pueblo y de su esperanza. El hundimiento de su fe. El trono de David se ha desmoronado. La ciudad santa, destruida. El templo, la morada de Dios, incendiado. En el pueblo de Dios se acumulan los interrogantes. ¿Dónde está la palabra de Yavé? ¿Dónde sus promesas al trono, a la ciudad, al templo? ¿Dónde las

victorias de Yavé, todo su poder, tal como las habían narrado los padres? ¿Qué ha sido de la justicia de Dios, de su elección, de su amor? ¿Qué se ha hecho de su fidelidad y de su misericordia?

La tragedia parece minar la esperanza. «Andan diciendo: se han secado nuestros huesos, ha fallado nuestra esperanza, estamos perdidos» (Ez 37, 11). Israel está sintiendo en toda su crudeza la prueba de la fe, el silencio de Dios. Pero, como en tantas ocasiones, cuando todo parece perdido, de la ruina más absoluta resurge pujante, renovada, la fe. Lo que parecía el final, en realidad se ha convertido en un nuevo comienzo. La fe sale purificada. El destierro realiza un nuevo comienzo del pueblo. Dios acompaña al pueblo mediante la palabra y la acción de algunos profetas (cf. Jeremías, Ezequiel, el segundo Isaías).

* * *

El destierro constituye la vertiente de juicio de la intervención de Yavé. Su origen está en el pecado del pueblo. Este ha roto la alianza, se ha mostrado constantemente rebelde, infiel. Si la alianza prometía como bendición la posesión de la tierra, presagiaba también, como maldición, la expulsión de la tierra, el destierro. El pueblo ha equivocado su camino, ha errado el blanco. Al pretender edificar su existencia al margen de Dios se ha desviado, ha desembocado fuera de la tierra, lejos de su Dios. No ha sido, pues, algo imprevisto. Se hallaba presente ya desde el comienzo de la historia, como amenaza, como resultado de la opción del pueblo.

Además el destierro reviste un carácter de purificación. La fe del pueblo es purificada. Israel se había instalado en la tierra como si de su patria definitiva se tratara. Había puesto su seguridad en instituciones materiales: la ciudad, el trono, el templo. Se había engañado (cf. Jer 7, 4). Habían elevado esas instituciones a categoría de ídolo. Ya no confiaban propiamente en Yavé, de quien aquellas instituciones eran signo. Ellas habían suplantado a Yavé. El pueblo necesita ver el desmoronamiento de todas esas instituciones para que vuelva a mirar sólo a Yavé, a poner su confianza en él solo.

Pero el mismo destierro reviste una vertiente de salvación. El pecado exigía la destrucción del pueblo.

Pero Dios realiza una salvación. No de todo el pueblo, sino de una minoría, de un resto. En el pueblo se da un número reducido que no se ha prosternado ante los ídolos, que ha entendido las promesas de Dios en su sentido genuino, que ha oído la voz de los profetas. Con estos pocos, con estos que han reconocido su pecado y el del pueblo (cf. Jer 3, 25), que acepta en la humillación los justos juicios de Dios, Dios va a realizar una nueva maravilla, va a comenzar de nuevo su obra. Una obra más gloriosa que todo lo anterior. Yavé no abandona a su pueblo. El mismo se hace desterrado con él (cf. Ez 1, 28; 2, 12-13; 8, 1-4; 10, 18-22; 11, 22-25). Yavé no se halla ligado a ningún lugar. Puede desligarse incluso de la ciudad santa. Su morada comienza a ser su pueblo. Pero la presencia de Yavé asegura que puede surgir de nuevo la vida. Y surgirá, aun de la misma muerte (cf. Ez 37). Habrá retorno, habrá un nuevo éxodo, más admirable y glorioso que el primero (cf. Is 43, 16-21). Habrá una nueva alianza, más perfecta, más íntima, con un pueblo renovado, purificado (cf. Jer 31, 31-34; Ez 36, 25-30).

Al propio tiempo el destierro es salvador por cuanto ilumina algunos aspectos de la vida de Israel. El primero es sin duda su misión en el mundo. Al contacto con las nuevas culturas, con los otros pueblos, Israel repiensa su propia misión en el mundo, la situación de Yavé con relación a esos pueblos. Yavé es el dueño de toda la historia. Todos los pueblos se hallan bajo su acción. Todo su hacer se halla encaminado secretamente en orden al pueblo de Dios. Este tiene el encargo de dar a conocer a Yavé entre los pueblos (cf. Tob 13, 3. 7; Is 45, 18-22; 42, 10-13).

El problema de la retribución recibe también nueva luz gracias al destierro. Hasta entonces la retribución se concebía como colectiva. Un proverbio corría por el pueblo, como acusación a Yavé: «los padres comieron los agraces y los dientes de los hijos sufren la dentera» (cf. Ez 18, 2; Jer 31, 29). El destierro descubre lo inadecuado de la doctrina tradicional sobre la retribución. La acción de Dios en la historia muestra que la retribución es valor permanente. Pero no la idea de cómo se había de realizar. Ahora queda claro que cada uno es responsable delante de Dios de sus propios actos. El que peque, ése morirá (Ez 18, 4 ss.; Jer 31, 30; Dt 24, 16; Ez 14, 12-23; 33, 10-20).

También se adquiere luz sobre el problema del do-

lor, especialmente del dolor del inocente. La solución no será teórica. Ha sido vista realizada en Jeremías, solidario con su pueblo, a pesar de su inocencia (cf. Jer 40, 1-6; 42-43). Ha sido interpretada así también la figura de Moisés, que corre la suerte de la generación del destierro, al parecer sin motivo (cf. Dt 1, 37; 3, 26; 4, 21).

Y es vista encarnada y realizada sobre todo en la figura del «siervo de Yavé» (cf. Is 52, 13 - 53, 12). Este siervo humilde realizará la obra de la restauración, de la salvación. La suya no será una misión de triunfo, sino de dolor: será menospreciado, abominado de todos, herido, abofeteado, injuriado, hasta quedar desfigurado. Pero él no va forzado. Acepta este destino doloroso, se ofrece a la muerte, como un servicio salvífico para el pueblo, en sustitución de él, en beneficio suyo. Toma sobre sí la maldición que pesaba sobre el pueblo debido a su pecado, sufre él el castigo, y así libera al pueblo. Gracias al sacrificio del siervo, el pueblo halla la paz con Dios. Y debido a su humillación y a su obediencia, el siervo será luego exaltado, le son entregados los pueblos como herencia, se convierte en centro de todas las miradas.

Así el destierro es juicio y es salvación. En él se sigue revelando la fidelidad de Dios para con los suyos. El mantiene su palabra. Aunque la va a mantener y realizar por caminos nuevos, insospechados. Y en planos más profundos, más personales, más interiores al hombre.

VIII. EL RESTO DE ISRAEL

La historia de la salvación parece conocer un silencio en el período, tan rico, por otra parte, en acontecimientos mundiales, que se extiende desde la vuelta del destierro (edicto de Ciro, año 538) hasta la aparición de Jesús de Nazaret. Tres hechos mayores han sido recogidos en la Escritura: la vuelta del destierro, la reforma de Esdras y Nehemías, el conflicto con el helenismo.

Lo más importante, sin embargo, en el orden de las intervenciones de Dios, puede decirse que ocurre en el interior de los corazones de los miembros de esa comunidad religiosa en que se convierte el pueblo después del destierro, al fracasar todos los planes de restauración política. Momentos privilegiados de esa guía silenciosa de Dios serán: la reflexión de los sabios que ilumina los nuevos problemas que la historia plantea; la oración constante con la que el pueblo responde a la acción de Dios o solicita su intervención; la actitud confiada de los humildes, de los pobres, que ponen su confianza sólo en Dios y esperan una nueva intervención suya y una salvación plena.

a) *El retorno y la restauración* (Is 40-55; 56-66; Ez 36-37; 40-48; Ag 1-2; Zac 1-8; Sal 79; 80; 106, 126; 137). El edicto de Ciro al año siguiente de apoderarse de Babilonia (539) permite a los judíos la vuelta a su patria (cf. Esd 1, 2-4). Los más prefieren las seguridades adquiridas ya en Babilonia. Sólo algunos, un resto, en oleadas sucesivas, afrontan el riesgo de la vuelta, movidos sin duda por anhelos religiosos. El entusiasmo del retorno choca inmediatamente con las dificultades de la penuria económica y de la oposición de los que se habían instalado en Judá y Jerusalén durante el destierro. La empresa parece llamada a sucumbir. Sólo la palabra de los profetas Ageo (520) y Zacarías (520-518) estimulan de nuevo la acción de los repatriados, que terminan la reconstrucción de la ciudad y del templo, celebrando la pascua con gozo (cf. Esd 5-6).

A la comunidad de los repatriados se le asegura que en estas realizaciones, por pobres y humildes que parezcan, se realiza el empalme con la historia salvífica anterior. Ya el segundo Isaías había asegurado el carácter salvífico de este retorno. Es provocado por Yavé, que, como dueño de toda la historia, suscita a Ciro como instrumento de su juicio sobre Babilonia (cf. Is 47, 1-15), y como promotor de la liberación para su pueblo (cf. Is 41, 1-7, 25-27; 45, 1-6; 48, 12-16). El retorno en sí mismo es una nueva experiencia salvífica, más maravillosa, más honda, que la salida de Egipto (cf. Is 41, 17-20; 43, 1-7. 14-21; 49, 7-26). Como entonces, también ahora Yavé acompaña a su pueblo (Is 41, 8-16), le abre caminos, lo libera de la opresión (Is 43, 1-7; 51, 14-16), rehace y restablece su alianza con ellos (55, 3-5), movido de su amor (54, 4-10).

En la reconstrucción de la ciudad y del templo, y en la celebración de la pascua, se experimenta y se vive

ese empalme. Zorobabel continúa la promesa hecha antiguamente a David (cf. Zac 3, 6-10). Jerusalén sigue siendo la ciudad de Dios (Zac 1, 14; 2, 9-14; Is 51, 17-23; 54, 1-3. 11-17; 60, 62). El templo, aunque pobre, va a tener un destino glorioso. En él se hará presente Yavé de un modo radicalmente nuevo (cf. Ag 2, 1-9; Zac 2, 10-13; Ez 43). Dios rehace y restablece su alianza con los repatriados que vuelven a ser su pueblo y él sigue siendo su Dios (cf. Is 55, 3-5; 54, 4-10). Los horizontes de este nuevo compromiso se amplían. Se abre la perspectiva de la entrada de pueblos aún lejanos (Is 56, 1-8; 45, 14-17). El compromiso y la respuesta del pueblo se van definiendo cada vez más en la línea del amor (cf. Zac 7-8).

Pero la restauración efectiva no responde a tan grande esperanza. En la patria recobrada no se encuentra la salvación prometida, el paraíso anunciado (cf. 11, 1-9; 65, 15-25). Hay que lanzar nuevamente, como en todas las ocasiones anteriores, la mirada hacia el futuro.

b) *La reforma de Nehemías y de Esdras* (Esd 7-10; Neh 1-13; Mal 1-3). Con Zorobabel se extinguen las esperanzas de una restauración como nación. Sometidos a los persas, con dificultades constantes con los vecinos. En el orden religioso, la comunidad está amenazada de sucumbir absorbida por el paganismo circundante (cf. Mal 1-3). De este peligro la van a salvar Nehemías (primera misión, de 445 a 443; segunda, el 433) y Esdras (año 398; la fecha es dudosa) (cf. Esd 7, 12-26). Con esta reforma, los repatriados se convierten definitivamente en comunidad religiosa. La ley del Dios altísimo se convierte en su estatuto jurídico. La reforma se instaura, pero de orden religioso. También esta reforma es vista como una vuelta a los orígenes. La ley es leída ante el pueblo, y éste, con entusiasmo juvenil, como en los días del Sinaí, acepta el compromiso (cf. Neh 8-10). La alianza queda renovada una vez más. La comunidad se salva de nuevo. La celebración termina también aquí con un canto de alabanza, que es una confesión de las maravillas realizadas por Dios a lo largo de la historia (cf. Neh 9, 5-37). La fiesta de los tabernáculos, que se instituye con esta ocasión, será en adelante memorial de esta renovación de la alianza (cf. Neh 8, 9-18). Al frente de esta comunidad, como responsable de encaminarla

hacia Dios, de salvarla, se hallará en adelante el sacerdocio. El centro de la vida de la comunidad la constituirá el culto. Y desde esta perspectiva será leída e interpretada una vez más toda la historia del pueblo por el Cronista (I-II Cron-Esd-Nehemías).

c) *El conflicto con el helenismo* (1-2 Mac; Dan). Desde la conquista del Oriente por Alejandro Magno (340-326), la comunidad judía se encuentra con un nuevo mundo cultural que va a poner a prueba una vez más su propia fe.

Por una parte, este encuentro es positivo. Muy pronto la colección de libros sagrados hebreos es traducida al griego (traducción de los LXX; bajo Ptolomeo II, 285-246). Así el mensaje de la revelación puede extenderse a un círculo de lectores más amplio. Y se hace posible la labor de proselitismo de la fe judía entre los griegos. Además, la concepción griega del mundo y del hombre obliga al judaísmo a profundizar en su propio tesoro religioso, lo que le lleva a descubrir nueva luz para problemas que tenía planteados desde antiguo. Así el problema de la retribución conoce un avance con la conciencia de la pervivencia del hombre después de la muerte (cf. Sab 3, 1 - 5, 16), y la de la resurrección de los muertos (cf. 2 Mac 7, 9. 11. 14. 23. 29. 36; Dan 12, 2-3. 38-46).

Pero el helenismo entrañaba también una vertiente negativa, dado el sincretismo religioso, el politeísmo y una moralidad que no se avenía con las exigencias de la fe judía. El conflicto era inevitable. No aparece mientras Palestina está bajo el dominio tolerante de los Ptolomeos de Egipto (323-198). Se manifestará en seguida al pasar a dominio sirio, bajo los Seléucidas (197-142).

Antioco IV Epifanes (175-163), llevado de su celo por helenizar todos sus dominios, después de saquear el templo de Jerusalén (1 Mac 1, 16 s.; 2 Mac 5, 15 s.; Dan 11, 24-28), deroga la ley judía, decretando la pena de muerte para quienes la observen, instaura el culto de Zeus en el templo de Jerusalén y manda ofrecerle sacrificios (cf. 1 Mac 1, 44 s.; 2 Mac 6, 1 s.; 10, 5; Dan 11, 31; 8, 12). El pueblo judío comprende que está en juego su propia existencia como comunidad religiosa. Y reacciona para defender su fe. Esta reacción sigue dos caminos distintos. Por una parte, la rebelión y la lucha armada (Matatías y sus hijos). Esta rebelión

logrará, al final, después de enconadas luchas, la independencia política del territorio. Pero a lo largo de la lucha los motivos se mezclan. Al final ya no se sabe si se lucha por la propia fe o por los intereses propios. Para mantenerse en el poder se llegará hasta a la guerra entre los hermanos. Y se hará alianza con aquellos mismos que al principio del conflicto eran partidarios de la helenización. Hasta que la nación judía caiga bajo el dominio de los romanos (año 63), que impondrán por reyes a los Herodes, de origen idumeo, el enemigo típico de Israel en toda su historia.

La otra reacción es el martirio. Muchos judíos eligen el camino de la muerte (cf. 1 Mac 2, 29-38; 2 Mac 6. 10-11. 18-31 (Eleazar); 2 Mac 7 (los siete hermanos con la madre) (cf. Dan 3, 8-23; 5). La persecución es vista como una intervención de Yavé en orden a purificar al pueblo. Tiene, pues, un sentido salvífico. «Cuando corrige (Dios) con la desgracia, no está abandonando a su propio pueblo... estos castigos buscan no la destrucción, sino la educación» (2 Mac 6, 12-17). El camino del martirio parece el de la derrota. En realidad. se muestra como el de la única victoria verdadera. Una victoria que pasa a través de la muerte. Con ella el poder del perseguidor queda radicalmente vencido y superado. La muerte del testigo de la fe es ya la derrota del perseguidor.

d) *La reflexión de los sabios* constituye sin duda una de las intervenciones escondidas de Dios. El sabio, funcionario de la corte. aparece ya en tiempos de Salomón (cf. 1 Re 3, 16-28; 10, 1-9), que es considerado como el prototipo de sabio y a quien se atribuye la casi totalidad de los escritos de sabiduría.

La fuente de inspiración de la reflexión del sabio es la experiencia de la vida y la ley de Dios (cf. Sal 1). Tiene por objeto las relaciones entre los hombres y con Dios. La comunidad reconoce sin dificultad que a través de esas sentencias de los sabios se le indican caminos de vida, de encuentro con Dios; que en ellas se le ofrecen respuestas, parciales a veces, inadecuadas aún en ocasiones. pero suficientes para su época, a los enigmas con que la fe tradicional tiene que enfrentarse ante las nuevas situaciones históricas. Entre éstos, como se ha dicho, el principal sigue siendo

el de la retribución. La respuesta clásica, recogida aún en Proverbios (hacia 480), recibe una fuerte crítica en Job: el dolor no siempre es fruto del pecado, no supone ni lleva a la ruptura con Dios; la sabiduría está en aceptar sus planes, que resultan misteriosos, y entregarse a él con confianza. Para el Eclesiastés no hay retribución terrena que merezca tenerse en cuenta, ya que todo aquí en la tierra es vanidad. La Sabiduría apunta ya una retribución en un estadio nuevo de existencia después de la vida terrena. Y el valor redentor del sufrimiento (cf. Sab 3, 6).

e) *La oración* constituye un momento privilegiado del encuentro del hombre con Dios. La vida de los judíos se halla enmarcada en un clima de oración. «Siete veces al día te alabo» (Sal 119, 164), es decir, constantemente. «A la tarde, a la mañana, al mediodía, me quejo y gimo: él oirá mi clamor» (Sal 55, 18; cf. Sal 63, 2; 59, 17; 88, 14; Lev 6, 12; Dan 6, 11; 2 Cron 31, 3). También la vida de la comunidad en cuanto tal, por los sacrificios y las fiestas (cf. Lev 23).

La oración constituye un verdadero acontecimiento salvífico. En ella y por ella Dios y el hombre se encuentran. Dios viene al encuentro como lo que es, como salvador, trayendo salvación. El hombre acude al encuentro también con lo que es, necesitado de salvación. Realizado el encuentro en la oración, el hombre vuelve a casa, salvado, justificado, transformado.

La oración, en efecto, es, en primer lugar, la respuesta del hombre a la acción salvadora de Dios, la que ha realizado en la creación o la que realiza en la historia en favor del pueblo o del individuo. El sentimiento de gozo, de agradecimiento, de alabanza que la salvación experimentada suscita, se expresan en himnos (Sal 8; 19; 29; 33; 46-48; 76; 87; 93; 96-100; 103-106; 113; 114; 117; 122; 135; 136; 145-150), en cantos de acción de gracias (Sal 18; 21; 30; 33; 34; 40; 65-68; 92; 116; 118; 124; 129; 138; 144). El hombre acepta la acción de Dios, reconoce su poder, su benevolencia, su misericordia. Reconocer y alabar a Dios es para el hombre salvación y vida. En ello está su dignidad. La imagen del hombre, cuya gloria está en el servicio a Yavé, queda así restaurada en la oración. El hombre no se realiza en la exaltación propia, en la rebeldía, sino en el humilde reconocimiento, en la alabanza, en el servicio.

El hombre, en la oración, va al encuentro de Dios, derrama su existencia ante él (cf. Sal 142, 2-3). Toda la condición miserable en que se desenvuelve la existencia del hombre en el mundo —la angustia, la opresión, las lágrimas, la persecución, la enfermedad, la guerra, la violencia, la traición, la muerte, el pecado—, todo es llevado por el hombre en la oración ante Dios y expuesto ante él con clamores, con lágrimas, con sollozos, con gritos, en busca de su intervención, de su ayuda, de su auxilio, en busca de liberación (súplicas o lamentaciones individuales: Sal 3, 5-7; 13; 17; 22; 25; 26; 28; 31; 35; 38; 42; 43; 51; 54-57; 59; 63; 64; 69-71; 77; 86; 102; 120; 130; 140; 143; lamentaciones colectivas: Sal 12; 44; 60; 74; 79; 80; 83; 85; 106; 123; 129; 137). Se solicita la intervención de Dios y se está seguro de que la oración llega hasta Dios, que penetra hasta más allá de las nubes, de que él escucha, atiende, oye, acoge, presta oído, se inclina, se acerca, está atento, responde a la invocación. Esta atención, esta inclinación lleva ya en sí salvación. El hombre saldrá de la situación miserable en la que se encuentra. Aunque en ocasiones los caminos de esa salida resulten desconcertantes. Dios salva de la muerte aunque sea convirtiendo la muerte en camino de vida (cf. Heb 5, 7-10).

En la oración el hombre reconoce su pecado y lo confiesa delante de Dios. Cuando el hombre se acerca a orar a Dios, le sale al encuentro siempre su propia situación de rebeldía, de pecado. Si quiere dialogar con él, experimenta que el pecado se interpone al diálogo. Si la desgracia le afecta, tiene conciencia de que en el fondo toda desgracia es la consecuencia inevitable del pecado. Si algo solicita, el pecado impide la concesión. De esta manera, la oración en realidad está transformando al orante, por cuanto le hace penetrar en su propio interior, y descubre en él el origen y la causa de toda esa situación de miseria que le oprime. Esta actitud atrae la intervención salvadora de Dios, que perdona, limpia, justifica al pecador. Al salir de la oración, según esto, el hombre sale renovado en su interior, transformado en el orden de sus relaciones con Dios, justificado, salvado (cf. Lc 18, 9-14).

La oración, finalmente, tiene una función salvífica, por cuanto la intercesión del hombre en favor del hombre llega también hasta Dios y en virtud de ella muchas veces el pueblo, o el hombre, han experimentado

la salvación (cf. Ex 17, 8-13; 32, 7-14; Num 12, 11-16; 14, 10-38; 17, 6-15; 21, 7; Lev 26, 41; 1 Re 12, 19).

Así, en y por la oración, la salvación de Dios se hace presente en el mundo y en la historia.

* * *

La acción salvífica de Dios se realiza, como hemos visto, en este período preferentemente al nivel del corazón. En la comunidad judía se ha ido creando a partir del destierro un grupo de hombres, los «pobres de Yavé», que son como el alma de la comunidad, cuya actitud constituye la mejor respuesta a la acción de Dios y la mejor disposición para recibir su salvación. Ellos son los que mantienen firme, viva y pura la esperanza de la salvación sin mezclarla con ambiciones materiales, personales o nacionalistas (textos fundamentales: Sof 2, 3; 3, 11-13; Is 61, 1-4; 25, 1-5; 52, 13 - 53, 12; Sal 13; 22; 34; 69; 73; 131).

El pobre de Yavé es el hombre que ha experimentado en su vida la pobreza real, es decir, aquel al que le han fallado las seguridades humanas en las que los hombres colocan de ordinario su salvación. Entre ellos se enumeran: huérfanos, viudas, extranjeros, peregrinos, esclavos, perseguidos, encarcelados, desterrados, emigrantes, ignorantes, ancianos, enfermos. Podría decirse que el dolor es la herencia de su vida. El dolor y la inseguridad. La vida los ha obligado a andar cabizbajos, «inclinados», incapaces de levantar cabeza. Esta postura define su actitud ante Dios. La experiencia del dolor no ha provocado en ellos rebeldía, amargura, agresividad, resentimiento. Ha provocado, sí, el anhelo de salvación. Siempre con el grito a flor de labios, a la espera de que alguien venga a echarles una mano. El pobre es un humillado que se ha hecho humilde. Este anhelo le lleva confiado a acudir a Dios en busca de auxilio. A él levanta su cabeza. A él dirige su corazón, su oración, su súplica. En él, y en él solo, pone sus ojos, con una infinita e ilimitada confianza, porque la historia, y su propia experiencia, le han mostrado que Dios es como un padre, atento siempre a los gritos de auxilio del hijo. Su petición de salvación suele ir precedida de la confesión del propio pecado. Porque en el fondo el pobre sabe que toda miseria tiene su origen en el corazón del hombre. Así el pobre se presenta desnudo delante de Dios, despo-

jado de todo, hasta de su propia justicia. Y se entrega a él en la plena seguridad de que él no defrauda, de que él salvará.

La pobreza se revela así como la actitud religiosa perfecta. El hombre no pretende marcarle caminos a Dios, ser como él, salvarse a sí mismo. Pone su salvación en sus manos, seguro de que él no falla. Desprendido de sí mismo, el pobre sólo tiene seguridad y apoyo en su Dios, su defensor, su protector, su amigo, su todo.

Estos personajes anónimos mantienen viva la esperanza de la salvación. Y la mantienen genuina. Y la apresuran con su oración. Una esperanza firme. Una esperanza pura. Ellos serán los que, abiertos siempre a los insondables caminos de Dios, acostumbrados a la necedad de su sabiduría, a la fortaleza de su debilidad (cf. 1 Cor 1, 17-25), verán la salvación de Dios, la reconocerán presente en un pobre, en Jesús de Nazaret, y se abrirán a su salvación, realizada en la muerte, y una muerte de cruz.

III

LA SALVACION REALIZADA

«Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Gal 4, 4-5). Esta afirmación es una confesión de fe. Las intervenciones de Dios en la historia por las que salva al hombre llegan a su plenitud, tienen su cumplimiento en el envío de su Hijo, que se hace hombre, libra a los hombres de la esclavitud, los introduce con él en la familia de Dios. Este hombre tiene un nombre: Jesús de Nazaret. *El, su vida y su obra, constituyen el centro del* plan de Dios (cf. Ef 1, 3-19). En El, rechazado por los hombres, crucificado (cf. Hech 2, 36; 3, 13-14; 4, 10-11; Jn 18, 15), pero constituido por Dios Mesías y Señor (cf. Hech 4, 10; 2, 24. 32-36; 3, 15), está la salvación de los hombres (Hech 4, 12). Con él han aparecido los últimos días (Heb 1, 2), los definitivos, los días de la salvación (cf. 2 Cor 6, 2). Su muerte marca la victoria de Dios sobre los enemigos del hombre, la realización del juicio, la expulsión del príncipe de este mundo (Jn 12, 31; 16, 11), la hora de la restauración de la nueva y definitiva alianza con los hombres (cf. Mc 14, 22-25 par; Heb 9, 15-28), la hora de la apertura del paraíso (Lc 23, 42-43), la hora de la donación del Espíritu y, con él, la nueva vida y la nueva creación (Jn 19, 30-34; 20, 22; 7, 37-39; 3, 9).

Jesús de Nazaret, su nacimiento, su vida, su muerte y resurrección, constituyen por lo mismo el centro de la historia de la salvación. En él se realiza toda la espera anhelante del pueblo de Israel. Toda la balbuciente espera de la humanidad anterior a él y ajena al pueblo elegido, se orienta hacia él aunque a tientas. Hacia él se dirige toda la mirada de la Iglesia y, aunque también a tientas, la del mundo. Porque la Iglesia sabe, tiene la experiencia constante de que Jesús de Nazaret, el Cristo, el Señor, continúa vivo, presen-

te, actuante, fuente también hoy para ella y para los hombres todos de vida y salvación, El, ayer, hoy, mañana, por los siglos. El, principio y fin, alfa y omega. El realizador de la salvación y consumador de la misma.

En toda la etapa de preparación hemos descubierto ya la presencia silenciosa y anticipada del misterio de Cristo. Ahora nos toca examinar su vida, seguir de cerca sus pasos por los caminos de Palestina, para escuchar sus palabras, para ver sus obras, para admirar su muerte, para contemplar su resurrección. Así podremos descubrir el secreto de su persona y la actuación de Dios en él en orden a la salvación definitiva de los hombres.

Los hechos referentes a Jesús de Nazaret, sus palabras y su obra, se prestan a múltiples interpretaciones (cf. Mt 16, 13-14). La perspectiva de la historia de la salvación contempla en él al enviado de Dios, el salvador de los hombres. Observa su vida con mirada de fe, y descubre en ella la intervención salvífica de Dios. No busca el hecho histórico en sí mismo, desnudo —imposible de llegar hasta él en ningún caso—, sino el hecho con su interpretación, el sentido que el hecho revistió para aquellos que convivieron con él desde el principio, y que, habiéndose encontrado con él, vivo, presente, actuante, después de la muerte, sabiéndolo resucitado, se han convertido para nosotros en ministros de la palabra (cf. Hech 1, 1-4. 21-22), en intérpretes autorizados, de garantía, de su persona y de su obra.

Las fuentes para el conocimiento de Jesús han sido sometidas durante los últimos tiempos a un análisis minucioso. Gracias a él es posible hoy precisar con bastante acierto lo que procede de Jesús mismo y lo que ha podido ser añadido por la comunidad primitiva o los mismos autores como interpretación. Con ello se ha prestado un extraordinario servicio a la fe, a la teología y a la Iglesia. Pero el método de la historia de la salvación no es éste. Debe conocer esos resultados. Pero debe superar el análisis crítico, para recobrar de nuevo la unidad de la redacción de los escritos, y con ella la intención genuina y global de los autores. Aquí, pues, seguimos el testimonio del nuevo testamento tal como lo tenemos actualmente, en el último estadio de la redacción de los escritos, recobrada la unidad total de cada uno de ellos y del conjunto. Todo el nuevo testamento, desde esta perspectiva, nos ofrece testimonio fiel de que Jesús de Nazaret, resucitado, exaltado a la derecha del Padre, ha *sido constituido Cristo y Señor*. Y de que *en él* se *halla* la salvación verdadera de los hombres.

I. JESUS DE NAZARET, UN HOMBRE ENTRE LOS HOMBRES

Jesús de Nazaret, a quien la fe cristiana confiesa como el Salvador, como el Hijo de Dios, es un *hombre entre los hombres. Su vida se halla encuadrada* en un marco espacio-temporal perfectamente controlable y conocido. Nace en el reinado de Herodes (37 a. C.-4 a. de C.; cf. Lc 1, 5 s.; 2, 1 s.), siendo emperador de Roma César Augusto (29 a. de C.-14 d. de C.). Cuando inicia su actividad es emperador de Roma Tiberio (14-37 d. C.), gobierna Judea Poncio Pilato (26-36 d. C.), como tetrarca de Galilea ha sido puesto Herodes Antipas (4 a. C.-39 d. C.), ejercen el Sumo Sacerdocio Anás y Caifás (cf. Lc 3, 1-2). Herodes tratará de apoderarse de él para matarlo (cf. Lc 13, 31; Mc 6, 14-16) y le tachará de loco (cf. Lc 23, 6-12). Anás y Caifás presidirán la reunión del sanedrín que lo condena a muerte (Jn 18, 12-14; 19, 24; Mt 26, 57-66). Pilato firmará la sentencia de crucifixión (Mc 15, 1-15 par.).

Su vida se desarrolla en la Palestina de comienzos del siglo I de nuestra era. Pertenece al pueblo judío (cf. Mt 1, 1 s.; Lc 3, 23-28), como judío vive: es circuncidado al octavo día como todo varón judío (Lc 2, 21), presentado al templo (Lc 2, 22 s.), sube a Jerusalén a celebrar las fiestas de su pueblo (Mc 11, 1-11; Lc 9, 51. 53; Jn 2, 13. 23; 5, 1; 7, 2. 10-14; 10, 22; 11, 55; 12, 12-15), se reúne los sábados en las sinagogas para la oración (cf. Lc 4, 16). Se considera orgulloso de serlo (cf. Jn 4, 22); habla su mismo lenguaje, utiliza sus mismas imágenes, conoce sus escrituras sagradas (cf. Lc 4, 16-21; Mc 12, 35-40). Como judío es reconocido por sus contemporáneos e incluso despreciado por ellos (cf. Lc 9, 51-53; Jn 4, 1-9; 18, 35).

Como hombre, ha vivido en su propia carne las experiencias más hondas de la miseria humana: la pobreza (cf. Lc 2, 1-7; Mt 8, 20; Jn 19, 23-24), la ignoran-

cia (Mc 9, 21-33; 10, 36; 13, 32), el hambre (Mt 4, 1), la sed y el agotamiento después del duro caminar (Jn 4, 3 s.). Desde los primeros momentos de su vida, y hasta el final de ella, sufre la persecución (cf. Mt 2, 13-18; Mc 3, 6-7; Mt 12, 14; Jn 5, 16; 7, 19-23; 8, 59; 11, 45-54; 18-19). Conoce el gozo que proporcionan la familia y los amigos, con quienes disfruta con sus alegrías (cf. Lc 2, 39-52; Jn 2, 1-5; 3, 29; 11, 1-5; Mc 2, 13 s.; Lc 10, 17; Mt 11, 16-18). Pero de su familia y de sus mismos amigos tiene que experimentar el dolor de la incomprensión, de la crítica amarga, del abandono, de la traición (cf. Mc 3, 21; Lc 22, 47-48; Jn 6, 60-66; 13, 21-32). Sabe compadecerse de la multitud hambrienta (cf. Mc 6, 34; 8, 1-10), entristecerse hasta las lágrimas ante la experiencia del dolor humano (Jn 11, 33), de la desgracia inevitable (Mc 11, 34; Lc 19, 41). Conoce y experimenta el sometimiento y la obediencia, aprendida en el dolor (cf. Lc 2, 51; Heb 5, 7-8; Fil 2, 8), el desaliento (Lc 22, 43), la angustia y el horror ante la muerte, una de las experiencias más trágicamente humanas (cf. Mc 11, 33-35; Lc 22, 39-44; Heb 5, 7). Las situaciones injustas provocan en él ira (cf. Jn 2, 15 ss.; Mc 8, 11-13; 11, 15-19; Mt 23, 13-36). Experimenta la máxima miseria de la condición humana, que es la muerte, con todos los horrores de un suplicio para malhechores, después de una traición, el abandono de todos, una condena injusta (cf. Mc 14, 43 - 15, 32 par.). Su muerte es comprobada jurídicamente (cf. Mc 15, 33-44), y por si pudiera quedar alguna duda, uno de los soldados atraviesa su corazón con una lanza (cf. Jn 19, 34).

Jesús de Nazaret, pues, es realmente de nuestra misma raza, es hombre hasta las últimas consecuencias, hermano de los hombres, consanguíneo de la humanidad. Nada de lo humano le es extraño. Nada, excepto el pecado (cf. Heb 4, 14). Se le ha podido tachar de iluso o de loco. Se le ha podido odiar hasta la muerte. Pero nadie, ni sus más encarnizados enemigos durante su vida ni a lo largo de la historia, han podido responder afirmativamente, y demostrar su afirmación, a la pregunta que Jesús dirige a sus contemporáneos: «¿Quién de vosotros puede argüirme de pecado?» (cf. Jn 8, 46). Todos tienen que confesar que ha pasado por el mundo haciendo el bien, que todo lo ha hecho bien (cf. Hech 10, 38; Mc 7, 37).

El carácter humano, integralmente humano del Salvador no ha podido ser puesto en duda por sus contemporáneos. Ellos lo veían, lo tocaban, lo palpaban. Para ellos el escándalo estaba en que, «siendo hombre», pretendiera hacerse Dios (cf. Jn 10, 33). Pero cuando, después de la resurrección, se ha visto a Jesús como el Cristo, como el Hijo de Dios, como el Salvador, existe el peligro de deshumanizarlo. Este peligro apareció en seguida en la Iglesia. Se advierte ya en los mismos Evangelios, que intentan disminuir los rasgos humanos del Salvador. Pero contra este peligro se elevan muchas de las expresiones del nuevo testamento.

En primer lugar, las genealogías con que se abren los Evangelios insertan al Salvador dentro de una cadena de generaciones humanas (cf. Mt 1, 1-17; Lc 3, 23-38). Así, Jesús, el Hijo de Dios (cf. Mc 1, 1; Lc 3, 22), el Cristo (Mt 1, 17), empalma con la humanidad dentro del pueblo de Israel en ocasiones de una manera escandalosa (cf. Mt 1, vv. 3. 5. 6), y con la humanidad entera (cf. Lc 3, 38). El mismo título «hijo del hombre», tan frecuente en los Evangelios (cf. Mc 10, 45; Lc 9, 22 s.; Mt 16, 13 ss.; passim), debe interpretarse, en primer lugar como una afirmación de la plena humanidad del Salvador.

El resto del Nuevo Testamento será más explícito. «Uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el *hombre* Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de muchos» (1 Tim 2, 5). Especialmente contra aquellas tendencias que negaban la verdad de la encarnación. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14; 2 Jn 7; 1 Jn 1, 1-3; 4, 1-6; Fil 2, 7; Rom 8, 3; 9, 5; 1, 1-3; Gal 4, 4).

La Carta a los Hebreos dará un paso más justificando la necesidad de esta comunión del Salvador con el hombre. Para poder salvar al hombre, especialmente de la esclavitud de la muerte (cf. 2, 14-15), el que había de guiarlos a todos a la salvación (2, 10), tendrá que entrar en comunión perfecta con los hombres todos, asumir la condición carnal (2, 14), la debilidad y miseria que son herencia del hombre en su situación histórica. Sólo así, haciéndose en verdad «hermano de los hombres» (cf. 2, 11-12) hasta las últimas consecuencias, hasta la misma muerte, podía abrir un camino en ella y librarlos del miedo a la muerte que esclaviza a los hombres (cf. 2, 14-15). Sólo así podía hacerse «pontífice misericordioso y fiel en las cosas que tocan

a Dios para expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es capaz de ayudar a los tentados» (2, 17-18). Sólo así podía hacerse «causa de salvación eterna» (5, 9), apto para llevar a los hombres hasta el interior mismo del santuario (cf. 9, 24-25).

Todo lo que hemos visto se sintetiza en una sola expresión. Jesús de Nazaret es el hombre perfecto, el *que realiza el plan de Dios sobre la humanidad* (cf. Heb 2, 5-9), el segundo Adán (1 Cor 15, 21-22. 45-49; Rom 5, 15). Es EL HOMBRE. Así lo expresa proféticamente Pilato al presentar a Jesús flagelado y coronado de espinas ante los judíos: «Este es el HOMBRE» (Jn 19, 5). Aquí tenéis la encarnación perfecta de lo que el hombre es. Con toda su miseria y su impotencia. Con toda su grandeza y majestad, como un rey sobre su trono, soberano de la vida y de la muerte, vencedor hasta de sus mismos enemigos (cf. v. 14).

* * *

Que el Salvador de los hombres sea un hombre, partícipe de nuestra miseria hasta llegar a la misma muerte y muerte de cruz, es, para todos y para siempre, un escándalo, una necedad (cf. 1 Cor 1, 23). Amenaza siempre la tentación de suprimir este escándalo, relegando su figura al mundo de la leyenda o del mito, o reduciéndolo a una mera apariencia de hombre. La Iglesia ha debido, y debe, estar constantemente atenta para defender este dato y rechazar el peligro. Así lo hizo en ocasión solemne en los primeros siglos. «Ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo... perfecto en la humanidad..., verdaderamente hombre..., consustancial a nosotros en cuanto a la humanidad» (Con. Calcedonia, año 451). Tarea de la teología de todos los tiempos será descubrir en cada momento, con ayuda de la ciencia y de la reflexión filosófica, qué es lo verdaderamente humano, y ver cómo todo ello se realiza en el Salvador de los hombres.

Toda la historia de la salvación nos ha atestiguado el camino seguido por Dios para salvar al hombre. Dios se ha servido siempre de hombres para llevar a cabo esa obra que, sin embargo, se sabía divina. Esos salvadores han debido solidarizarse con el pueblo, asumir su misma suerte para sacarlo de ella. Al llegar la realización de la salvación no falta esta costumbre divina. El Salvador asume plenamente la condición humana, «se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su parte como hombre y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil 2, 7-8). Era el camino obligado para la salvación real de los hombres.

II. JESUS DE NAZARET, EL HOMBRE QUE RESPONDE EN PERFECCION A DIOS

La actitud de Jesús para con Dios a lo largo de toda su vida se resume en expresiones como éstas: «Se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil 2, 8; cf. Rom 5, 19). «Aun siendo hijo, con lo que padeció, experimentó la obediencia» (Heb 5, 8). «Yo hago siempre lo que le agrada a él» (Jn 8, 29). «Nada puede él (el príncipe de este mundo, que ha combinado las cosas para llevar a Jesús a la muerte; cf. 13, 2. 27) contra mí, pero el mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado» (Jn 14, 31). Amor y obediencia, pues, indican la actitud de Jesús para con Dios.

Esta actitud ha quedado patente a lo largo de toda su vida, en sus palabras y en sus actuaciones. Así aparece con toda claridad en las escenas fundamentales de su vida, que constituyen una dramática tentación. Al comienzo de su misión el tentador le sugiere un camino distinto, el que se inscribe en la tendencia innata del hombre, el que siguió Adán (cf. Gen 3, 5; Is 14, 14), el mismo que seguiría más tarde el pueblo de Israel (cf. Ex 6; Dt 8, 1-4; Ex 17, 1-7; Num 20, 2-13; Dt 6, 14-16), el camino de la rebelión, del triunfo fácil, del éxito, de buscar la propia gloria, de erigirse en centro de adoración (cf. Mt 4, 1-11 par.). Jesús rechaza la tentación, es decir, se abraza al plan de Dios sobre él tal como se le había revelado en el Bautismo, y que consiste en asumir la misión del siervo de Yavé, misión de servicio, de humillación, de dolor (cf. Mt 3, 13-17; Is 42, 1; 52, 13 - 53, 12). La misma tentación se hace presente por boca de Pedro cuando Jesús habla

del destino doloroso que le espera en Jerusalén (cf. Mc 8, 32-33). Y tiene su máxima expresión en Getsemaní. Ante la pasión inminente, Jesús siente repugnancia y angustias de muerte (cf. Mc 14, 33-34 par.). Le cuesta aceptar el plan de Dios. Y acude a la oración. «Abba, Padre, todo es posible para Ti, aparta de mí este cáliz» (Mc 14, 36). Pero triunfa la actitud del siervo, que se somete a la voluntad del Padre: «Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú» (Mc 14, 36; cf. Jn 18, 11; Heb 5, 7).

Jesús se ha humillado durante su vida delante de Dios y delante de los hombres. La pretensión original del hombre ha sido la de «hacerse igual a Dios» (cf. Gen 3, 5), la de ensalzarse a sí mismo, la de declarar la independencia con relación a Dios para construirse él su propio destino (cf. Ez 11, 1-4; Dt 1, 19-46; Num 13, 1 - 14, 45; Ez 28, 1-10). Jesús podía haber elegido también este camino. Pero no lo hizo. Prefirió despojarse de sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre (cf. Fil 2, 7; Gal 4, 4; Rom 8, 3; Heb 2, 14-18). Este sometimiento y humillación, que se da durante toda su vida, llega a su máxima expresión en la pasión y muerte. Jesús aquí es injuriado, abofeteado, calumniado, es condenado con falsos testimonios. Pero no levanta la voz, no se rebela, no se defiende. Realmente se ha abrazado al plan de Dios sobre él, «fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca» (cf. Is 53, 7; Mt 26, 63; Hech 8, 32-33; Jn 1, 29; Lc 23, 9; 19, 9). Jesús, pues, elige el camino inverso de Adán. No pretende su propia y personal gloria (cf. Jn 8, 50-54; Mt 4, 8). Busca sólo la gloria de Dios (cf. Jn 12, 43). Así cumple en plenitud la vocación del hombre.

Glorificar a Dios, en efecto, es la actitud primera y el deber primario del hombre derivado de su misma naturaleza, y de las manifestaciones de Dios en la historia y en la creación (cf. Ex 14, 18; 16, 7; 35, 18; Sal 19). Este reconocimiento de Dios es el primero y fundamental mandamiento (cf. Ex 20, 3; Dt 5, 7). Yavé, en efecto, se ha manifestado como un Dios celoso, que no puede ceder a ningún otro su gloria (cf. Is 42, 8; 48, 11). Glorificar a Dios supone el servicio exclusivo a él, el «amar al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con

toda el alma, con todo el ser y el poder» (cf. Dt 6, 5; Mt 22, 34-38).

Esta vocación y destino el hombre no la ha realizado nunca en la historia. Siempre se ha rebelado contra Dios, buscando su propia gloria. Todos los hombres, los paganos y los mismos judíos, a pesar del conocimiento más personal que han tenido de Dios, de la manifestación de sus bondades en su favor, no le han dado la gloria (cf. Rom 1, 20-23, 24-30; 2, 17-23). Todos se hallan de hecho bajo el pecado (cf. 3, 9-18). Toda la historia de la humanidad, y la misma historia de la salvación en su conjunto es una prueba de ello.

Pero Jesús de Nazaret es «el hombre». Y el hombre sin pecado (cf. Heb 4, 15; 1 Jn 3, 5; 2 Cor 5, 21; 1 Pe 2, 22; Jn 8, 46). Todo lo ha hecho bien. Y ha pasado por la vida haciendo el bien y liberando a los hombres (cf. Hech 10, 38), amándolos hasta el límite de sus fuerzas, hasta el final de su vida (cf. Jn 13, 1-2). El nunca se ha rebelado. No le ha fallado nunca a Dios. Así sólo Jesús de Nazaret se muestra como glorificador perfecto de Dios.

En efecto, su paso por el mundo provoca la glorificación de Dios. La provoca en su nacimiento (cf. Lc 2, 14 (ángeles), 20 (pastores), 28 (Simeón), 38 (Ana). La provoca con sus palabras y con sus obras durante su ministerio (cf. Mt 9, 8; Mc 2, 12; Lc 5, 25-26; 7, 16; 13, 13; 17, 8. 15). Esta oleada de gloria se consuma con su muerte (cf. Lc 23, 39-43: el buen ladrón; 47-48: el centurión romano).

Jesús mismo se convierte en el glorificador perfecto de Dios. Le glorifica constantemente con su oración (cf. Lc 10, 21; 6, 12-16; Mc 1, 35; Mt 26, 36-45; Lc 3, 21). Le glorifica también con sus obras (cf. Jn 5, 44; 8, 54), que son realización de la obra de Dios y de su voluntad (cf. Jn 4, 34; 17, 4). Y con sus palabras, que son las que el Padre pone en sus labios (cf. Jn 7, 18). La glorificación máxima es su pasión y muerte, asumida en el amor a Dios y a los suyos (cf. Jn 13, 1; 14, 31). «Ahora (cuando se consuma la traición de Judas con la entrega del Maestro, que desembocará en su muerte...), Dios ha sido glorificado en él [el hijo del hombre» (Jn 13, 31)]. Contemplando retrospectivamente toda su vida y su obra en la víspera de su muerte, puede Jesús confesar: «Yo te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar» (Jn 17, 4).

La misma realidad afirma la carta a los Hebreos con categorías sacerdotales. El Hijo, Jesús de Nazaret, que es irradiación de la gloria de Dios (1, 3 s.), que es «santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, que no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cada día primero por sus pecados propios...» (7, 26-27), no se avergüenza de llamar hermanos a los hombres, se hace semejante a ellos en todo, excepto en el pecado (cf. 2, 10-17; 4, 16; 9, 28). No busca, pues, por sí mismo la gloria y el honor del Sumo Sacerdote (cf. 5, 5), sino que aprende la obediencia con sus padecimientos (5, 8), se ofrece a sí mismo como oblación y víctima (10, 1-10), dando así a Dios el culto perfecto (cf. 9, 11-14).

Como consecuencia de esta humillación, el Padre le exalta, lo constituye Cristo y Señor. Por haber renunciado a su gloria, Dios le glorifica de una manera insospechada, inaudita, resucitándole y sentándole a su derecha, dándole la filiación divina en plenitud, el sacerdocio perfecto (cf. Jn 13, 31-32; 17, 1-5. 22; Fil 2, 9-11; Heb 2, 17-18; 5, 5-10). Aunque esta gloria le pertenece a Jesús como Hijo (Jn 17, 5), ha permanecido oculta durante su peregrinación terrena, aunque ya sus signos habían sido una manifestación velada de ella (cf. Jn 2, 11; 1, 14). Con la exaltación de Jesús se muestra, pues, que el camino por él escogido es el que realiza verdaderamente la vocación y el destino del hombre (cf. Heb 2, 5-9).

Desde la muerte de Cristo, y por la incorporación de los hombres a él, a su victoria sobre la tendencia del hombre a la propia exaltación, los hombres todos, en unión con él, pueden dar gloria a Dios, con su palabra, con su oración, con la renuncia al pecado, con su vida santa y de caridad, con el culto, con el testimonio. Esta será la tarea de la Iglesia a lo largo de toda la historia, guiada y fortalecida por el Espíritu (cf. Jn 16, 14).

III. JESUS DE NAZARET CONSTITUYE LA MAXIMA INTERVENCION DE DIOS EN LA HISTORIA.

Toda la vida de Jesús de Nazaret ha estado bajo la acción de Dios.

Su vida comienza con una intervención de Dios. Esta es la intención teológica que subyace en el género literario «anunciación» escogido por Lucas y Mateo para describir la entrada de Jesús en el mundo. Todo tiende a mostrar cómo el niño que va a nacer se halla ya desde el origen bajo la acción del Espíritu, que realiza en María una obra de creación, causa en ella la presencia de Dios que caracterizaba toda la historia salvífica (cf. Lc 1, 35; Mt 1, 18. 20; cf. Ex 13, 22; 19, 16; 24, 16; Gen 1, 1-2). El niño se halla en una relación especial con Dios (cf. Mt 1, 24), precisamente en el orden de la salvación, de la que Dios sale garante (cf. Lc 1, 31-33). Esta presencia y guía de Dios es constante en los primeros pasos del niño. De todos ellos se puede decir que «la gracia de Dios estaba sobre él» (Lc 2, 40; cf. vv. 8-20; Mt 2, 13. 19).

El bautismo de Jesús constituye la experiencia de su propia vocación y de su misión (cf. Mt 3, 13-17 par.; Jn 1, 32-34). Dios se hace presente a Jesús, el Espíritu desciende sobre él y le invade, consagrándole como profeta, como mensajero. La voz del cielo testimonia que en este acontecimiento se realiza la unción de Jesús con el Espíritu, como el siervo de Yavé (cf. Is 42, 1). De esta manera, y a partir de este momento, toda su actividad, especialmente en el orden de la predicación, se halla bajo la acción del Espíritu. Esta misma experiencia de la vocación se revive nuevamente en otro momento crucial de su vida, cuando la multitud comienza a abandonarle y él concentra su actividad y enseñanza en el círculo de sus discípulos. A éstos, que han intuido ya algo de su misterio y de su misión y se adhieren a él (cf. Mc 8, 27-30), les revela abiertamente el destino que le espera, un destino doloroso (cf. Mc 8, 31-33 par.). Esto resulta incomprensible para ellos. En orden a la aceptación de esa misión, son favorecidos algunos con la contemplación de la gloria de Jesús. En esta escena de la transfiguración se experimenta también a Dios presente en el monte, en la nube, en la gloria, en la voz (cf. Mc 9, 2-8 par.; Jn 12, 23-28; 2 Pe 1, 16-18). Esta experiencia de Dios atestigua

de nuevo y confirma la misión profética de Jesús, su misión de Siervo, su carácter de Hijo, también en esta etapa de anuncio doloroso, duro, difícil de oír.

Con tales experiencias, y a partir de ellas, toda la vida de Jesús, toda su actividad, tanto la pública como la dirigida especialmente a sus discípulos, tanto en el éxito como en el fracaso, tanto la del anuncio del reinado de Dios como la de su propio destino doloroso, quedan aseguradas como una realización de Dios, de su Espíritu.

El Espíritu es el que le impulsa al desierto (cf. Lc 4, 1), donde va a entrar en confrontación con el tentador (cf. Lc 4, 3-13 par.), le orienta hacia Galilea para comenzar allí su misión (cf. Lc 4, 14-15). El Espíritu le dicta su palabra de anuncio de la liberación de los pobres (cf. Lc 4, 18-19), causa en él el gozo por la obra salvífica de los discípulos y por la revelación del Padre (cf. Lc 10, 21), le hace realizar las obras de salvación de los hombres (cf. Mt 12, 28).

Toda su actividad de profeta, de anunciador del reinado de Dios, todo su ministerio de la Palabra, es Dios quien lo guía y orienta. Las palabras que él habla son las que Dios ha puesto en sus labios (cf. Jn 17, 8), son palabras de Dios (cf. 3, 34), no las dice por su cuenta (Jn 14, 10). Habla sólo lo que ha oído al Padre (cf. Jn 8, 47; 12, 49-50). Por eso su palabra posee autoridad (cf. Mc 1, 22. 27; Mt 7, 28 ss.). Su palabra es la palabra misma de Dios (cf. Lc 5, 1). Más aún, se podrá llegar a afirmar que él es la Palabra de Dios (cf. Jn 1, 1-3. 14; Apoc 19, 13).

Todas sus obras, los signos que realiza, son fruto del poder de Dios, presente y actuante en él (cf. Lc 11, 20; 5, 17). Los hombres reconocen que en él y en su acción Dios visita a su pueblo (cf. Lc 1, 68; 2, 30; 7, 16). Toda su acción es el cumplimiento de la obra de Dios (cf. Jn 4, 34). El hace las obras que el Padre le ha dado a realizar (Jn 5, 36; 10, 37-38). Más aún, es el mismo Padre quien realiza las obras por El y en él (cf. Jn 14, 10).

La máxima y definitiva intervención de Dios en Jesús de Nazaret la constituye su resurrección. Este acontecimiento es expresado con varias fórmulas en el nuevo testamento. Una serie de ellas describe la acción de Dios como un despertar o levantar a Jesús de entre los muertos (cf. Hech 2, 23-24; 3, 15; 4, 10; 5, 30; 1 Tes 1, 10; Rom 4, 24; 8, 11; 10, 9; 1 Cor 6, 14; 15, 15;

2 Cor 4, 14; Gal 1, 1; Col 2, 12). Otra serie atribuye la resurrección al poder de Dios, a la acción del Espíritu (cf. 1 Cor 6, 14; 2 Cor 13, 4; Rom 1, 4; 8, 11), insistiendo en una dimensión de «vivificar» (cf. Jn 6, 63; 1 Cor 15, 42-44; 1 Pe 3, 18; Rom 4, 17; 8, 11). En el último estadio la resurrección, una vez que se ha reconocido como actuante en él el mismo poder de Dios (cf. Jn 5, 21; 12, 1. 9. 17), se atribuye al mismo Jesús con la fórmula «ha resucitado», «resucitó» (cf. Lc 24, 7. 34; Mc 16, 6; 1 Cor 15, 4. 12 ss.; Jn 21, 14; 10, 17-18; 5, 2; Rom 6, 4. 9; Jn 2, 19. 21-22: reedificación del templo).

El mismo acontecimiento se expresará en numerosas fórmulas que ponen de relieve la situación presente de Jesús, más que la acción misma de la resurrección. Así se afirma que Dios lo ha exaltado, lo ha glorificado, lo ha constituido Cristo, Señor, Hijo, lo ha hecho subir (ascender) a los cielos, lo ha levantado, lo ha sentado a su derecha (cf Mc 14, 62; Jn 3, 14; 8, 8; 12, 32-34; Hech 1, 4-5; 2, 33-36; 5, 31; 7, 55-56; Rom 8, 34; 10, 5-8; Ef 1, 20; 4, 7-10; Fil 2, 6-11; Col 3, 1; 1 Tim 3, 16; Heb 1, 3. 13; 8, 1; 10, 12; 12, 2; 1 Pe 3, 18-22; 4, 6).

En todas estas fórmulas y expresiones se confiesa una intervención real de Dios. Sólo Dios, en efecto, tiene poder para vivificar, para sacar de la muerte (cf. 1 Sam 2, 6; Rom 4, 17; Jn 5, 21; 2 Re 5, 7). Sólo él ha podido elevar a alguien hasta situarlo junto a sí, a su misma altura. Sólo él ha podido constituir a alguien en Señor, igualándole a él en el poder, entregándole la soberanía del mundo (cf. Heb 2, 8; 1 Cor 15, 25; Ef 1, 20-23; Fil 3, 21). Al propio tiempo la categoría del resultado indica que aquí nos encontramos con la máxima intervención de Dios. En ella está en juego y en acción todo su poder. En ella se realiza la máxima acción. Así la existencia de Jesús, que había comenzado bajo la mirada dinámica de Dios, termina y culmina con otra intervención, que es realización de la nueva creación, que es consumación y cima de la salvación.

IV. LA INTERVENCION DE DIOS EN JESUS DE NAZARET COMO LA ACCION SALVIFICA ESCATOLOGICA

La acción de Dios en Jesús de Nazaret, en toda su vida, y especialmente en su muerte y resurrección, constituyen la acción salvífica definitiva de Dios en favor del hombre, tanto en la vertiente de la liberación de la opresión en que el hombre se halla, cuanto en la dimensión positiva de la donación de los bienes escatológicos. Tanto en el orden individual —Jesús es el primer salvado—, cuanto en el colectivo —él es la primicia de los salvados, el guía de la salvación—.

1. La revelación como acción liberadora.

La actividad pública de Jesús es una actividad de enseñanza. «Recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas» (Mt 4, 23; cf. Mc 1, 21-22; 6, 6; 14, 49; Lc 5, 3-17; Mt 5, 2; Lc 13, 22; 19, 47; 21, 37; Jn 7, 14; 18, 20; Hch 1, 1). Su figura y su actividad recuerda la de los profetas. Continúa la predicación del Bautista, que es reconocido como profeta (cf. Mt 11, 7-15). Como los profetas anuncia el reino de Dios (cf. Mc 1, 14-15 par.), desvela los misterios del fin (cf. Mt 24 par.), exhorta a la conversión (cf. Mc 1, 15). Como profeta es reconocido por el pueblo (cf Mc 6, 15; 8, 28; Mt 21, 11. 46; Lc 7, 16; Jn 4, 19; 6, 14; 7, 40. 52; 9, 17) y condenado (cf. Mc 16, 45; Lc 22, 63-65). El mismo se identifica en ocasiones con los profetas hablando de que correrá su misma suerte (cf. Mc 6, 4 par.; Mt 13, 57; 23, 31-39; Lc 4, 24; 13, 33; Jn 4, 44). En él reaparece el espíritu profético, cuyo retorno caracterizaría los tiempos escatológicos (cf. Dt 18, 15-18; Joel, 3, 1; Mt 12, 28; Lc 4, 18; Jn 1, 21-25; 6, 14; 7, 39; Hech 2, 17).

Sin embargo, su actividad de enseñanza desborda la categoría de profeta. No anuncia sólo la venida del reino, indica ya su presencia (cf. Mt 11, 12; 12, 28. 32; Lc 17, 21; 23, 42-43) identificándolo con su misma presencia en el mundo (Lc 7, 23; Mt 11, 6; Mc 3, 22). Es más que profeta (cf. Mt 12, 41; Lc 11, 32). Es mayor que Moisés, cuya enseñanza o Tora corrige (cf. Mt 5, 17. 21-48; Mc 10, 5 par.). No anuncia sólo el perdón de los pecados como acción futura de Dios, sino que él mismo se atribuye autoridad y poder para perdonarlos (cf. Mt 9, 1-8; Jn 5, 1-18). Jesús, pues, aun estando en la línea profética y cumpliendo en este aspecto las esperanzas del antiguo testamento (cf. Hch 3, 22; 7, 37), se considera como el mensajero escatológico de Dios, el que trae la revelación final, la escatológica, la definitiva. «Muchas veces y de muchas maneras había hablado Dios a los padres por los profetas. Ahora, en los tiempos nuestros que son los últimos (los escatológicos) nos ha hablado en el Hijo» (Heb 1, 1-2). Como hijo que está en su seno (Jn 1, 18), que conoce perfectamente los secretos de Dios, sus planes y su vida, él es el que nos lo revela. El es la Palabra de Dios para el hombre (cf. Jn 1, 1-18), la manifestación perfecta de Dios. En él está dicho todo lo que Dios es para los hombres, todo lo que quiere hacer con ellos, en favor suyo, lo que ellos son en su consideración.

Jesús revela *el plan* de Dios. Todo el designio de Dios consiste en la instauración de su reinado, de su soberanía en el mundo. Jesús anuncia que ese reinado se halla ya cercano, más aún, presente en su misma persona, en su palabra y acción (cf. Mc 1, 15; Mt 4, 23; 9, 35; 12, 28; 11, 3 s.; Lc 4, 43; 8, 1; 11, 20; 7, 22 ss.). El es el que anuncia la liberación a los pobres, a los oprimidos, característica primera y fundamental de ese reinado de Dios (cf. Mt 11, 5; Mc 2, 17; Lc 4, 17-21; 7, 22; 6, 20). La situación creada con su aparición en el mundo es la situación última, la decisiva, del mundo y del hombre (cf. Mc 9, 1. 43-47; 14, 25; Lc 13, 28-29; 17, 20 s.). En su persona, en su vida, en su palabra, en su acción, se cumple ese reinado de Dios, se ejerce esa soberanía, es reconocido hasta el extremo el poder de Dios sobre el hombre (cf. Jn 14, 31; 8, 27-29). Jesús se presenta como el plan de Dios en persona. En él se cumplen las escrituras que presagiaban ese plan (cf. Lc 10, 16-19; 7, 18-23; Jn 4, 25-26). El es la piedra angular (cf. Mt 21, 42), el lugar de encuentro de los hombres (cf. Jn 12, 32). Con él han llegado los tiempos a su plenitud (cf. Gal 4, 4). En él se deben recapitular todas las cosas (cf. Ef 1, 10), los hombres y el mundo, y así se someten a Dios (cf. Ef 2, 1-21; Rom 8, 14-17).

Jesús revela también *la vida íntima de Dios*. Reafirma la realidad de Dios manifestada en el Antiguo Testamento como Señor del cielo y de la tierra (cf. Mt 11, 25), celoso (Mt 6, 21-24), todopoderoso (cf. Mt 19, 26), con poder para echar en la gehenna (cf. Mt 10, 28). Pero este mismo Dios es dado a conocer por Jesús

como su propio Padre. El signo más claro de esta comunión de vida entre Jesús y Dios es la invocación con que se atreve a dirigirse personalmente a él, y que se nos ha transmitido incluso en su original arameo: «Abba» (cf. Mc 14, 36; Rom 8, 15; Gal 4, 6; cf. también Mt 6, 9; 11, 25 s.; Lc 23, 34. 46; Mt 26, 42; Jn 11, 41; 12, 27 s.; 17, 1. 5. 11. 21. 24). Con esta denominación expresa Jesús su conciencia de estar en una relación personal con Dios, íntima, segura y confiada, respetuosa y obediente, como la de un niño con su papá. Jesús experimenta y vive esta relación con Dios (cf. Mt 11, 27; Mc 5, 17; Jn 5, 19-20), y así se la revela él a los demás (cf. Jn 3, 35; 10, 15; 1, 18; 3, 11).

En comunión de vida con el Padre y con el Hijo, como expresión de amor, se encuentra el Espíritu Santo, aquel que interviene y guía constantemente la existencia de Jesús, aquel que es el Espíritu del Padre (cf. Mt 10, 20; Jn 14, 16; 15, 26) y del Hijo (Jn 7, 37; 14, 26; 15, 26; 16, 14), enviado por él de junto al Padre (cf. Jn 15, 26) con su muerte (cf. Jn 7, 39; 19, 30. 34). El rostro divino de este Espíritu aparecerá patente en su actuación en la comunidad de discípulos (cf. Hech 2, 1-4; 13, 4; 15, 28; 5, 32; Rom 8, 14-17. 26-28; 1 Cor 6, 11; Gal 4, 4-6). Su igualdad y al propio tiempo su distinción del Padre y del Hijo se manifiesta en las distintas enumeraciones, junto a ellos, al mismo nivel (cf. Mt 28, 19; 2 Cor 13, 13; 1 Cor 6, 11-19; Ef 4, 4-6; Rom 1, 4; 15, 16. 30; 1 Cor 2, 10-16; 12, 4-6; Ef 1, 3-14).

Jesús revela a Dios, pues, como un solo Dios (cf. Jn 5, 19-30; 10, 30; 14, 9-10), pero no un Dios solitario, sino un Dios en comunión de vida interpersonal. La Iglesia, más tarde, con otras categorías de pensamiento, hallará solución a esta paradoja formulando el misterio de la Trinidad Santa, una sola naturaleza, tres personas.

Al revelar a Dios como comunión de vida interpersonal, nos revela que la vida de Dios consiste en el amor. Por amor envía el Padre a su Hijo al mundo, y lo entrega hasta la muerte para salvar a los hombres (cf. Jn 3, 14; 1 Jn 4, 9-10; Rom 8, 9). El modo y la cualidad del amor de Dios a los hombres lo revela Jesús cuando habla de la delicadeza, de la ternura, del cariño de Dios para con los hombres, de su perdón, de su bondad, de su preocupación constante por ellos, por su suerte (cf. Lc 6, 35-36; Mt 7, 9-11; 6, 8. 32; Lc 12, 30; Mt 5, 45 s.; 10, 29 s.), aun en medio del sufrimiento y

de la muerte (cf. Mt 5, 11 s.; Lc 6, 23; Mt 10, 29-31). Por la presencia de Dios en Jesús, el mismo amor con que Jesús ama a los hombres, hasta el extremo (cf. Jn 13, 1), hasta dar la vida por sus amigos (Jn 15, 13), revela el amor de Dios (cf. Jn 17, 23-26; 15, 9). Así el amor hace maravillas imposibles, le lleva a entregarse a ellos en alimento (cf. Jn 6), hace de ellos con él y entre sí uno solo (cf. Jn 17), los convierte en morada deliciosa donde fija su residencia el Dios Tres (cf. Jn 14, 23; Rom 8, 9-39; 1 Cor 3, 16-17; 6, 19; Ef 2, 20-22; 3, 17). Jesús revela, pues, a Dios, como entrega en plenitud, como EL AMOR (cf. 1 Jn 4, 8. 17).

* * *

Como mensajero último de Dios, como nuevo Moisés, Jesús, con su conducta, con sus palabras, revela el *misterio del hombre*, lo que el hombre es en la consideración de Dios.

Conoce y reafirma la superioridad del hombre sobre todo lo creado (cf. Mt 10, 29-31; Lc 12, 16-21). Todo está a su servicio, incluso la misma ley, que ha sido creada para el hombre (cf. Mc 2, 25-38; 7, 1-23). Revela además la igualdad radical de todos los hombres, pues con su palabra, pero sobre todo con su conducta, rompe todas las barreras que se habían instaurado dentro del mismo pueblo de Dios. Para él todos están llamados a la salvación, lo mismo los ricos que los pobres. Estos están más cerca de la salvación, aquéllos están más necesitados de ella (cf. Mc 2, 13-18; Lc 7, 36-50; 15, 1-10; 19, 1-10). Mujeres y hombres se hallan en el mismo plano en orden a la salvación, los niños lo mismo que los adultos (cf. Lc 8, 1-3; Jn 4, 1-27; Mc 10, 13-16). Destruye las barreras religiosas, las más difíciles de superar, estableciendo relación con gentiles (cf. Mc 7, 25-30), con samaritanos (Jn 4), con militares (cf. Mt 8, 5-13), con publicanos (cf. Lc 15, 1-10), con pecadores, hacia los que van sus preferencias (cf. Mc 2, 12-17; Lc 7, 36-50; Mt 9, 12; Lc 5, 31). Revela la suprema dignidad del hombre que consiste en que Dios establece relaciones con él como con un hijo (cf. Mt 6, 9-13; Lc 11, 2-13). Amigos de Dios, hijos en el Hijo, a imagen de la Imagen, que es Cristo, serán expresiones con las que se indicará más tarde esta dignidad del creyente revelada por Jesús (cf. 1 Cor 15, 49; 2 Cor 3, 18; Rom 8,

14-17; Gal 4, 6; Col 1, 15; Jn 14, 9-17; 1, 12-13; 1 Jn 3, 2, 4).

Aun afirmando esta dignidad, Jesús no se engaña sobre la condición presente del hombre. Sabe que se halla en situación de extrema miseria, sometido a múltiples oprobios y a profundas opresiones (cf. Mt 11, 28). Males físicos, males del espíritu, la muerte, el pecado, esclavizan al hombre (cf. Jn 8, 7-9. 34). Está necesitado de salvación. La acción de Jesús manifestará que en él Dios visita al hombre para liberarlo (cf. Lc 4, 18-19; Mt 11, 28). Así se revela el destino del hombre en el designio de Dios. El hombre se halla oprimido por el dolor, la muerte parece cerrarle el camino (cf. Heb 2, 14-15). Pero el dolor tiene, según Jesús, sentido. Y la muerte, salida. El dolor no es castigo del pecado, como pensaban aún muchos entre sus contemporáneos (cf. Jn 9, 1-2). Es signo del imperio del pecado (cf. Jn 13, 16; 5, 14). Hay dolores que son ocasión para que se manifieste en ellos la acción salvadora de Dios (cf. Jn 9, 3). Hay angustias que proceden del servicio al reino y son motivo de gozo, unen a Dios, llevan a él (cf. Mt 5, 10-12; Jn 16, 1-4). Hay dolores y sufrimientos que son condición para el encuentro con Jesús, en quien está la salvación (cf. Mt 16, 24). Todos los dolores y angustias, acogidos en el amor, orientados al servicio de los hermanos, se convierten en camino de salvación, de vida, afianzan al hombre en la comunión con Dios (cf. Mc 10, 45; Jn 12, 24).

La muerte no cierra definitivamente la existencia del hombre. Lo afirma él expresamente contra las tendencias materialistas de los saduceos: «Dios no es *Dios de muertos, sino de vivos» (Mt 22, 31-32).* Lo presupone cuando exhorta a atesorar en el cielo (cf. Mt 6, 19-21; Lc 12, 13-21), a no temer a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (cf. Mt 10, 28), a preferir perder la vida para ganarla (cf. Mc 8, 34-38; Lc 12, 1-12), cuando alude al destino definitivo con ocasión del juicio (cf. Mt 25, 31-46). El hombre, pues, para Jesús de Nazaret, no es un ser para la muerte, sino para la vida, una vida imperecedera, eterna (cf. Jn 10, 10; 3, 15. 16. 36; 6, 40. 47. 55). Este destino de vida eterna se describe con multitud de imágenes —la entrada en la región de la luz, en la paz, en el descanso de Dios, en el seno de Abrahán, en el banquete, en el gozo del Señor, en la herencia, en el paraíso, en la gloria—. Con todas ellas se quiere dar a entender

una realidad única: la comunión de vida con Dios. «Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Jn 17, 3).

Este destino de vida lo recibe el hombre como un don (cf. Mt 20, 1-16; 22, 1-10), si bien se halla condicionado también a la actitud del hombre ante ese don (cf. Mt 25, 1-13. 14-29. 32-46; Lc 16, 19-31). Signos y garantía definitiva de esta apertura de la muerte hacia un nuevo modo de existencia lo constituye el mismo Jesús, que, aunque murió y fue sepultado, no está ya entre los muertos, sino que vive (cf. Lc 24, 5-6), ha resucitado, y precisamente como primicia de los que mueren (cf. 1 Cor 15, 12-22). La palabra de Jesús es clara a este respecto: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre» (Jn 11, 26).

* * *

Como mensajero escatológico de Dios, como nuevo Moisés, Jesús revela *la nueva Tora,* las exigencias que la entrada en el reino supone para los hombres (cf. Mt 5-7 par.). En la nueva situación del hombre creada con la instauración del reinado de Dios en Jesús, las exigencias de Dios se interiorizan. Queda comprometida la intimidad misma del hombre, el corazón, allí donde se fragua y de donde procede todo el mal (cf. Mt 15, 18-19). Queda comprometido el hombre en todos los aspectos de su existencia, especialmente en el orden de las relaciones con los hombres, sus hermanos, en los que se traduce y se hace visible la actitud verdadera para con Dios (cf. Mt 24; 1 Jn 4, 20-21; Sant 2, 14-23; 3, 9; 4, 1). Así queda afectado el saludo (cf. Mt 5, 47; Lc 14, 7-11), las palabras (cf. Mt 5, 21; 7, 1 s.; 12, 33-37), el uso de los bienes (cf. Mc 10, 21), la actitud ante la mujer (cf. Jn 4, 27; Mt 5, 27; Mc 10, 11-12), ante los niños (Mc 10, 14). Con todo ello queda claro que la exigencia fundamental del reino es el amor. El amor a Dios con todo el corazón y su signo manifestativo que es el amor al hermano (cf. 1 Jn 4, 20-21; Mc 12, 28-34; Mt 7, 12). Este amor se traduce en sentimientos, en palabras, en acciones (cf. Mt 5, 42; Mc 10, 42-45; Mt 25, 31-46). Se traduce en el perdón y en la misericordia para todos, y especialmente para los enemigos (cf. Mt 5, 38-48; Lc 10, 30-37), para los pobres (cf. Lc 14, 12-14).

Esta nueva exigencia tiene un motivo nuevo: la intervención de Dios en favor del hombre, la revelación de su misericordia y de su perdón. En Jesús, en efecto, ha aparecido la benevolencia de Dios (cf. Tit 2, 11). En él se manifiesta su actitud de gracia, de perdón, de misericordia, de amor a los hombres. Y éste es el motivo de las exigencias para el hombre. Por haber experimentado él la gracia salvadora de Dios, su misericordia, su perdón, debe el hombre responder con perdón, con misericordia, con amor para con sus hermanos (cf. Lc 6, 36; 7, 36-50; 19, 1-10; Mt 18, 23-25; Jn 13, 34-35; 15, 12-17; 1 Jn 2, 8).

La ley de la nueva alianza, por ser el amor, ha sido introducido en el corazón de los creyentes, y se identifica con el mismo Espíritu de Dios que habita en sus corazones (cf. Rom 8; 2 Cor 3, 1-3; Ez 11, 19; 18, 31; 36, 26 s.). Esta escritura en el corazón lleva consigo el conocimiento íntimo de Dios, que es entrega a él (cf. Jer 31, 32-34; Jn 14, 16-17; 16, 13-15; 1 Jn 2, 3; 2 Cor 3, 3). El Espíritu, alma del creyente, sugiere al discípulo en cada momento la respuesta adecuada, según la propia situación, al amor manifestado de parte de Dios. Así, la ley, interiorizada, se hace más exigente. Pero se hace también mucho más sencilla. Y mucho más llevadera (cf. Mt 11, 30; 1 Jn 5, 3). Porque el Espíritu, que es toda la Ley nueva, es luz que ilumina, fuego que vivifica, aliento que estimula, cariño que espolea.

Al revelar el misterio de Dios, al desvelar el misterio del hombre, Jesús realiza la salvación de los hombres de una manera real. La salvación, en efecto, consiste en conocerse a sí mismo, el sentido de la propia vida, en tener seguridad y garantía de encontrar salida a la existencia, de hallar modo de superar hasta la misma muerte. Y está en conocer a Dios, y a su enviado, Jesucristo (cf. Jn 17, 1-3. 14-19. 22-26). Ellos son el sentido del hombre. Ellos son la salida personal a la muerte.

2. La actividad de Jesús, signo de salvación.

Jesús de Nazaret pasa por el mundo «haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo» (Hech 10, 38). En los resúmenes de su vida pública, a la actividad de la enseñanza se añade la de la proclamación de la buena noticia del reino y la de «sanar toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mt 4, 23; cf. 9, 35-36; Mc 1, 39; 3, 7-8). Con palabras tomadas de Isaías lo resumirá Lucas: «anunciar a los pobres la buena nueva, proclamar la liberación a los cautivos, dar la vista a los ciegos, dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (cf. Lc 4, 18-19. 21-22 = Is 61, 1-2).

El hombre se encuentra sujeto a múltiples opresiones, externas e interiores, personales o sociales. La opresión del trabajo, con la angustia por ganar el pan (cf. Gen 3, 17-19), las presiones ejercidas sobre él por la sociedad en que vive. La opresión del dolor, de la enfermedad y, en último término, la esclavitud que procede de la certeza y del temor a la muerte (cf. Heb 2, 15). Existen opresiones más íntimas, más dolorosas aún. La envidia, los celos, el odio, las discordias, las rencillas, las divisiones, la traición (cf. Gal 5, 17-21; Col 3, 5-9). Es la esclavitud del pecado (cf. Jn 8, 34), pues éste se le impone al hombre aun en contra y por encima de su anhelo de obrar el bien (cf. Rom 7, 14-24). Una opresión de la que nadie ni nunca se ve libre (cf. Jn 8, 7-9; Rom 1, 18 - 3, 20). La mirada de fe descubre que, en realidad, el pecado es el que origina en el mundo todas las opresiones, todas ellas son signos y efectos de su instalación en el corazón del hombre, incluso la misma muerte (cf. Rom 5, 12. 13-20. 23; 1 Cor 15, 56; cf. Gen 3, 19; Sab 1, 13-16; Sant 1, 15). Como instigador del pecado aparece siempre el tentador (cf. Gen 3, 1-5; 1 Pe 5, 8), el enemigo del reinado de Dios (cf. Mt 13, 16; 1 Jn 3, 8), que tiende constantemente asechanzas al hombre (cf. 1 Tim 3, 7; Ef 6, 9-11) y lo esclaviza (cf. Mc 1, 34. 39; Mt 9, 33; Lc 13, 16; 1 Jn 3, 8). Por todo esto es calificado como el introductor de la muerte (cf. Sab 2, 24), como el homicida (cf. Jn 8, 44), el emperador de la muerte (cf. Heb 2, 14). El reinado de Dios presupone la victoria sobre todos estos enemigos. Sólo así Dios puede enseñorearse del corazón del hombre. Sólo así puede abrirle las puertas al disfrute de los bienes de la salvación y comunicárselos (cf. Gal 5, 22-26).

El paso de Jesús por el mundo trae consigo la liberación de enfermedades. «Aun aplicando los métodos críticos más rigurosos y a pesar de la correspondiente contracción de la materia, queda de manifiesto un núcleo de tradición que está sólidamente vinculado con

los acontecimientos de la actividad de Jesús...» «Jesús realizó curaciones que fueron asombrosas para sus contemporáneos. Se trata primariamente de la curación de padecimientos psicógenos, principalmente de los que los textos califican de «expulsiones de demonios» (cf. Mc 1, 23-27. 32-34. 39; 3, 11 s. 14 s. 22-27; 5, 1-20; 6, 7. 13; 7, 24-30; 9, 14-29. 38-40) realizadas por Jesús con una breve orden; pero se trata también de la curación de leprosos (en el sentido amplio en que entonces se entendía esta palabra), de paralíticos y de ciegos (cf. Mc 1, 29-31. 40-44; 10, 46-52; Mt 11, 20-22). (J. Jeremías, *Teología del Nuevo Testamento*, I, Sígueme, Salamanca, 1974, pp. 113, 115.) Esta actividad sanadora de Jesús no es un mero alarde de poder, aun cuando se reconozca como manifestación del poder de Dios que actúa en él (cf. Mt 12, 28), ni es mero fruto de su compasión para el dolor de los hombres. Es signo de que el fuerte ha vencido (cf. Mt 12, 29), de que el reinado de Dios ha comenzado a establecerse ya en el mundo (cf. Mc 1, 15; Lc 7, 21-23), de que él es quien carga con nuestras enfermedades y dolencias para librarnos de ellas (cf. Mt 4, 7. 16-17; cf. Is 53, 4), de que la salvación está entrando en las moradas de los hombres (cf. Lc 19, 9; 10, 23-24; 11, 29-32; 4, 16-21).

Estas sanaciones son signos, al propio tiempo, de que el pecado ha comenzado a ser vencido (cf. Mt 9, 1-8 par.; Jn 5, 14). El mismo Jesús es el testigo de que Dios se halla dispuesto a perdonar el pecado de los hombres. En él se hace presente el perdón de Dios (cf. Mc 2, 1-12; Lc 7, 36-50; Jn 8, 10-11). A la victoria sobre el pecado se añade la victoria sobre el maligno. Jesús le vence rechazando su tentación a lo largo de toda su vida (cf. Mc 1, 23-28). El lo ata (cf. Mc 3, 22-27; Lc 11, 21), rompe las cadenas con que tenía esclavizados a los hombres (cf. Lc 13, 16), comienza la aniquilación de su imperio (cf. Mc 1, 24; Lc 11, 20).

En todo esto se halla ya en acción la salvación de la misma muerte. Como signo también de esta acción salvífica de Jesús, el Evangelio nos presenta algunas resurrecciones de muertos (cf. Lc 7, 11-17. 22; Mc 5, 35-43 par.). En Jesús, la vida está en acción, y la muerte se halla ya en retirada. El es la resurrección y la vida (cf. Jn 11).

3. La Pascua de Jesús, cumplimiento de la salvación.

La salvación, que se hace presente en la actividad de Jesús durante su vida, se realiza en plenitud en el misterio de su Pascua. El misterio de la Pascua de Jesús comprende, en unidad indisoluble, los acontecimientos de su pasión y muerte, así como los de su resurrección y exaltación y el envío del Espíritu Santo (cf. Fil 2, 6-11; Lc 24, 44-52; Hech 2, 22-36; 4, 8-12).

a) *Carácter pascual de la muerte de Jesús.*

A Jesús la muerte no le cogió de sorpresa. Decía palabras y realizaba acciones que eran castigadas con la pena de muerte (cf. Mc 2, 7. 23-28; 14, 65; Mt 12, 24; Lc 13, 10-17. 33; 14, 1-6; 23, 35; Jn 2, 17; 5, 1-18; 9, 1-41). De hecho tuvo certeza de que moriría de muerte violenta (cf. Mc 8, 31; 9, 12. 31; 10, 33; Lc 17, 25; 24, 7). Pero esta muerte violenta Jesús la asume con plena libertad. El asume y acepta la misión de siervo de Yavé (cf. Mt 3, 16-17; 12, 18-21), en la que se incluía, además de la tarea profética (cf. Is 42, 1-4), la de ser luz y salvación a través de su propia muerte «por muchos» (cf. Is 42, 5-9; 49, 1-6; 50, 4-9; 52, 13 - 53, 12), una muerte expiatoria y sustitutiva (cf. Is 53, 4. 8-10). Esta conciencia de Jesús aparece en muchas ocasiones y en numerosas palabras que ofrecen todas las garantías de que proceden del mismo Jesús como aquellas en que es interpretada la última cena como entrega de su cuerpo y de su sangre como sacrificio que instaura la nueva alianza (cf. Mc 14, 22-25; Mt 26, 26-29; Lc 22, 15-20; 1 Cor 11, 23-25; Jn 6, 51), cuando afirma que se entrega por muchos como rescate (cf. Mc 10,45 = Is 53, 12; cf. 1 Tim 2, 6), que ha llegado el tiempo escatológico de la espada, es decir, del juicio para sus condenadores (cf. Lc 22, 35-38 = Is 53, 12); cuando habla del sufrimiento y del desprecio del hijo del hombre (cf. Mc 9, 12-13 = Is 53, 3); cuando afirma que será «entregado» (cf. Mc 9, 31 par.; 14, 41 par.; Lc 24, 7; cf. Rom 4, 25 = Is 53, 12); cuando habla del pastor herido (cf. Mc 14, 27 = Zac 13, 7-9; Jn 10, 1-18 = Is 53, 10); cuando intercede por los culpables (cf. Lc 22, 16-18; Mc 14, 25 = Is 53, 12). Jesús acepta su muerte, pues, voluntariamente, como designio de Dios para él (cf. Is 53, 6, 10). Aun siendo inocente (v. 9), la sopor-

ta con paciencia (v. 7), como expiación por el pecado de la multitud (cf. vv. 4 s.). San Juan se siente autorizado, con estos datos de la tradición, para poner en labios de Jesús palabras mucho más claras: «El Padre me ama porque doy mi vida..., nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; ésta es la orden que he recibido de mi padre» (Jn 10, 17-18; cf. 7, 30. 44; 8, 20; 10, 39; 14, 30; 19, 11; 12, 27; 13, 1-3; 17, 19; 18, 4-6; 19, 28).

La muerte de Jesús tiene carácter pascual. En realidad se trata de su «pascua» personal, de su paso de este mundo al Padre (cf. Jn 13, 1-3), se trata de su sacrificio, de su inmolación expiatoria, como cordero pascual (cf. 1 Cor 5, 7; Jn 19, 36 = Num 9, 12; Jn 1, 29. 36; cf. Ex 24, 8; Jer 31, 31-34). En este momento supremo, Jesús cumple en plenitud la misión que se le había encomendado. La cumple en el amor a los hombres y al Padre. En este momento supremo, en ésta, que es «su hora» (cf. Jn 13, 1; 7, 30; 8, 20), Jesús lo ha «cumplido todo» (Jn 19, 30). En ella realiza plenamente la salvación de los hombres.

b) *Carácter liberador de la Pascua.*

A primera vista, la pasión y muerte de Jesús parece el fracaso total, la derrota absoluta de aquel hombre que había puesto su confianza en sólo Dios. Así parecen entenderlo sus enemigos y verdugos, cuando, viéndole amarrado a la cruz, y oyendo sus gritos de angustia, se burlan de él: «A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Ha puesto su confianza en Dios, que lo salve ahora, si es que tanto lo quiere» (Mt 27, 42-43). «Deja, vamos a ver si viene Elías a salvarle» (Mt 27, 49). Todo parece indicar que el enemigo ha obtenido la victoria total sobre él, lanzándolo al abismo de la muerte. El pecado, el odio, la intriga parecen haber prevalecido sobre el inocente. El enemigo ha puesto en juego todos sus recursos, ha utilizado todas sus armas: el odio de los dirigentes del pueblo (cf. Lc 22, 2); la traición de uno de los discípulos (Lc 22, 3-6); la criba de todos ellos (cf. Lc 22, 31), que lleva al primero de ellos a la negación, y a todos, al abandono (cf. Lc 22, 31-34. 54-60 par.; Mc 14, 50); el rechazo del pueblo, que lo pospone a un vulgar salteador (cf. Mc 14, 11; Lc 23,

18-19); la reconciliación de Herodes y Poncio Pilato, dándose así la mano judíos y romanos (cf. Lc 23, 7-12; Hech 4, 25-28). Todo parece indicar que realmente ésta es la hora del poder de las tinieblas (cf. Lc 22, 53). Hasta Dios mismo parece haberlo abandonado dejándolo a su propia suerte (cf. Mt 27, 42-43). El mismo grito de Jesús en la cruz parece indicarlo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34). Y hasta el género de muerte, la cruz, a manos de gentiles, fuera de la ciudad, entre malhechores, parece ser signo de ese abandono de Dios, de su maldición. «Maldito el que pende de un madero» (cf. Dt 21, 23; Gal 3, 13).

Jesús parece, pues, haber llegado a un callejón sin salida. Abandonado de todos, abandonado y maldito de Dios, en quien había puesto su confianza, a quien se había sometido siempre, cuyo servicio había sido su alimento (cf. Jn 4, 32-34), odiado por aquellos mismos a quienes él había amado hasta el extremo. La muerte parecía constituir para él, como para todos, el fin. La losa que cierra su sepulcro parece ser el sello definitivo del fracaso de su aventura. Los enemigos podían celebrar la fiesta en paz. Se lo habían quitado de encima.

Pero pronto se ve que no es así. Bien pronto, al tercer día, algunas mujeres y discípulos encuentran la losa corrida, el sepulcro abierto y vacío (cf. Mc 16, 3-4; Lc 24, 3; Jn 20, 3-10). Bien pronto, unos y otros, mujeres o discípulos, individualmente o en grupos, lo ven, lo sienten como alguien real, vivo, actuante, presente. El que había muerto vive (cf. 1 Cor 15, 1-8; Lc 24, 36-43; Mt 28, 16-17; Jn 20, 24-29). Es la misma persona que antes, con sus rasgos o gestos característicos que lo dan a conocer (cf. Lc 24, 30-31). No es un fruto de su fantasía, sino una persona que, aunque se hace presente en lo interior, es distinta de cada uno de ellos, es real, palpable (cf. Lc 24, 38; Jn 20, 27), con las señales de la pasión sufrida (cf. Lc 24, 40; Jn 20, 24. 27). Es el mismo Jesús de Nazaret, pero en una situación nueva. Es un ser transformado, renovado (cf. Jn 20, 19. 21. 26; Lc 24, 31). Ante cada uno adopta un aire peculiar, adaptado al modo de ser de la persona, haciéndose reconocer por detalles íntimos, se diría que por detalles del espíritu (cf. Jn 20, 16; Lc 24, 30-31; Jn 21, 6-7). Ante estas experiencias repetidas, numerosas, ciertas con la certeza que da la vivencia más profunda, los discí-

pulos, nada preparados para ello, adquieren la convicción de que ciertamente Jesús ha resucitado. Esto quiere decir que la muerte no ha sido el final de la aventura de Jesús. La losa corrida, el sepulcro abierto y vacío (cf. Mc 16, 3-4; Lc 24, 3; Jn 20, 3-10) son todo un símbolo: la muerte ya tiene salida, se ha abierto camino en el abismo de la muerte. Dios no ha fallado a su siervo, no le ha abandonado, no ha dejado que conociera la corrupción, le ha salvado. La resurrección aparece así como el sello puesto por Dios a la obra de Jesús, la respuesta divina a la confianza y entrega del siervo. Así se muestra la victoria de Dios, y del siervo, sobre todos los enemigos. Así aparece la salvación consumada del hombre por obra de Dios.

El misterio pascual significa la victoria definitiva sobre la muerte. Como acontecimiento de la existencia humana, por cuanto manifiesta que la vida continúa. De una manera nueva, inimaginable, en una situación totalmente distinta, transformadas las condiciones normales, pero continúa. En una vida sin final, en una situación definitiva, sin cambio posterior. «Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte ya no tiene dominio sobre él» (cf. Rom 6, 9). «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24, 5-6). «La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria?... Gracias sean dadas a Dios que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo...» (1 Cor 15, 54-57).

Como acontecimiento de la historia de la salvación también la muerte ha sido vencida, también han sido rotas sus ataduras (cf. Hech 2, 24). En esta perspectiva, en efecto, la muerte es signo de la condición de pecado, del apartamiento de Dios en que se encuentra la humanidad (cf. Rom 5, 12; 6, 23). La muerte sería la consumación de la ruptura entre Dios y el hombre que se inicia con el pecado, sería el establecimiento definitivo en el alejamiento de Dios. Jesús vive esta condición carnal del hombre hasta sus últimas consecuencias (cf. Heb 2, 14-16; 4, 15). La vive no por necesidad, porque no conoce el pecado (cf. Heb 7, 26; 1 Jn 3, 5; 1 Pe 2, 22; 2 Cor 5, 21), sino por solidaridad con los hombres y por obediencia al designio del Padre (cf. 2 Cor 5, 21; Rom 8, 3; Fil 2, 6-8). Y la vive precisamente en esta dimensión de lejanía de Dios, de abandono suyo (cf. Mc 15, 34; Gal 5, 17; 1 Cor 15, 50; 2 Cor 5, 6). Ha descendido realmente a los infiernos,

hasta lo más profundo de la condición humana. Pero no ha quedado aprisionado en los infiernos, no ha quedado encerrado en el reino de la muerte. Por haberse humillado hasta ese extremo, por haber bajado hasta tal abismo, por haber obedecido hasta la muerte y muerte de cruz, por haber amado al Padre hasta ese extremo y a los hombres hasta el punto de dar su vida por ellos, el Padre ha intervenido, le ha levantado del abismo, le ha exaltado sobre todos los seres. Y lo ha situado en su cercanía, sentado a su derecha, introducido en su propio seno, para siempre, definitivamente, Así ha sido derrotada la muerte.

Pero en este camino queda también vencido y derrotado el pecado, y su instigador. Jesús condena el pecado en la carne (cf. Rom 8, 3). La muerte de Jesús, que es una humillación, fruto de su obediencia, de su amor al Padre y a los suyos (cf. Jn 13, 1-3; 14, 31; 15, 9; Gal 2, 20; Ef 5, 2; Apoc 1, 5), no establece, como vimos, a Jesús en el alejamiento de Dios. Hasta en el último momento, Jesús encomienda al Padre su espíritu (cf. Lc 23, 46), con una infinita confianza, seguro que hasta de la muerte puede él salvarle (cf. Heb 5, 7). Se arroja en las manos de Dios, y en realidad él no lo abandona, es escuchado por su reverencial temor (cf. Heb 5, 7-8). Con su muerte consuma la renuncia a sí mismo, realiza en perfección el éxodo de sí mismo para ponerse en las manos de Dios y dejarse conducir por él. Pero a esta confianza Dios responde acogiéndolo en su seno (cf. Heb 9, 11-12. 24-25), sentándolo a su derecha (cf. Hech 2, 33-35; Heb 2, 9). Así queda vencido, por la obediencia y el amor llevados hasta el final, el pecado. Queda vencido, derrotado, atado, echado fuera, juzgado, el príncipe de este mundo (cf. Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11). Porque con todos sus ardides no logró apartar a Jesús del camino que el Padre le había indicado, no consiguió inducirle a pretender «ser como Dios», la tentación original. «Pues como los hijos participan en la sangre y en la carne, de igual manera él participó de las mismas para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a aquellos que, por el temor a la muerte, estaban toda la vida sujetos a servidumbre» (Heb 2, 14-15).

Cristo, por su resurrección, es, pues, el primer liberado de la opresión del pecado, de la muerte, del enemigo. Su muerte ha sido en realidad su «paso» de este

mundo al Padre, su Pascua, su éxodo del mundo carnal al mundo del espíritu, su entrada en el descanso de Dios, en la herencia prometida. Así se consuma en él la salvación.

c) *La Pascua de Jesús, la salvación plena.*

Jesús ha sido liberado de la condición de esclavo que había asumido. Esa liberación es la condición previa necesaria para el establecimiento en una nueva situación de existencia. Esta nueva situación resulta misteriosa. Puede ser descrita bajo distintos aspectos. Aludiremos sólo a algunos.

Cristo, la nueva criatura. — La resurrección, realizada por el poder de Dios, constituye en realidad una nueva creación. El Espíritu de Dios, que había actuado la creación primera (cf. Gen 1, 2), realiza también esta segunda creación. El Espíritu unge a Jesús (Hech 10, 38), una unción íntima, que transforma su modo de existencia. Gracias a esta unción por el Espíritu, Cristo se convierte en la verdadera imagen de Dios (cf. 1 Cor 11, 7; 2 Cor 4, 4). Es el hombre nuevo, el último, el definitivo, el escatológico (cf. Rom 5, 12-19; 1 Cor 15, 20-28. 44-49). Es constituido Hijo de Dios con poder (cf. Rom 1, 4). El Espíritu realiza en él una acción de vivificación (cf. Rom 8, 11; Jn 6, 63), de regeneración (cf. Jn 3, 5-6). Por el Espíritu, Cristo ha sido hecho ser espiritual (cf. 1 Cor 15, 45). El Espíritu transforma las condiciones de su existencia. Ya no es el hombre carnal, en la debilidad y miseria de la carne. Ahora es el Espíritu quien anima esta existencia, quien lo guía, lo invade, lo penetra. Su existencia ya no se halla sometida a la debilidad, a la esclavitud, a la muerte, sino que es fuerza, poder, vida. Ha sido hecho «Espíritu» (cf. 2 Cor 3, 7). Con Jesús comienza, pues, una humanidad nueva, animada no sólo por el principio natural, el ánima, la «psyche», sino por el mismo Espíritu de Dios. Como hombre nuevo, él renueva a los hombres. Como hombre espiritualizado, él difunde el Espíritu y espiritualiza a los hombres (cf. Ef 2, 15; 4, 24; 2 Cor 5, 17; Col 1, 15-20; Gal 6, 15; Rom 6, 1-11; 8, 1-27; Jn 7, 39; 19, 30; 20, 22).

Cristo exaltado y constituido Señor. — El misterio pascual se describe con frecuencia con la simbología de la ascención (cf. Lc 24, 50-51; Hech 1, 2. 11. 22; Mc 16, 19; Jn 3, 13-14; 6, 62; 8, 28; 12, 32-34; 20, 17; Ef 4, 8-10). Jesús, al tomar la forma de hombre, ha descendido de su situación original celeste (cf. Jn 3, 13), de junto a Dios (cf. Jn 1, 1-2). Se ha humillado hasta el extremo, hasta descender a los infiernos, a las partes inferiores de la tierra, al límite extremo de la condición humana, que es la muerte, el «sheol» (cf. Ef 4, 9; Fil 2, 8). A esta humillación de Jesús responde Dios con la resurrección. Dios le hace recorrer el camino a la inversa, retorna a su situación original, llevándose cautiva la cautividad (cf. Ef 4, 8). Dios lo corona de gloria y dignidad (cf. Heb 2, 9), lo exalta, lo encumbra sobre todos los cielos, le da el poder y el señorío sobre todos sus enemigos (cf. Ef 1, 20-23; Col 1, 13-20), lo establece junto a sí, lo sienta a su derecha, lo iguala en el poder con El, como co-reinante sobre los hombres y el universo (cf. Mt 28, 18), lo constituye Mesías y Señor (cf. Hech 2, 29. 31-36; 5, 30-31; 7, 55-56; Rom 8, 34; Ef 1, 20; Heb 1, 1-14; 8, 1; 10, 12; 12, 2; Col 3, 1; Fil 2, 6-11), lo somete todo bajo sus pies (cf. 1 Cor 15, 25; Fil 3, 21; Heb 2, 5-9). Le da el poder de ser juez de todos (cf. Hech 10, 42; Jn 5, 2-30; 9, 39).

La exaltación se describe también como una glorificación (cf. Jn 13, 31-32). La glorificación consiste en el hecho de que el hijo del hombre que había renunciado a la gloria que como a Dios le correspondía, recibe ahora esa gloria en plenitud (cf. Jn 17, 1-5), la gloria de ser Hijo de Dios, la gloria de su condición divina. Esta gloria penetra ahora todo su ser, incluso su ser carnal, transformado por el Espíritu. Así responde Dios a la actitud de despojo de su condición divina de Hijo (cf. Hech 3, 13-15; 4, 11; Fil 2, 6-11; Lc 24, 26; Heb 2, 9).

Se describe también como una entronización como rey del universo. Dios lo ha «puesto por encima de todo principado, potestad, poder o dominación, y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero» (Ef 1, 21-22). Le ha otorgado un nombre sobre todo nombre, «para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre» (Fil 2, 9-11). Así se afirma el alcance incluso cósmico del señorío de

Jesús. No sólo sobre los hombres, sino sobre todo género de criaturas, sobre el universo entero. De esta manera, y por la línea de la igualdad con Dios en el poder, se afirma la divinidad de Jesús, que es uno con el Padre, igual a él (cf. Jn 5, 19-47; 20, 28; Rom 8, 34; 10, 9; 1 Cor 12, 3; 15, 25; 1 Pe 3, 22; Col 3, 1).

Cristo, constituido Hijo de Dios con poder (Rom 1, 4).—Jesús es el Hijo de Dios. Lo es desde siempre y lo ha sido durante toda su vida terrena (cf. Jn 1, 1. 14. 18; 3, 13; Col 1, 13-17; Rom 8, 3; Gal 4, 4; Heb 1, 2; 5, 8). Este carácter y conciencia aparece claramente, como ya vimos, en la oración característica de Jesús: 'Abba', Pero la filiación divina de Jesús no se manifiesta, no puede manifestarse. En su condición terrena, carnal, lo que aparece y se manifiesta es su condición de hijo del hombre en la debilidad de la carne (cf. Rom 1, 3; 8, 3; Heb 2, 5-18; 5, 15; Gal 4, 4; Fil 2, 6-8; Lc 9, 58).

Por la resurrección, por la unción con el Espíritu, Jesús es liberado del obstáculo que impedía la plena manifestación de lo que es. De tal manera es transformado por la unción y acción del Espíritu que es, en realidad constituido Hijo de Dios con poder (cf. Rom 1, 4). Su misma naturaleza humana, su misma condición existencial, se hace espiritual, con capacidad y aptitud para ser inundada por el esplendor de la gloria de Hijo. La resurrección proclama, pues, a Jesús como el Hijo de Dios, una proclamación que importa una verdadera adquisición de la condición divina hasta en su misma condición y naturaleza humana (cf. Hech 13, 32-34; 1, 5-6; 5, 5; 3, 13; Heb 1, 5-14).

Como Hijo, Cristo ha sido constituido heredero de todo (cf. Heb 1, 3; Gal 4, 7; Rom 8, 7). Las promesas hechas anteriormente a Abrahán, a la humanidad entera, y reanudadas a lo largo de toda la historia salvífica, tienen su cumplimiento en Jesús resucitado. A él, como herencia, le han sido dados Israel, las naciones, el cosmos.

* * *

La Pascua de Jesús es, pues, la realización plena de la salvación. Cristo ha sido salvado ya en plenitud. Pero esta salvación no es para él solo. El nos lleva consigo. Ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que duermen (cf. 1 Cor 15, 20-23). Ha entrado en el descanso de Dios como «guía de la salvación» (Heb 2, 10; cf. Hech 5, 31), como el Hijo del hombre, como el Hombre. Nos lleva a todos consigo.

Con él han llegado los tiempos finales. Pero no ha sido aún el fin. La historia de la salvación continúa. Conoce una nueva dilación, un tiempo de espera, de paciencia (cf. 1 Pe 3, 20; 2 Pe 3, 9). Esta dilación la ocupa ahora el tiempo de la Iglesia. Por ella y en ella, por encargo de Cristo, se va a hacer presente al mundo y a los hombres la salvación adquirida por Cristo. Así, todos los hombres, en todos los tiempos, tienen posibilidad de acceso a la salvación. Hasta que llegue el momento, escondido en el misterio de Dios, de la nueva venida en gloria de Cristo, cuando se consumará en los hombres y en el mundo aquello que Cristo adquirió para sí, y que, a través de la Iglesia, va germinando en la historia.

IV

LA IGLESIA, SACRAMENTO DE LA SALVACION

La nueva dilación que la historia de la salvación conoce entre la Pascua de Cristo y la parusía o su retorno en gloria, lo ocupa la comunidad de salvación, la convocación santa (cf. Rom 1, 1), la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios, el cuerpo de Cristo, puesto en el mundo como congregación visible de los salvados, y como signo de la salvación obtenida.

La perspectiva de la historia de la salvación pediría exponer la trayectoria salvífica que esta comunidad ha realizado a lo largo de los siglos, desde su fundación hasta nuestros días. Una tarea imposible. Nos limitamos a lo que podemos llamar la «etapa constituyente», aquella que ha sido recogida en el nuevo testamento, y que, como tal, constituye norma de ser y del actuar de la iglesia en todos los tiempos, al propio tiempo que es luz para interpretar todo el resto de su historia. Enumeraremos algunos de los hechos que el nuevo testamento ofrece como fundamentales. Por ellos conoceremos la figura de la Iglesia, su aparecer ante los hombres, y a través de ellos podremos descubrir la intervención de Dios en ella, y la tarea salvífica que Dios realiza a través de ella en favor de los hombres.

I. VIDA Y FIGURA DE LA IGLESIA

Jesús tiene conciencia de que antes de la instauración gloriosa del reino de Dios tiene que pasar un tiempo, hay un período de siembra, de germinación y de crecimiento del reino antes de que llegue la siega (cf. Mc 4, 26-29; Mt 13, 24-31). Toda su actividad puede decirse que tiende a congregar en torno a sí un grupo, una comunidad santa o iglesia (cf. Mt 16, 18),

un rebaño (Mc 14, 27 par.; Jn 10, 1-18), una viña (cf. Mt 21, 33-46), una plantación (cf. Mt 13, 47; 15,13), a recoger a los hombres en una red (cf. Mt 13, 47), a construir el edificio de Dios (cf. Mt 16, 18; cf. Hech 4, 11; Ef 2, 20; 1 Cor 3, 9-11), la ciudad de Dios (cf. Mt 5, 14), a establecer la alianza con los hombres en su sangre (cf. Mc 14, 24 par.), a congregar la familia de Dios (cf. Mc 10, 9 s.; Mt 23, 9; 10, 25; Mc 3, 34 par.), que participa en su banquete (cf. Mc 2, 15-17; 6, 34-42 par.; 8, 1-10; 14, 22-25). Para esta comunidad suya, le entrega él su oración que la va a caracterizar y la distinguirá de las demás (cf. Lc 11, 1 s.).

De hecho existe desde el comienzo en torno a él un grupo: primero, de simpatizantes (cf. Jn 1, 35-51); más tarde, de discípulos. De entre ellos Jesús elige a algunos, los doce, que, dejándolo todo, le acompañan y a quienes envía como mensajeros suyos, con especiales poderes (cf. Mc 1, 16-20; 3, 13-15). Con ellos, y otros más, Jesús forma una verdadera comunidad, compartiendo vida, fatigas, angustias, doctrina, poderes (cf. Mc. 8, 31-33; Mt 10; 13, 10-23; Lc 17, 34 s.). Este grupo de discípulos conoce sus crisis, pero algunos se adhieren a él de corazón (cf. Jn 6, 60-69). Con la pasión y muerte de Jesús el grupo se disuelve y parece llamado a desaparecer (cf. Mt 26, 31; Lc 24, 13. 21). Sin embargo, la dispersión no se consuma, pues Jesús resucitado lo vuelve a congregar en torno a sí (cf. Mc 16, 7; Hech 1, 6. 12-15). Reunidos en Jerusalén, con los doce, con María, la Madre de Jesús, dedicados a la oración, reciben una efusión del Espíritu Santo, que los congrega definitivamente, inseparablemente, en torno al Resucitado y entre sí (cf. Hech 2, 1-4). A este grupo inicial, y debido al testimonio de la palabra de los apóstoles, y al poder del Espíritu, que en ellos se manifiesta, se van agregando otros muchos (cf. Hech 2, 41; 4, 4; 5, 14; 6, 1. 7). La agregación se realiza por la fe en Jesús como Cristo y Señor (cf. Hech 2, 36-38; 3, 19-20; 4, 2-3. 8-12; 8, 37) y mediante el bautismo de agua en su nombre (cf. Hech 2, 38), por el que se les concede el perdón de los pecados y se hacen acreedores a la recepción del Espíritu (cf. Hech 2, 38).

La comunidad tiene desde el primer momento una profunda inquietud misionera. «En el templo y en las casas no cesaban de enseñar y anunciar a Cristo Jesús» (Hech 5, 42). Algunos pagan pronto con su vida el celo desplegado (cf. 7, 7-8. 60). Otros, y debido precisamente a la persecución, huyen, y su huída es ocasión para el anuncio del mensaje (Hech 8, 4; 11, 19). Así la expansión numérica se afianza, y se le añade la expansión geográfica. Bien pronto, discípulos de Cristo se encuentran en Siria. Porque el mensaje no conoce de razas ni fronteras (cf. Hech 2, 5-11). A la expansión va a contribuir, como el que más, uno de los perseguidores, Saulo de Tarso, que se ha encontrado con el Señor resucitado cuando iba camino de Damasco con orden de detención para los seguidores de Jesús (cf. Hech 9). En tres viajes misioneros lleva el mensaje a las ciudades más importantes de Asia Menor (cf. Hech 13, 1 14, 27), de Macedonia y de Grecia (cf. Hech 15, 34 - 18, 22; 18, 23 - 21, 16). Bastante pronto también, aunque sin que sepamos cómo, los discípulos del crucificado se hallan en Roma (cf. Rom 1, 1-15; 16, 1-20). Y hasta es muy posible que en los mismos confines del imperio, en la lejana España haya sido anunciada la palabra por el mismo apóstol (cf. Rom 15, 19-24).

La comunidad tampoco conoce fronteras sociales. A ella se agregan desde el primer momento personas importantes: militares (cf. Hech 10; 13, 12), civiles (cf. Hech 8, 26 s.), sacerdotes (cf. Hech 6, 7), Y se agregan también, y puede decirse que, sobre todo, gentes de condición modesta (cf. 1 Cor 1, 20-31). También las fronteras religiosas son superadas. Hay como una especial complacencia en narrar la entrada en el grupo de discípulos de personas excluídas, según la mentalidad de la época, de la comunidad de salvación (cf. Hech 8, 26-38; cf. Lc 14, 13. 21; 15, 7. 10; Jn 4, 1-14). El paso decisivo en este campo lo da Pedro al admitir a los paganos (cf. Hech 10), no sin oposición de algunos, que será en adelante motivo constante de enfrentamiento dentro de la comunidad (cf. Hech 11, 5 s.; 15, 1-35). Pero entre los paganos se mostrará bien pronto que Dios se tenía reservado un pueblo numeroso (cf. Hech 11, 19-26; 13, 44-52...).

* * *

La vida de la primera comunidad se resume así: «Perseveraban en oír la enseñanza de los apóstoles y en la unión, en la fracción del pan y en la oración» (cf. Hech 2, 42. 43-47; 4, 32-33; 5, 12-16).

Acuden a recibir enseñanzas de los apóstoles. Estos gozan de gran autoridad en su calidad de testigos de

la vida y sobre todo de la resurrección de Jesús (cf. Hech 1, 21-22; 4, 33; 5, 32; 10, 39-43; 13, 31). Son considerados como «columnas de la fe» (cf. Gal 2, 6-9). Los creyentes escuchan sus instrucciones sobre la vida de Jesús, sobre su enseñanza, especialmente sobre su pasión, muerte y resurrección. Ellos descubren la conexión de su vida y de su persona con la Escritura. Corroboran las enseñanzas con recuerdos de sus palabras y con narraciones de sus acciones o gestos salvíficos. Adaptan las palabras de Jesús al momento presente de la comunidad. Las reuniones pueden ir acompañadas de la fracción del pan y se pueden prolongar hasta bien entrada la noche (cf. Hech 20, 7-11). Estas enseñanzas de los apóstoles constituyen el sustrato y la base de nuestros evangelios (cf. Lc 1, 1-4). Aunque cada uno tiene su estilo de enseñar, sus características, la enseñanza es sustancialmente la misma. «Sólo hay un cuerpo y un espíritu, como también habéis sido llamados con una misma esperanza, la de vuestra vocación. Sólo un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos» (Ef 4, 4-6). El evangelio es uno solo. La comunidad tiene una sola fe (cf. Gal 1, 6-9; 1 Cor 15, 1 ss.; 1 Cor 11, 23 s.; 1 Cor 3, 10-11).

La unión en la fe crea la comunión plena entre los miembros de la comunidad, comunión de voluntades y de corazones, comunión que lleva hasta la comunidad de bienes materiales (cf. Hech 2, 44-45; 4, 32-37; Fil 1, 27; Gal 2, 9; 1 Jn 1, 3-7). Se reconocen como «hermanos en el Señor» (cf. Hech 9, 17; 1 Cor 6, 6; 15, 6; Fil 4, 1), se ayudan en sus necesidades (cf. Hech 11, 27-30; 2 Cor 8-9; 1 Cor 16, 1-4 Gal 2, 10).

La fracción del pan designa una comida típica de la comunidad. En ella el que preside realiza el gesto que caracteriza la última cena de Jesús: el partir el pan y distribuirlo entre los participantes (cf. Lc 22, 19 s.). La cena se celebra obedeciendo al mandato del Señor, como memorial de la entrega que Cristo hizo de sí mismo, de su cuerpo y de su sangre, en el pan y en el vino, durante la última cena (cf. Lc 22, 19). Por la participación en esta cena la comunidad se sabe integrada en el mismo Cristo, formando un solo cuerpo con él (cf. 1 Cor 10, 16-17), beneficiaria de la salvación obtenida por Jesús con su entrega (cf. 1 Cor 11, 23-32).

En la oración, la comunidad expresa sus relaciones con Dios, sus sentimientos para con él. Al principio participa en la oración judía (cf. Hech 2, 46; 5, 12-13; 3, 1). Pero pronto encuentra ella sus propios modos de expresión, a imitación de la oración peculiar que le entregó Jesús (cf. Mt 6, 9-13), y que brotan de las situaciones más dispares de la vida (cf. Hech 1, 14. 24; 4, 24-31; 6, 6; 12, 5-12; 13, 3; 14, 23). Alternan en ella peticiones (Hech 4, 24-31) con acciones de gracias, con alabanzas (cf. Hech 28, 15; 16, 25). La oración es actividad primordial, ocupa todos los momentos de la existencia (cf. Fil 4, 6; 1 Tes 5, 17; Rom 12, 12; Col 4, 2; Ef 6, 18; 1 Tim 2, 8; 1 Pe 3, 7; 4, 7; Jud 20. 24. 25; Sant 5, 13-18; 1 Jn 5, 13-15). Esta actividad es obra del Espíritu (cf. Rom 8, 26-27. 14-15), y, a su vez, el Espíritu es concedido por la oración (cf. Hech 8, 15-17).

La comunidad experimenta el *pecado* en sus miembros. Ya en vida de Jesús uno le traiciona (cf. Lc 14, 10-11. 43-45), otro le niega (Mc 14, 66-72), todos lo abandonan (Mc 14, 50). Hasta el último momento se muestran ambiciosos (Mc 9, 33-34; 10, 35-45; Hech 1, 6-8). También después de la resurrección y la efusión del Espíritu. Pedro se muestra débil ante los hermanos siendo ocasión de escándalo para los débiles (cf. Gal 2, 11-14). Se dan la ambición y el fraude (cf. Hech 5, 1-11; 8, 18-24). A veces pecados de tal naturaleza que hacen avergonzarse al apóstol (cf. 1 Cor 5, 6; 2 Cor 2, 1-11), o que atentan contra la esencia misma de la comunidad, porque la dividen (cf. 2 Cor 12, 20-21; 1 Cor 1, 11-12; 3, 1-23; Jn 17, 11. 20-23). Hasta en la misma celebración de la comida que expresa y crea la unidad de la comunidad se da el abuso, pues «mientras uno pasa hambre, otro está ebrio» (1 Cor 11, 21; cf. vv. 17-34).

La comunidad cristiana se halla sólidamente organizada desde el primer momento. Al frente de ella se hallan «los doce» (Hech 1, 13. 24-26), que concentran en sí todos los servicios (cf. Hech 6, 2).

Cuando hay que tomar decisiones que afectan a toda la comunidad actúan en grupo, como cuerpo, y en unión con la comunidad entera (cf. Hech 15). Estas decisiones tienen fuerza vinculante, hasta el punto de que se consideran como decisión del mismo Espíritu que guía a la comunidad en toda su vida (cf. Hech 15, 28). En ocasiones actúa Pedro en nombre de todos, como portavoz suyo (cf. Hech 1, 15-22; 10, 1 - 11, 18; 4,

8-12; 5, 1-11. 29-32; Gal 1, 18; 2, 1-10). El, en efecto, había sido designado por Jesús como roca, como fundamento visible de su comunidad (cf. Mt 16, 17-20), como confirmador oficial de la fe de sus hermanos (Lc 22, 31-32), como encargado del rebaño de Jesús (cf. Jn 21, 15-17).

Los poderes de estos dirigentes se extienden a lo doctrinal (Hech 15), a la disciplina de la comunidad (Hech 6; 1 Cor 7-15), a lo cultual (cf. 2 Cor 2, 1-11).

A medida que la comunidad crece van aumentando los servicios, que se encomiendan a otras personas (cf. Hech 6, 1-6). Se constituyen dirigentes en las distintas comunidades que hacen las veces y representan al apóstol (cf. Hech 14, 23; 20, 17; Fil 1, 1), con responsabilidad sobre el anuncio de la palabra, sobre la fidelidad de la doctrina, sobre la vida ordenada de la comunidad (cf. 1 Tim 4, 11. 13; 2 Tim 4, 1-2. 5; Tit 1, 5-9; Heb 13, 7; 1 Pe 5, 1-4).

Esta responsabilidad de la comunidad nadie la asume si no le es encomendada o directamente por el mismo Jesús o indirectamente a través de los primeros elegidos (cf. Hech 6; 1 Tim 4, 14; Tit 1, 5). Se les encomienda la misión, en continuidad con la de los apóstoles, por medio de una imposición de manos (1 Tim 4, 14; 2 Tim 1, 6; Hech 6, 6; 1 Tim 5, 22), con lo que se asegura la continuidad en la misión, y la presencia del Espíritu (Hech 20, 28-32), alma de la comunidad, en orden a la dirección de la misma (cf. 2 Tim 2, 1-2, 6), a salvarla del pecado, del error (cf. 1 Tes 5, 12; 1 Tim 4, 1-16; 6, 3-5; 2, 14; 3, 17; Tit 3, 9-11).

La comunidad conoce desde el primer momento la oposición, *la persecución*. Se diría que es herencia dejada a la comunidad por el mismo fundador, y que forma parte de su misión (cf. Mt 5, 11-12; 10, 24; Jn 15, 20). La cárcel, el castigo, el juicio, la muerte, suelen ser pasos a los que son sometidos los miembros de la comunidad (cf. Hech 4, 1-31: Pedro y Juan; 5, 17-18. 39-40; 6, 7-8. 60; Hech 12, 2 (Santiago); 12, 3-17 (Pedro); Hech 9, 23-35 (Pablo); 16, 16-24 (Pablo y Silas); 18, 12-16; 1 Cor 15, 32; 2 Cor 11, 22-25; 2 Tim 4, 6-8). Hay otra oposición más dolorosa aún, que procede de dentro de la misma comunidad (cf. 1 Jn 2, 18-19). Esta oposición afecta a la integridad del mensaje, cuando se trata de opiniones humanas que se sitúan por encima del mensaje, como interpretación única y exclusiva del mismo. La primera manifestación es la de los judaizantes, que querrían someter a la comunidad a las normas judías (cf. Hech 15; Gal 2, 11-14; 2 Cor 11-12; Gal 2-5). Pronto aparecen errores de diverso tipo, presentes en todas las comunidades, que ponen en peligro la integridad del mensaje, y con él, la existencia misma de la comunidad, y la realización de la salvación (cf. Col 2, 4-15; 1 Tim 4, 1-4; 6, 3-5; 2 Tim 2, 14 - 4, 5; 2 Jn 7; 3 Jn 9-10; 1 Jn 2, 22-27; 4, 1-6; 2 Pe 2, 1. 15-19). Una de las tareas de los dirigentes de las comunidades será precisamente esta vigilancia sobre los errores. Con este servicio de hecho salvan ellos a la comunidad (cf. Hech 20, 28-31; 2 Pe 5, 8-9; 1 Pe 5, 1-3).

* * *

Todos estos hechos nos ofrecen un panorama de la figura que ofrece la Iglesia de Cristo. Vive en el mundo y se halla constituida por hombres que están en el mundo. La forman hombres ordinarios, semejantes a todos los demás. Ninguna de las miserias de la humanidad se halla ausente de ella.

Se presentan como formando grupo, comunidad. Son reconocibles por sus costumbres, por sus prácticas, por sus compromisos, por sus doctrinas. Aunque originariamente empalman con el judaísmo, pronto se separan de él.

Esta comunidad tiene sus responsables, que, como los demás, tienen también ellos sus debilidades, sus pecados, pero a quienes se ha encomendado el cuidado y la defensa de la comunidad.

Si algún rasgo caracteriza a este grupo humano es, con su fe en Jesús el crucificado, como Mesías, Señor, Hijo de Dios, Salvador, su anhelo misionero, que la lleva por los caminos del mundo, derribando a su paso todas las barreras establecidas por los intereses y egoísmos de los hombres, barreras que los enemistan y dividen. Esta expansión provoca la oposición de los poderosos, que ven amenazadas sus posiciones, e intentan destruirla por todos los medios.

II. EL MISTERIO DE LA IGLESIA

La Iglesia, comunidad de hombres, humana y pecadora, lleva en sí el misterio. Los hombres que for-

man la comunidad aparecen transformados. Su miedo se convierte en audacia (cf. Jn 20, 19; Hech 2, 12 s.; 3, 12 s.; 4, 13. 18-20); el sufrimiento constituye para ellos un motivo de gloria y de gozo (cf. Hech 5, 40-41; 20, 22-24); perdonan a sus asesinos (Hech 7, 59-60), de perseguidores se convierten en apóstoles (cf. Gal 1, 13-14; Fil 3, 4-6; Hech 9, 1-2. 20-26). Frente a la tendencia instintiva del hombre, el egoísmo, la división, la comunidad se caracteriza por la unión, por el amor, por la entrega (cf. Hech 4, 32). Forman un solo cuerpo (cf. Ef 4, 4-6), se mueven por el amor a los hermanos, no buscan su propio provecho, ponen en común hasta los mismos bienes materiales (cf. Hech 2, 32. 44-45 par.; Gal 2, 9-10; 1 Jn 1, 3-7). En la comunidad se realizan signos en los que brilla el poder de Dios (cf. Hech 3, 1-10; 5, 15-16. 17-26; 12, 3-19; 13, 6-12; 16, 16-18. 19-40; 20, 7-12; 28, 3-6). Su misma permanencia en medio de la oposición hace pensar en la existencia de un misterio en ella (cf. Hech 5, 34-39).

El misterio consiste en que el origen y la existencia constante de la comunidad constituyen una intervención de Dios. La Iglesia nace, en efecto, por una acción del Espíritu (cf. Hech 2, 1-4). Toda agregación de nuevos miembros viene marcada por esa efusión del Espíritu Santo, que acompaña al bautismo, que es el rito de incorporación a la comunidad (cf. Hech 2, 38-41; 8, 12-17. 38; 9, 17-18; 10, 44-48; 11, 15-17; 13, 52; 16, 15. 33; 18, 8; 19, 1-6). El Espíritu dirige y orienta la expansión de la comunidad (cf. Hech 8, 29; 13, 2-4; 16, 6-9). El la edifica enriqueciéndola con múltiples dones (cf. 1 Cor 12, 4-14), transformando a sus miembros de carnales en espirituales (cf. Rom 8; Gal 5, 22-25; 1 Cor 15). La designación de los responsables se realiza bajo la actuación del Espíritu (cf. Hech 20, 28; 1 Tim 4, 14; 2 Tim 2, 16). El Espíritu de tal manera es el alma de la comunidad que se puede hablar de una cierta identificación (cf. Hech 5, 3-9. 32; 6, 1-10; 15, 28).

La Iglesia experimenta continuamente la presencia y la acción del Resucitado en ella. El la ha congregado (cf. Mc 16, 7). Actúa y se halla presente en la acción de los apóstoles (cf. Hech 3, 1-10; 4, 8-12; 5, 15-16. 17-26; 12, 3-19; 9, 33-34. 36-43; 13, 6-12; 14, 3. 8-10; 20, 7-12; 28, 3-6). También aquí puede hablarse de una verdadera identificación, como lo experimenta Pablo cuando, persiguiendo a los discípulos, se le presenta Jesús y le dice: «Yo soy Jesús a quien tú persigues» (Hech 9, 5), como lo experimentan Ananías y Safira, al comprobar que mentir a Pedro es mentir a Dios (Hech 5, 3-4). El Señor actúa eligiendo a los miembros de su comunidad (cf. Gal 1, 1; Rom 1, 5; Jn 15, 16-19; 1 Cor 1, 27-28; Ef 1, 4; Rom 8, 33). Por el bautismo el creyente se inserta realmente en Cristo (cf. Rom 6, 3-5; Col 2, 12-13). Momento privilegiado de esta presencia y acción del Señor es la oración (cf. Mt 18, 19-20; 4, 31), que es fruto del mismo Espíritu (cf. Rom 8, 26-27). Lo es, sobre todo, la fracción del pan, pues al celebrar la memoria de la muerte del Señor (cf. 1 Cor 11. 26-27) la comunidad en realidad se hace uno con él (cf. 1 Cor 10, 16-17).

También experimenta la acción del Padre. Pues toda la obra y la acción del Hijo y del Espíritu arranca del amor del Padre. El amor del Padre, en efecto, ha puesto en marcha todo el proyecto y lo ha realizado mediante el envío de su Hijo (cf. Jn 3, 16; 4, 9-10) y del Espíritu (Jn 14, 16-17. 26; Ef 1, 3-5; Rom 8, 2-30; 1 Cor 6, 16-18; Rom 5, 5-11; 8, 3-7). El Padre mora también, con el Hijo y el Espíritu, en los creyentes (cf. Jn 14, 23), y los defiende y los guarda (cf. Jn 17, 11-12).

La comunidad, pues, se experimenta a sí misma como una creación de la Trinidad, como «un pueblo reunido por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (San Cipriano, cf. *Lumen Gentium*, 4 b).

Este misterio es el que intentan expresar los diversos nombres con que la comunidad es designada. La comunidad, por su inserción en Cristo, que es el nuevo templo de Dios (cf. Jn 2, 21), es el templo, santuario o casa de Dios, en que él mora (cf. 1 Cor 3, 16-17; 6, 19; 2 Cor 6, 16; Ef 2, 21; Heb 3, 1-6; 2 Cor 5, 1; 1 Tim 1, 15; 1 Pe 2, 5). Es la esposa de Cristo, a quien se entrega con amor, a quien debe ella sometimiento y obediencia y fidelidad (cf. 2 Cor 11, 2; Ef 5, 22-23). Sus miembros son «los santos», porque han sido segregados, elegidos por Dios, destinados a darle el culto en espíritu y en verdad, con una vida perfecta, sin pecado, ofreciéndose ellos mismos en sacrificio (cf. 2 Cor 1, 1; 13, 12; Ef 1, 1; Fil 1, 1; Rom 1, 7). Son los «cristianos», porque confiesan a Jesús como el Cristo de Dios, y se han adherido a él, por él viven y para él mueren (cf. Hech 11, 26; Rom 14, 7-9). Es el «pueblo de Dios», el nuevo, el escatológico, formado de gentes de todos los pueblos y razas (cf. Hech 10; 11, 19-30; Rom 8, 14-25; Ef 2, 13-20), elegido por él y rescatado por la

muerte de su Hijo, con el que ha establecido alianza nueva y eterna, a quien ha otorgado sus bienes (cf. 1 Pe 2, 9-10; Heb 9, 12-15; Gal 3, 13; Heb 8, 8-13). Es el «cuerpo de Cristo», unido indisolublemente a él, formando unidad con él, como su prolongación en el mundo, en el que se unen los creyentes íntimamente entre sí (cf. 1 Cor 12, 12-27; Rom 12, 4-8; Gal 3, 23-28; 1 Cor 6, 15-17; 10, 16-17; Ef 1, 22-23; 4, 12; 5, 28-29; Col 1, 24).

* * *

Los dos aspectos que hemos expuesto forman la Iglesia total, la de Cristo. A la manera como en Cristo, Dios y el hombre se han unido en perfección y unidad indisoluble, así también en la Iglesia los dos aspectos son inseparables. No se le hace favor alguno ni a Cristo ni a su Iglesia resaltando uno con detrimento del otro. Se la destruye. El resultado de esa mutilación puede ser más comprensible. No es la Iglesia de Cristo (cf. *Lumen Gentium,* 8).

Pero esta doble realidad crea en la Iglesia y en sus miembros una constante tensión. Como obra de Dios, la Iglesia es santa, católica, una. Como integrada por hombres, es pecadora, sujeta a la división, a los particularismos. La anima el Espíritu, pero necesita dirigentes humanos que pueden oponerse al Espíritu. Se sabe divinizada, pero se ve rodeada de miseria, de humanidad; se sabe en posesión de la verdad, y se ve amenazada de continuo por el error; tiene ya en sí el Espíritu, pero se deja llevar con frecuencia por los deseos de la carne; suspira por estar con Cristo, su Señor, pero se complace en vivir en el mundo; está cierta de poseer la santidad, pero necesita constantemente la reforma; llamada a servir a los hombres, y tentada de esclavizarlos o someterlos a su dominio; obligada a estar atenta siempre a su Señor, para glorificarle y adorarle sólo a El, e inclinada a buscarse a sí mismo, a complacerse en sí misma, a adorarse a sí misma.

Toda la historia de la Iglesia es una prueba de esta doble integrante de la Iglesia. Todo lo humano ha existido en ella, hasta el escándalo: la ambición, el orgullo, el ansia de poder y de dominio, la lujuria, la avaricia, la superstición, la idolatría, la injusticia. Ha existido la división, la ignorancia, el error. Pero junto a ello, en medio de ello, ha existido y brillado palpablemente el poder y la acción de Dios. En la fidelidad mantenida a su Señor, hasta el martirio en tantas ocasiones; en el amor humilde de tantas legiones de hombres y de mujeres, grandes y sencillos, pobres y ricos, que han realizado ya aquí en la tierra la santidad, vencedores de la tendencia al orgullo, al odio, a la comodidad, al egoísmo; en el servicio abnegado y escondido de tantos hombres y mujeres, en todas las épocas, a sus hermanos, en la enfermedad, en el dolor, en vida y en muerte, sin esperar recompensa; en la acogida a los pecadores, que una y otra vez acuden con su miseria íntima, en su estímulo constante para que reemprendan la lucha; en el perdón de los enemigos, hecho realidad en tantas ocasiones; en la constante obra de reforma de los hombres y de sí misma como ha llevado a cabo, teniendo para ello que morir a realidades, a instituciones, que parecían parennes, definitivas, insustituibles.

Todo esto, y su permanencia hasta hoy, entre tantos peligros exteriores y tantas dificultades internas, llevan a pensar que se trata, en realidad, de una obra de Dios, contra la que nada pueden ni los hombres con sus maquinaciones ni las puertas del infierno con todo su poder (cf. Hech 5, 39; Mt 16, 18).

III. LA OBRA SALVIFICA DE LA IGLESIA

La Iglesia, como hemos visto, es obra de Dios. En su surgir en la historia y en su mantenerse en ella, Dios ha intervenido. Pero hay más. A través de ella, Dios sigue interviniendo en el mundo de la historia y de los hombres de múltiples maneras. Como cuerpo de Cristo, la Iglesia prolonga en el mundo su acción salvífica. Es el sacramento —signo que significa y realiza— de la salvación obtenida por Cristo.

* * *

La Iglesia continúa la obra de *glorificación* del Padre llevada a cabo por Cristo. El es el perfecto glorificador de Dios. Toda otra glorificación pasa por él (cf. Rm 16, 25. 27; 1 Cor 1, 4 s.; 2 Cor 1, 3 s.; Ef 1, 3 s.; Fil 4, 18-20). Por el bautismo el cristiano acepta

a Cristo, se entrega a él, se consagra a su servicio, forma uno con él (cf. Gal 2, 20), se injerta en él (Rom 6, 5). Gracias a esta inserción, la comunidad de los bautizados es el ámbito de la alabanza a Dios, la prolongación o expansión de la glorificación ofrecida por Cristo (cf. Ef 3, 20-21). La Iglesia da gloria a Dios de múltiples maneras: pregonando sus excelencias (1 Pe 2, 9), ofreciendo sacrificios espirituales (cf. v. 6).

La misión primera de la Iglesia es difundir la buena noticia de la salvación en Cristo, que provoca la alabanza, la acción de gracias al Padre (cf. Jn 14, 26-27; 16, 14-15; Hech 13, 48; 4, 21; 11, 18; 21, 20; Rom 15, 6; 2 Cor 4, 13-15). Provoca además la aceptación de esa salvación, con lo cual el hombre se somete al plan de Dios, y en este sometimiento se cumple la glorificación del Padre (cf. 2 Tes 3, 1; 1 Tes 1, 2 - 2, 16; 2 Tes 1, 3-12; 1 Cor 1, 4-9; 2 Cor 3-4).

Los sacrificios espirituales designan toda la existencia en cuanto es una vida en el Espíritu, ofrecida como homenaje al Padre por Jesucristo (cf. 1 Cor 10, 31), y que provoca la admiración y la glorificación de Dios en quien la contempla (1 Pe 2, 11-12). Sacrificio espiritual es también la oración (cf. Ef 5, 18-20; Col 3, 16-17); la celebración de la cena del Señor, que anuncia su muerte salvadora, y es la perfecta «acción de gracias» (cf. 1 Cor 11, 24); la unión de los creyentes y su amor mutuo, con todas sus manifestaciones concretas (cf. Rom 15, 5-7; Fil 1, 9-11; 2 Cor 9, 10-14; Heb 15, 16). Lo es la lucha constante contra el pecado, que es como una constante oblación de sí mismo a Dios (cf. Rom 12, 1 ss.; 1 Cor 6, 20; Ef 4, 5). Y lo es, y precisamente como su máxima expresión, la aceptación de la muerte, en unión con la muerte de Cristo, especialmente cuando es ofrecida como testimonio al Evangelio (cf. Jn 21, 18-19; Apoc 12, 11).

Esta tarea glorificadora del Padre que la Iglesia realiza es, en realidad, por todo lo que entraña por parte del creyente, una manifestación de la salvación obrada en él. Y al propio tiempo le salva, porque lo pone al abrigo del pecado y de la muerte al ser fruto del sometimiento perfecto al plan de Dios manifestado en Cristo Jesús.

La Iglesia continúa también la *misión profética* de Cristo. El anuncio de la buena nueva de la liberación de los oprimidos es la primera tarea encomendada a

la Iglesia. Para ello elige Jesús a doce (cf. Mc 3, 14; Lc 6, 13), y para ello los envía (Mt 5, 12; Lc 10, 1-12). Esta misión la autentifica Jesús resucitado en virtud del poder que le ha sido conferido (cf. Mt 28, 18-19; Mc 16, 15-18; Lc 24, 45-49). San Pablo tiene conciencia de la urgencia de esta tarea (cf. 1 Cor 9, 16; Rom 10, 9. 12-14; 15, 14-24; Ef 3, 1-13). El centro del anuncio en la Iglesia no es ya el reinado de Dios, sino la salvación realizada en Cristo (cf. Hech 2, 32-36; 10, 34-43; 13, 27-37; Rom 1, 1-7. 16; 1 Cor 1-2; Ef 1, 1-20; Col 1, 13-29).

Este anuncio de la liberación no es una palabra vacía. Como verdadera palabra de Dios que es (cf. Hech 6, 7; 1 Tes 2, 13), es palabra con poder. En ella, y por su medio, Dios realiza la liberación que anuncia (cf. 1 Cor 2, 4-5; 1 Tes 1, 5; 2 Cor 5, 18-21), como manifiestan los signos que acompañan a la palabra, en que aparece visiblemente la eficacia invisible de la palabra (cf. Hech 4, 9-10. 12; Mc 16, 20; Lc 9, 1-2; 10, 17-19).

Para el desempeño de esta delicada misión, la de anunciar la salvación de los hombres, en y sólo por Jesucristo, para que la comunidad se mantenga fiel (cf. 1 Cor 4, 1-2), para que no ponga como salvador a ninguno otro, ni a sí misma, peligro que la acecha constantemente (cf. 2 Cor 4, 5; Gal 1, 6-7), para que no evacue la cruz de Cristo (cf. 1 Cor 1, 17), para que no ponga otro fundamento distinto del que ha sido puesto (1 Cor 3, 11), la comunidad cuenta con varias garantías: la presencia del mismo Jesús (cf. Mt 28, 20; Jn 14, 18-21); la presencia del Espíritu, que tiene como cometido recordar y ayudar a comprender todo el misterio de la revelación de Jesús (cf. Jn 14, 16-17. 26; 16, 13-15). Como garantías visibles se halla la tradición, esa cadena de creyentes que se van entregando en fidelidad el tesoro evangélico que ellos recibieron a su vez, y que se remonta hasta el mismo Jesús y los Apóstoles (cf. 1 Cor 4, 1-2; 11, 23; 15, 12), y del que son testigos cualificados los responsables de la comunidad (cf. 2 Tim 2, 1-2; 4, 1-5; Tit 1, 5-9). Esta tradición ha adquirido una forma fija en algunos libros —la Sagrada Escritura—, y, por tanto, a ella debe interrogar constantemente la Iglesia en busca de fidelidad (cf. 2 Tim 3, 14-15; 2 Pe 1, 16-20).

Continúa también la *misión sacerdotal* de Cristo como Salvador y Santificador de los hombres, es de-

cir, por ella y en ella Dios salva verdaderamente hoy al hombre.

En verdad el único Salvador ha sido, es y será siempre y sólo Cristo. «En ningún otro hay salvación, pues ningún otro nombre ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos» (Hech 4, 12; 3, 12-16). «Uno es Dios; uno también, el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos (1 Tim 2, 5-6; cf. Heb 5, 8-9; 7, 24-25; 8, 1 - 10, 18).

Pero la comunidad ha experimentado que su propia palabra y el contacto físico con ella son, como en el caso de Jesús, portadores de salvación (cf. Hech 3, 6-7; 5, 12. 15-16; comparar con Mc 1, 32-34; 3, 1-6; Lc 8, 45-48; Hech 20, 10-12). Este poder le viene dado por el mismo Jesús (cf. Mc 3, 14-15; 16, 15-20). Así, la Iglesia ejerce una verdadera liberación de esta opresión profunda que se describe como la escravitud de Satanás (cf. Hech 26, 17-18). Ella libera también del pecado, por cuanto Jesús le ha dado poder de perdonarlo (cf. Mt 16, 19; 18, 18; Jn 20, 21-22; Sant 5, 15; Hech 13, 38). Y libera de la misma muerte, por cuanto por el bautismo inserta al creyente en Cristo, muerto y resucitado, y le ofrece así participar en su misma vida, la definitiva, la imperecedera (cf. Rom 6; 1 Cor 15; 2 Tim 1, 9-12).

* * *

Este poder salvador concedido a la Iglesia, ésta lo ejerce, como ya se vio, por medio de la palabra. Y lo ejerce por medio de signos, los sacramentos. Estos signos llevan el sello de la forma humana de la Iglesia. Son externos, visibles, materiales, desproporcionados para el efecto de gracia que les está encomendado comunicar. Prolongar la encarnación de Dios en Cristo. La eficacia les viene del poder de Dios, que se expresa en la palabra que acompaña al gesto, a la acción. Son indicadores, reveladores de la intervención de Dios. Pero al propio tiempo, como la humanidad en Jesús, la oculta. Si tienen eficacia en el orden de la salvación de los hombres, esta eficacia no les viene de lo que son en sí mismos, pobres gestos humanos, pobres materias creadas, sino de la condescendencia de Cristo, que los ha elegido como instrumentos de su actuación entre los hombres.

Entre ellos, los llamados sacramentos de la iniciación cristiana —bautismo, confirmación, eucaristía— constituyen la intervención salvífica fundamental. Describir esa intervención y la salvación obrada por ellos sería repetir todo lo dicho hasta aquí. Recordamos sólo algunos aspectos.

En el *bautismo* se realiza el juicio sobre el pecado del hombre. Un juicio semejante al realizado en el diluvio, en el paso del mar Rojo. El pecado queda anegado. El hombre sale salvado por el poder de Dios, que le abre camino a través del agua (cf. 1 Pe 3, 21; 2 Pe 3, 1-10; 1 Cor 10, 1 s.).

Se realiza el juicio que sobre la condición carnal del hombre ha supuesto la muerte-resurrección de Jesús. Por el bautismo, el creyente se sumerge en Cristo, en su muerte. En esta inmersión el pecado del hombre queda anegado. Y el hombre surge, resucita, a una nueva existencia, una existencia en el Espíritu (cf. Jn 3, 5; Rom 6, 3-6). Así, el bautismo hace que el hombre renazca a una nueva vida, causa en él como una creación nueva, una nueva generación, surge de él un hombre nuevo, un hombre renovado (cf. Rom 6, 4; 2 Cor 5, 17; Ef 1, 9-13; Jn 3, 3-8; 1 Cor 15, 44-50).

Por el bautismo se realiza la alianza de Dios con el hombre, una vez removido el obstáculo que para ella constituía el pecado. En virtud de esta alianza, el hombre pasa a ser amigo de Dios, recibe la gracia y la santidad (cf. Rom 1, 5. 7; 1 Pe 1, 10-13; 2 Cor 12, 9-11; Gal 1, 3-5; Ef 6, 23-24; 4, 13-15). Recibe la filiación divina, real, verdadera, aunque adoptiva, al insertarse en el Hijo, al recibir el Espíritu mismo del Hijo (cf. Rom 8, 14-17; Gal 3, 26 - 4, 7; 4, 21-31; 1 Jn 3, 1-3). Esta alianza trae consigo una presencia nueva, personal, de Dios en el hombre, que se convierte en templo, en morada del mismo Dios (cf. 2 Cor 6, 16; 1 Cor 3, 16-17; Ef 3, 14-19).

Por el bautismo, el creyente se inserta también en el nuevo pueblo de Dios y recibe inscrita en su corazón la ley de este nuevo pueblo, el Espíritu (cf. Rom 8, 1-3; 5, 5). Así, el creyente queda capacitado íntimamente para amar a Dios sobre todas las cosas y para entablar unas relaciones constantes de amor con todos los hombres (cf. 1 Jn 4, 20-21; 5, 20; 1 Cor 13, 9. 12; Col 1, 6-7; Gal 4, 8-9).

Esta nueva vida, esta nueva alianza, se consolida y perfecciona con la participación en la Eucaristía. En

ella, en efecto, el nuevo pueblo de Dios recibe como alimento el propio cuerpo de Cristo, como nuevo y mejor maná que le fortifica para la peregrinación por la vida (cf. Jn 6, 32-33. 35. 48-49. 53. 55; 1 Cor 10, 3-11), le hace un solo cuerpo con él (cf. 1 Cor 11, 23-32; 10, 14-22). En ella bebe la sangre del mismo Cristo, la que quita el pecado del mundo, la que significa y realiza la comunión de vida entre Dios y el pueblo (cf. Jn 6; Lc 22, 19-20; 1 Cor 11, 23-26).

Estos signos, como todas las intervenciones de Dios en la historia de la salvación, se nos ofrecen como recuerdo de las salvaciones obradas por Dios a lo largo de toda la historia, especialmente en la muerte de Cristo. Este recuerdo actualiza su eficacia salvífica para el hombre. Pero al propio tiempo son anticipo, prefiguración y pregustación de la salvación que se hará definitiva y manifiesta cuando el Señor vuelva. Con ellos, especialmente con la Eucaristía, se anuncia la muerte del Señor hasta que él vuelva (1 Cor 11, 26). En ella se anticipa el banquete, que será la herencia del reino.

Todos los signos, al tiempo que causan la unión con Cristo, exigen del que los recibe una asimilación cada vez más perfecta con él. Como él renunció y murió a sí mismo, también el cristiano debe caminar en una vida nueva, muriendo constantemente al pecado (cf. Rom 6). Debe, como Cristo, amar a los hermanos hasta entregarse por ellos a la muerte (cf. 1 Jn 3-4; 1 Cor 8, 1-12; 13; 14, 6-7; Rom 13, 8-9; Jn 15, 9-17). Esta exigencia le viene del amor que se le ha manifestado, de la salvación obrada por Dios en favor suyo.

* * *

La historia de la Iglesia manifiesta que esta salvación de Dios se ha hecho realidad en el mundo por medio de la Iglesia en todas las épocas. Es verdad que la intervención fundamental de Dios se realiza en el interior de los corazones, y es, por tanto, incontrolable. Allí se da la muerte y resurrección. Pero se puede observar, por sus frutos, que esa muerte al pecado, que esa resurrección a una nueva vida, ha sido real en innumerables hombres y mujeres de la historia. Algunos han sido reconocidos como vencedores heroicos. Pero son legión los que la han hecho efectiva sin ser notados más que por el Padre, que ve en lo escondido.

Así, y renunciándose a sí mismos, en muchas ocasiones hasta la muerte, la muerte violenta, o esa muerte, más costosa acaso, de cada día, han ofrecido al Padre, en unión con Jesucristo, el homenaje de gloria, la alabanza perfecta, el sacrificio espiritual.

A lo largo de la historia, la Iglesia ha mantenido su impulso misionero. Ha anunciado el mensaje de la salvación por los caminos del mundo. Siempre ha habido espíritus generosos que, dejándolo todo, han ido por el mundo anunciando la necedad de la cruz. La Iglesia ha sufrido violencia por mantenerse fiel a este mensaje, enfrentándose en todas las épocas de su historia con los poderes del mundo, que quisieran erigirse a sí mismos en salvadores de los hombres, que recaban para sí el honor que la Iglesia defiende que sólo a Dios pertenece. Se ha esforzado, con todo el empeño de sus teólogos, por entender cada día mejor el mensaje que anuncia, para ver el alcance del mismo en orden a las situaciones concretas por las que atraviesan los hombres de cada época. Ha defendido constantemente, y prueba de ello son los Concilios universales y particulares que jalonan la historia de la Iglesia, una inteligencia del mensaje que no lo evacue, para mantenerlo íntegro, no sin lucha, no sin vacilaciones, perdiendo a veces en el camino a muchos de sus hijos.

V

CONCLUSION: LA SALVACION CONSUMADA

La salvación es ya real. No sólo para Cristo, sino también para los creyentes, por la acción de la Iglesia. Pero es una realidad escondida. Se halla expuesta al ataque, al abandono, a la pérdida. El hombre debe ir obrando día a día la salvación (cf. Fil 2, 12). Hasta que el Señor vuelva.

El retorno del Señor en gloria es el último acto de Dios que confesamos en el «credo»: de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos... Esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.

Jesús ha expresado su certeza de que un día vendrá en gloria (cf. Mc 14, 62 par.; Mt 24-25). La Iglesia primitiva vivió con el anhelo de ser testigo de esa instauración gloriosa del reino de Dios (cf. 1 Cor 16, 22; 1 Tes 4, 13 - 5, 11; 2 Tes 2, 1-3. 13). El creyente de todos los tiempos repite en sí esta actitud, la mirada siempre tendida al futuro, de donde espera un Salvador, el Señor Jesucristo que transformará nuestro humilde cuerpo conforme a su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas (Fil 3, 20-21).

Este retorno, cuyas circunstancias son desconocidas (cf. Mc 13, 32), comporta una *manifestación gloriosa* de Cristo (cf. Mc 13, 26 par.; 1 Tim 6, 14; Tit 2, 13) y de los incorporados a él (cf. Col 3, 3-4). Comporta una dimensión de *juicio:* se consumará entonces, y se revelará la victoria ya obtenida sobre todos los enemigos de Dios y del hombre (cf. 1 Cor 15, 22-26). Este juicio manifestará lo que cada uno era en realidad, el verdadero valor de las cosas y de las personas, dónde estaba la verdad y dónde el error. Revelará lo que cada uno ha ido fraguando a lo largo de su vida, su actitud frente a los hermanos, que continúan la encarnación de Jesús (cf. Mt 25, 40; 24, 40-41. 51; 25, 12. 29. 45; 1 Cor 3, 10-15). En la parusía se realizará una *congre-*

gación, la definitiva, de los hombres, manifestación y consagración de la reunificación de los hombres divididos y dispersos por el pecado, reunificación que se ha hecho realidad profunda en Cristo y en el pueblo de Dios (cf. Jn 11, 51-52). Traerá consigo *la resurrección* de los cuerpos (cf. 1 Tes 4, 13-18; 1 Cor 15, 20-23) que implica la transformación del modo de existencia, en que el cuerpo será instrumento perfecto de la expresión de la persona y de la comunicación mutua, una vez vivificado y transformado por el Espíritu (cf. 1 Cor 15, 33-58).

La certeza del acontecimiento aviva en el creyente la esperanza. La ignorancia de las circunstancias es estímulo para la vigilancia, para el ejercicio del amor (cf. Mt 24, 42-51; 25, 1-30). Mientras llega, el creyente vive situaciones que son interpretadas como signos anticipadores de ese juicio final —guerras, terremotos, persecuciones, hambre—, a la vez que reviven en él el anhelo por la transformación necesaria del mundo en que vive (cf. Mt 24-25; Apoc 12-19). Toda la historia, la de la Iglesia, la de la humanidad, la del cosmos, es, en esta perspectiva, testigo de este juicio que está ya en acción, y que culminará cuando el Señor vuelva.

Con la parusía se inaugura un nuevo estadio del mundo y de los hombres, después de haber pasado por la purificación —las descripciones apocalípticas (cf. Mt 24-25; 2 Pe 3, 1-10; Apocalipsis) hablan del fuego y del agua como instrumento—. En él se consuma la obra creadora de Dios. Esa situación nueva será el verdadero paraíso, la salvación consumada, la liberación perfecta, «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron... Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: "Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos, y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado". Entonces dijo el que está sentado en el trono: "Mira que hago un mundo nuevo"» (Apoc 21, 1-5). «Esta será la herencia del vencedor: yo seré Dios para él y él será hijo para mí» (Apoc 21, 7). «Y no habrá ya maldición alguna; el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Ya no habrá noche; no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos» (Apoc 22, 3-5).

* * *

Mientras dura este hoy, el pueblo de Dios fija su mirada en ese nuevo estadio. Y lo acelera con su anhelo que se hace oración: «El espíritu y la novia dicen: «Ven». Y el que oiga, diga «Ven...». Dice el que da testimonio de todo esto: «Sí, pronto vendré». «Amén. Ven, Señor Jesús» (Apoc 22, 17. 20).

CUESTIONARIO

Responder a cinco de las cuestiones siguientes:

1. *La tradición y su sentido salvífico.*
2. *La liturgia y la historia de la salvación.*
3. *La creación como acto de la historia de la salvación*
4. *La oración y su eficacia salvífica en la historia de l*
5. *Sentido salvífico de la persecución.*
6. *El sacramento de la penitencia como intervenció Dios por la Iglesia.*
7. *El gobierno de la comunidad como acción sa misma.*
8. *El profeta, salvador de la comunidad.*
9. *La obra de reforma del Pueblo de Dios y su sentid*
10. *La revelación del misterio del hombre y su sentido*

TEMAS

Desarrollar alguno de los temas siguientes:

1. *No está en el hombre la salvación del hombre. C blico.*
2. *La palabra y su eficacia salvífica en el antiguo o e tamento.*
3. *Presencia del juicio en la historia de la salvación.*
4. *La resurrección de Jesús como misterio de salvac*
5. *La Iglesia, sacramento de salvación para el mundo*
6. *La Eucaristía como corona de la acción salvífica Iglesia.*
7. *El hombre es salvado dando gloria a Dios. La glor en la salvación del hombre.*
8. *El hombre como agente de la salvación de Dios.*
9. *Signos de los tiempos presentes e intervención sal*